



MINICUENTO VALLECAUCANO

Antología

Compiladores:
Guillermo Bustamante Zamudio
Henry Ficher - Harold Kremer

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

MINICUENTO VALLECAUCANO

Antología



Compiladores:

Guillermo Bustamante Zamudio

Henry Ficher

Harold Kremer

MINICUENTO VALLECAUCANO

Antología



Compiladores:

Guillermo Bustamante Zamudio

Henry Ficher

Harold Kremer



MINICUENTO
VALLECAUCANO

Antología

ISBN:

© Guillermo Bustamante Zamudio

© Henry Ficher

© Harold Kremer

Imagen de carátula

Canoa y buque a vapor en el río Cauca
(1911)

Clara Luz Roldán

Gobernación del Valle del Cauca

Diseño y Diagramación

Héctor Santamaría García

Leira Giselle Ramírez Godoy

Secretaría de Cultura

Primera edición, Octubre de 2021

República de Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin autorización de los editores y
de los propietarios del copyright

Coordinador Editorial

José Zuleta Ortiz



CONTENIDO

SOBRE ESTA COLECCIÓN

PRESENTACIÓN

Antología del minicuento vallecaucano 19

CARLOS ALBERTO AGUDELO ARCILA

El gesto 25

Amigos 27

MARCO TULIO AGUILERA GARRAMUÑO

Las dos predicciones de Abu Naim 29

El señor de los sueños 31

GABRIEL JAIME ALZATE O.

El soldado del emperador 33

La fuga 35

ALEJANDRO ALZATE MÉNDEZ

Esa maestra es muy buena 37

El olvido mortal 38

ANÓNIMO

La mujer más hermosa del mundo 39

MARÍA EUGENIA DE APARICIO

Azulejo 41

PEDRO WALTER ARARAT CORTÉS		
El lobo	43	
Artesano	45	
JOTAMARIO ARBELÁEZ		
El amor popular	47	
Día gnóstico	49	
LUIS JAIME ARIZA TELLO		
El amor develado	51	
LUIS FERNANDO BEDOYA		
La caza	53	
OCTAVIO JAVIER BEJARANO		
Parte de guerra	55	
LEOPOLDO BERDELLA DE LA ESPRIELLA		
Transcripción de un antiguo documento hallado en las ruinas de Ilahk, singular por su brevedad y hasta la presente el mejor y más contado cuento de todos los tiempos	57	
Las manos	58	
WILSON BLANDÓN CAICEDO		
Sincronía	61	
Conjuro	62	
NICOLÁS BUENAVENTURA VIDAL		
Las torres de las lenguas	63	
Dioses	65	
FANNY BUITRAGO		
Los noctuidos	67	
GUILLERMO BUSTAMANTE ZAMUDIO		
Semejanza	69	
Guiñol	71	
ENRIQUE CABEZAS RHER		
Dos falsos conocimientos	73	
La visita	74	
ANDRÉS CAICEDO		
Destinito fatal	77	
Destinitos fatales II	79	
LORENA CAICEDO		
Equivocación	81	
FERNANDO CALERO DE LA PAVA		
V	83	
Obra secreta	85	
HENRY CANIZALES		
Los colores ocultos	87	
JOSÉ CARDONA LÓPEZ		
Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel	89	
Salvamento de una leyenda	91	
MIGUEL FERNANDO CARO GAMBOA		
El amigo	93	
El escolta	94	
GUILLERMO ARNUL CASTILLO RUIZ		
Intercambio de presentes	95	
Destellos de sombras	96	
JACQUELINE CASTRO		
Persecución	99	
MÓNICA EMMA CHAMORRO MEJÍA		
Una buena nueva	101	
PEDRO CHANG BARRERO		
La revelación	103	
La piedra filosofal	104	

CARLOS FERNANDO COBO			HENRY FICHER		
Día de lluvia		105	El piano		137
HUMBERTO CRUZ MANZANO			Efecto mariposa		138
Reencuentro		107	ESTHER FLEISACHER		
GERMÁN CUERVO			El lunar reteñido		139
Mi mujer		109	ÁLVARO GARCÍA RAMOS		
Mi amigo		111	El clasificador		141
YOLANDA DELGADO DE TENORIO			DIEGO GIL		
La princesa quitamaridos		113	A medio milenio de Isabel		143
Premonición		115	Triunfo definitivo		145
JOHNNY DELGADO M.			JOSÉ EDDIER GÓMEZ		
El pretendido		117	En los gestos		147
HOOVER DELGADO			Suspendido		148
Rechazo de la masticación		119	ISAR HASIM OTAZO		
Mito de un guerrero		121	El tronante		151
JULIÁN A. ENRÍQUEZ QUINTERO			Contratiempos		153
Cuando las cosas se ponen feas		123	AUGUSTO HOYOS		
MARÍA FERNANDA ESCOBAR L.			Lluvia		155
La hoja de block		125	A los guerreros		156
RAFAEL ESCOBAR DE ANDREIS			JOSÉ IGNACIO IZQUIERDO		
Vida de perros		127	Crema de tomate		157
Navidad en familia		128	Sendero secreto		161
WINSTON ESPEJO			HUMBERTO JARRÍN B.		
Celebración		131	Pasadizo secreto		163
Rutina mortal		132	Se busca...		165
ALBERTO ESQUIVEL			FABIO JURADO		
Los niños primero		133	Quién creó a Dios		167
Despedida		135	Los dos sables		168
			TIM KEPPEL		
			El Sofá		169

HAROLD KREMER			
El dragón		171	
La cierva y la leona		172	
LUIS FELIPE LENGUA MENDOZA			
La muerte del duende		175	
ANÍBAL LENIS BERMÚDEZ			
El vampiro		177	
De regreso		179	
JULIO CÉSAR LONDOÑO			
El salmón y las Escrituras		181	
La firma de Dios		182	
ALEJANDRO JOSÉ LÓPEZ CÁCERES			
El veterano		183	
Zoom Out		185	
ORLANDO LÓPEZ VALENCIA			
Metamorfosis		187	
Señal		188	
JAVIER LOZANO VELÁSQUEZ			
El sueño de un hombre		189	
EDUARDO LUNA HURTADO			
De vuelos y armas		191	
HELCÍAS MARTÁN GÓNGORA			
La yerba		193	
Relato en el aserrío		195	
VÍCTOR RAÚL MARTÍNEZ			
Vecinos marxistas		197	
FABIO MARTÍNEZ			
Arte poética		199	
Una mujer por cárcel		200	
GUILLERMO JOSÉ MEJÍA BARONA			
El gran examen			203
El nombre de Dios			205
FLOR MENDIETA			
Fábula 1			207
JUAN FERNANDO MERINO			
Crisis			209
WALTER MONDRAGÓN LÓPEZ			
Nicias, filósofo			211
Mi aventura de amor en un bus			213
GUSTAVO MORENO MONTALVO			
Premonición			215
El taumaturgo			217
JAVIER NAVARRO			
Indecisión			219
OMAR ORTIZ			
Al amanecer, los gatos			221
FELIPE OSORIO			
Y vivieron felices por siempre			223
Complicidad			224
WILLIAM OSPINA			
Diálogo de dos extranjeros que toman café en un salón de Berkeley			225
Buda			227
SANDRA PATRICIA PALACIOS			
La búsqueda			229
Último aliento			231
ANDRÉS FELIPE PARIS SÁNCHEZ			
Pueblo invisible			233
Cosa de niños			234

RODRIGO PARRA SANDOVAL		
La mujer aparente	235	
Representación	236	
CARLOS PATIÑO MILLÁN		
La poética de la carretera desolada	237	
¿Desea saber dónde está Elvis?	238	
LUIS ESTEBAN PATIÑO		
La calle	239	
ROSALBA PLAZA P.		
El vuelo del ángel	241	
PILAR QUINTANA		
La equis	243	
JANET MARCELA RAMÍREZ		
Matrimonio	245	
CARLOS ARTURO RAMÍREZ GÓMEZ		
Cuestión de espacio	247	
Visita del más allá	249	
ÁNGELA ADRIANA RENGIFO CORREA		
Panteón	251	
La duda	252	
MARIO ENRIQUE REY PERICO		
Ser diferente	253	
MARÍA CONSTANZA RIVEROS		
Adivinanza	255	
JOHANN RODRÍGUEZ-BRAVO		
El muerto	257	
Una casa en La Candelaria	258	
MARÍA EUGENIA ROJAS		
Una y otras muertes de Rosalía Santoque	259	
ARMANDO ROMERO		
Los rinocerontes	261	
VJ ROMERO		
La falacia de la verdad	263	
Del porqué no hay que hablar con desconocidos en la calle	264	
HAROLD RUIZ PAZ		
La catadora	265	
Desencuentro	266	
LEANDRO SANCLEMENTE LADINO		
Eslabón	267	
EDUARDO SERRANO		
Lo verosímil que no se podría evitar	269	
Acto definitivo	271	
FERNANDO SOLARTE LINDO		
El precio de la transacción	273	
JAVIER TAFUR GONZÁLEZ		
Un día de regreso	275	
Veleidosa	276	
LUCY FABIOLA TELLO		
Sueño y figura	277	
Nictálope	278	
HAROLD TOBAR		
Siamés	279	
ALEJANDRO ULLOA SANMIGUEL		
Sancocho de pescado	281	
Despertar	283	
VALENTINA URRESTA OCAMPO		
De pie al borde de la cornisa	285	
Eco	286	

MÓNICA ÚSUGA CASTILLO	
Un lugar	287
Entre líneas	288
ELMO VALENCIA	
El universo humano	289
LEÓN VALLEJO OSORIO	
Consejero	293
JORGE VALLEJO MORILLO	
Título bíblico: pedrada	295
Juicio	296
UMBERTO VALVERDE	
De película	297
ISMAEL VELOSA	
Dislexia	299
En cada puerto	300
RODOLFO VILLA VALENCIA	
Juegos	301
Belleza	302
JOSÉ ZULETA ORTIZ	
El precio de las lágrimas	305
Visita	307
HENRY ZULUAGA	
El fantasma	309
Segundo ritual	310
JUAN CAMILO ZÚÑIGA	
Torero	311

SOBRE ESTA COLECCIÓN

Dando continuidad al Fondo editorial de la Gobernación del Valle, presentamos a la comunidad vallecaucana, cinco libros que siguen las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad del Departamento y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda dicha política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

Estos nuevos libros son: Antología del cuento Vallecaucano, un exhaustivo trabajo realizado por los escritores Guillermo Bustamante Zamudio, Henry Ficher y Harold Kremer. También presentamos el libro Antología del cuento corto afrocolombiano realizada por Guillermo Bustamante y Harold Kremer. A estos dos libros se suman los libros: Antología sobre el agua y los árboles. Una antología de poesía y prosa alrededor de este tema, que tiene la intención de construir conciencia, desde el arte, para el cuidado del agua y de los bosques. Presentamos también un libro para promoción de lectura dirigida a jóvenes y niños que ofrece varios formatos y géneros para que desde las familias, las aulas y las bibliotecas se promueva la lectura. Finalmente Incluimos una muestra

fotográfica, que es un reconocimiento al invaluable y largo trabajo del fotógrafo vallecaucano Chalo Rojas.

Es para mí muy satisfactorio que desde la política editorial de este fondo estemos dando prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural de nuestra región.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca

PRESENTACIÓN

Antología del minicuento vallecaucano

Con la publicación en Cali, en los años ochenta, de *Ekúóreo, revista de minicuentos*, se formó un grupo de escritores, una especie de cofradía, que empezó a incursionar en la escritura de este género.

En Colombia algunos escritores habían publicado textos brevísimos que ocupaban espacios reducidos en revistas o en libros, y eran observados como fábulas o apuntes para la escritura de textos mayores. El minicuento no era considerado un género y su futuro era incierto en una sociedad cultural que tenía unos parámetros muy rígidos en cuanto a la escritura del cuento.

Ekúóreo con el transcurrir de los años logró crear una identidad que llevó al reconocimiento de este tipo de escritura como un género literario, con algunas reglas en cuanto a su extensión y con otras cercanas a la poesía y a su hermano mayor, el cuento.

Pero es en Cali y en el Valle del Cauca donde se inicia este proceso. Desde *Ekúóreo* se forjó un movimiento literario que, con los años, logró consolidar el minicuento en Colombia.

La presente *Antología del minicuento vallecaucano* es un muestrario de esos primeros años, y de los siguientes hasta llegar al momento actual. Los años transcurridos y la experiencia literaria han logrado construir un legado que constituye un aporte importante en las letras hispanoamericanas.

Sueño

Ahora sólo me resta esperar que quien me sueña no despierte antes de mi cita con la bella Andrea, esta noche.

Eduardo Serrano O.

Amenazas

—Te devoraré —dijo la pantera.

—Peor para ti —dijo la espada.

William Ospina

Louvre

De noche, a solas, la Monalisa no sonrío.

Julián A. Enríquez Quintero

Aviso

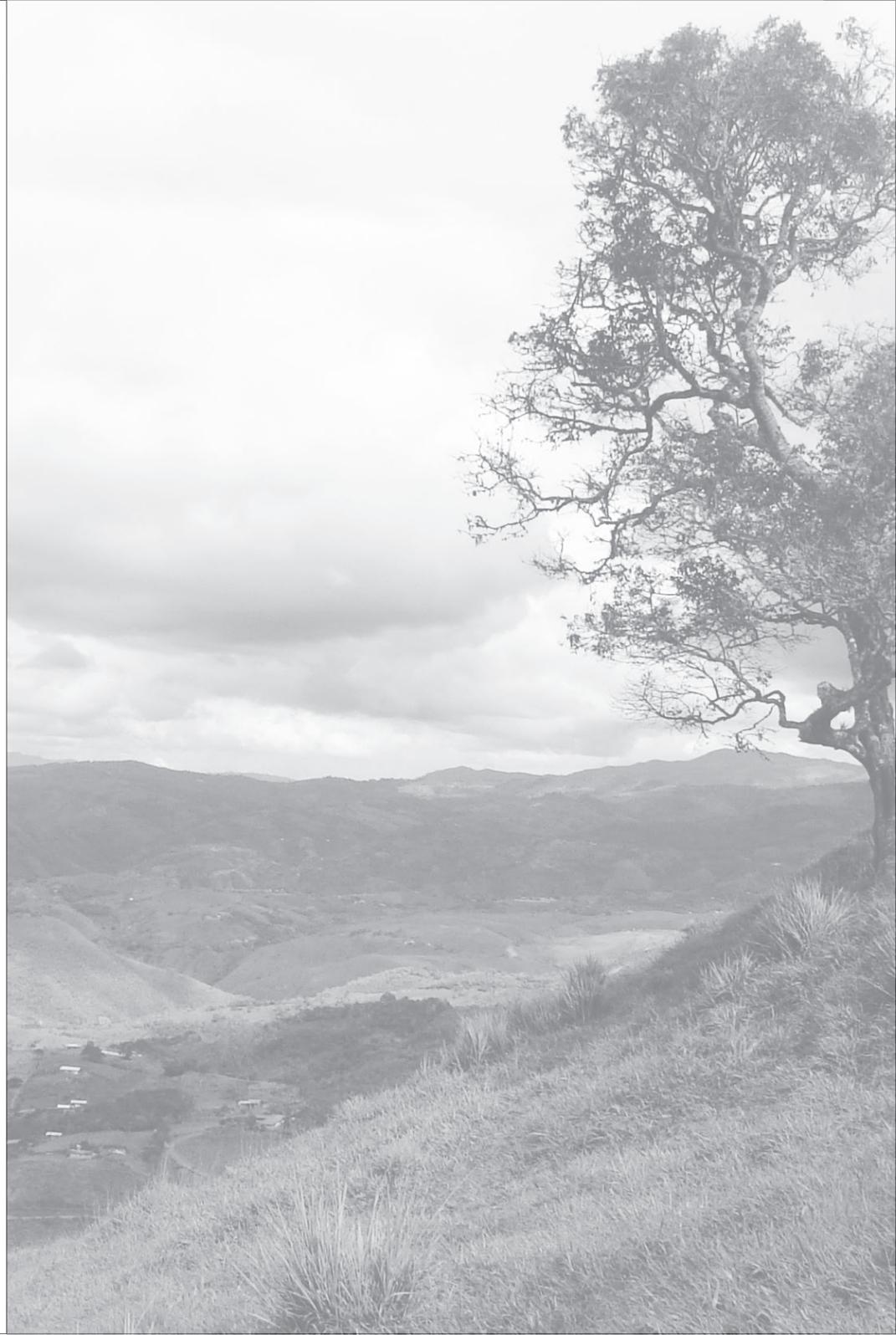
Vendo zapatos de bebé, sin usar.

Ernest Hemingway

Gemelos

Éramos gemelos mi hermano Billy y yo, hasta que un día, en la tina, se ahogó uno de los dos. Y desde entonces no he sabido nunca si el muerto era Billy o era yo.

Mark Twain



Carlos Alberto Agudelo Arcila

Caicedonia (Valle), 1956



EL GESTO

Un gesto nada más. Un gesto sin decir nada. Un gesto diciendo todo. Un gesto. Eso era. Sin embargo, le temíamos. El gesto se abría y por su abertura se observaban olas contra nosotros. Cerrábamos puertas y ventanas con trancas difíciles de derribar. Nos encerrábamos hasta cuando se terminaran los alimentos. Nos asustaba salir. Yo mandaba a mi esposa a comprar mercado. Ella protestando abría despacio la puerta principal mientras en un momento de ave aterrorizada volaba a la tienda. En otras ocasiones, luego de estar encerrados por larga temporada mi esposa exigía ir por la remesa mientras yo con temblores en mi alma huía por la ventana de atrás. Una de las últimas veces de haber visto al gesto, fue cuando se dividió en dos. Por su boquete observamos una hermosa playa. Nos

entró la confianza. Abrimos puertas y ventanas sin prevención alguna. Organizamos un paseo a la playa donde nos encontramos el día de hoy. El gesto ha hecho presencia en este paraje distante. Nos hizo el gesto de adentrarnos en el mar donde alcanzamos a ver nuestra casa inundada por olas y animales marinos.

AMIGOS



Pensé lo infructuoso de buscarlo. Fuimos a la policía. A los hospitales. A los moteles. A las morgues. A los bares de cada pueblo. De cada ciudad. De cada país del mundo. No lo encontramos. Lo buscamos en las profundidades del agua. En lo insondable de la selva. Detrás de las ventanas. Debajo de las piedras. Tras la careta puesta en el rostro de cada habitante de nuestro planeta. En todo rincón existente, sin resultado alguno. Preguntamos a Narciso si lo había visto, respondiéndonos: averígüenlo bajo la cornisa de la sala de los espejos. Tocamos en portones de cristal. En cada uno dijeron no haberlo visto desde hace varios siglos. Cansado, abandonamos la muchedumbre con la cual andábamos en la pesquisa. Al quinto día de estar en mi residencia descansando, algo o alguien desde dentro de mí, insinuó averiguarlo en la última estancia de mi ser. En lo insoslayable de mi alma. Fui en su búsqueda. En un rincón de mi insustancialidad lo hallé cabizbajo, con sus ojos alerta. Al verme se aproximó sereno, compenetrándose conmigo. Cada instante nos unimos más. Somos buenos amigos. Compartimos las mismas mujeres. Los mismos gustos. La misma copa para bebernos el mundo.

Marco Tulio
Aguilera Garramuño

*Bogotá (Cundinamarca), 1949.
Vivió y estudió en Cali*



LAS DOS PREDICCIONES
DE ABU NAIM

Hubo tales embaucadores en Babilonia que los grandes poseedores de dinero no tuvieron que preocuparse por tomar decisiones en su vida, ya que estaban convencidos que éstas se hallaban fijadas en el rumbo de los planetas antes de nacer y en los horóscopos de los sabios. Cada mañana se levantaban con el surgir del sol, metían la mano bajo la almohada y con gran cuidado leían cada uno de sus pasos, cada gesto, cada minúscula acción para cumplirlas, porque si no lo hacían, según los hacedores de horóscopos, estarían rebelándose contra el orden del universo y podrían acarrear la destrucción del orbe. Al poco tiempo de estar los hace-

dores de horóscopos en el oficio, no sólo los nobles sino el llano pueblo comenzó a creer a pie juntillas en lo predicho. Los que no tenían recursos para mandarse hacer horóscopos individuales apelaban a los genéricos, que exhibían en los templos. Y los que no podían entrar a los templos por butras de ley, se las ingeniaban para mirar los horóscopos de los demás y adaptarlos a sus propias circunstancias.

Abu Naim, el más famoso hacedor de horóscopos, predijo dos eventos: uno mayúsculo y otro íntimo: la caída de Babilonia ante la arremetida de las fuerzas de Alejandro y el futuro de su propia vida, que sería el del más grande esplendor de horoscopista alguno. Lo primero se cumplió. Lo segundo no. Alejandro halló un pueblo resignado a obedecer el destino que Abu Naim decía haber leído en los cuerpos celestes. La primera medida que Alejandro tomó fue contra el cuello de Abu Naim. Según los apócrifos esto se debió a que el conquistador se había puesto de acuerdo con el horoscopista para que predijera la caída de Babilonia. Y naturalmente el conquistador estaba interesado en sepultar el secreto con su inventor. Abu Naim murió rodeado de la admiración de sus conciudadanos, quienes nunca pudieron comprender cómo logró predecir un hecho tan trascendental y no obstante eludir la precognición de su propia y nimia muerte. La gloria de Alejandro sigue incólume gracias a que el secreto se conserva. Los apócrifos nunca fueron tomados en serio. Y nunca lo serán. Por eso es que no hay que creer ni a los horoscopistas ni a los redactores de la historia.

EL SEÑOR DE LOS SUEÑOS



No le rinde cuentas a nadie. Es caprichoso. Puede ser complaciente si está de buen humor o malvado por llevarle la contraria a su propio estado de ánimo. A veces es ligeramente razonable y le da por sopesar los actos diurnos de los hombres. Entonces juega a las recompensas y castigos. Puede ser bondadoso —y se inclina a serlo— con los miserables. A un mendigo que duerme cobijado con periódicos, le puede suministrar sábanas de seda china y pieles de armiño. En asuntos de amor se inclina a favorecer a los solitarios o a los que tienen a sus amados muy lejos. Reparte noche a noche hombres magníficos a damas pesarosas y mujeres espléndidas a los más extravagantes engendros. No escatima. Al fin y al cabo tiene a su disposición todas las razas, todas las variedades, todos los sexos, todas las texturas de piel, todos los labios, todas las manos gentiles y amorosas. No existe nada que se le niegue. También puede ser un eximio torturador. A veces le basta una sombra para hacer delirar a un soñador, pero en ocasiones recurre a máquinas infernales. Puede hacer que un hombre, con toda frialdad, rebane sus dedos, sus manos, sus muñecas, sus brazos en delgadísimas tajadas con una cortadora de jamón. A veces, por simple descuido o capricho, reparte sueños equivocados. Convierte a un hombre sano y orgulloso de su virilidad, en una prostituta

de lo más vulgar y vulnerable. O transforma a un anciano en una bicicleta nueva que vuela cuesta abajo. También suministra placidez a los que están al borde del suicidio. A éste le retorna una sonrisa que perdió entre mil rostros anónimos, a aquél un paisaje que extravió en sus peregrinaciones, al de más allá, le devuelve un amor perdido, quizá el único que tuvo en la vida. Visita a todos los durmientes, pero son pocos los que recuerdan su rostro. La verdad es que nadie lo puede reconstruir en la existencia vigil. Para lograrlo sería necesario vivir exclusivamente para atisbar los deslices del sueño. De todos modos, está ahí, sentado al lado de las camas desde el instante en que las personas cierran los ojos. Entonces les pone sus dedos sutiles sobre los párpados y espera a través de ellos sentir las pupilas fijas, dispuestas a contemplar los paisajes de la noche. Es un viejo caprichoso que no obedece a nadie. Se divierte mucho. Pero eso solamente sucede durante la noche, cuando la mayoría duerme. El resto del tiempo lo pasa maquinando las fantasías que ofrecerá a sus protegidos en cuanto les llegue el sueño. El hombre de los sueños es el eterno insomne. No tiene tiempo para dormir. Si durmiera, los hombres carecerían de sueños. Y si los hombres carecieran de sueños, sin duda, habría más catástrofes y crímenes de los que agobian al mundo. Hay quienes piensan que cada persona tiene su propio hombre o mujer de sueños. Algunos osados se atreven a pensar que el hombre de los sueños es la única divinidad auténtica a la que pueden tener acceso los seres humanos.

Gabriel Jaime Alzate O.

*Medellín (Antioquia), 1951.
Vive en Cali hace cuarenta años*



EL SOLDADO DEL EMPERADOR

El Emperador dijo: “Aquel que sea capaz de recorrer la gran muralla con sólo un escudo como parte de su atavío y una bolsa con vituallas hasta llegar al fin, tendrá el amor de mi hija la princesa”. Un soldado asintió y comenzó su recorrido. No bien hubo empezado, entendió que el Emperador omitió mencionar el resto de la prueba: desde cada torreón de la muralla, donde estaban apostados los arqueros más diestros, le lanzaban flechas mortales. El soldado movió su escudo, corrió silencioso y enloquecido días y noches esquivando la muerte que silbaba en sus oídos. Al cabo de un tiempo se cansó y se detuvo dispuesto a morir. Entonces un hombre se acercó, le hizo entrega de un arco y un carcaj con flechas y le dijo: “Tareas hay

muchas. Todos estos que han disparado contra ti fueron, en algún momento de sus vidas, pretendientes de la mano de la princesa. Ahora te corresponde esperar a los que vendrán”.

LA FUGA



Despertó con la sensación de tener que huir. Sin embargo, no había por qué temer: nadie lo acosaba. Enemigos, al menos en apariencia, no tenía; tampoco conocía el desespero de las deudas. Afectos, si los tenía, podía conservarlos, o al menos corrían ese riesgo. Sin embargo, sentía la necesidad de huir. Se pregunta por qué ese impulso repentino, por qué esa tendencia a desesperarse, tenaz, compulsivo. Piensa, vuelve sobre sus pensamientos: tiene que huir. Es la única salida. ¿Huir de qué, adónde y cómo? Y en última instancia, ¿por qué huir?

Desesperado, acaso sin otra alternativa, inclina la cabeza contra los barrotes y llora.

Alejandro Álzate Méndez

Cali (Valle)



ESA MAESTRA ES MUY BUENA

Era el primer día de clases y la maestra nueva puso a hacer a sus alumnos una manualidad libre. La más hermosa que pudieran con el fin de mostrarla en la reunión de padres de familia que se realizaría próximamente. Miguelito hizo un barco de papel para embarcarse en los ojos de su madre cuando le da la compota de la noche, Carlitos hizo una rosa para sembrar en el corazón de su prima y Juanito, enamorado de María la ausente, hizo un avión de papel para traerla de regreso. A la maestra pareció gustarle la idea y quiso ayudarlo: lanzó tan fuerte como pudo la aeronave por la ventana y dos días después los noticieros anunciaban asombrados que al aeropuerto había llegado la niña más hermosa de todos los tiempos en un avioncito de papel.

EL OLVIDO MORTAL



Según el parte médico Drácula no murió por el rezo con un crucifijo de plata, ni por la exposición a la luz solar, ni mucho menos por la herida de una estaca envenenada. La causa era mucho más simple de lo que se imaginaba: inanición. Drácula había olvidado su caja de dientes en un planeta lejano por el cual su hematoplaneta sólo pasaba cada siete mil años.

Anónimo

Cali (Valle), 1981



LA MUJER MÁS HERMOSA DEL MUNDO

Sucedió que el hombre estaba orgulloso de tener la mujer más hermosa del mundo y terriblemente celoso porque la deseaban todos los hombres del mundo.

Y como tenía los ojos más hermosos del mundo por los que todos los hombres querían ser mirados, el hombre, terriblemente celoso, le ausentó el párpado izquierdo. Como los hombres soñaban en recorrer con sus bocas y manos los senos más hermosos del mundo, el hombre le desprendió el seno derecho y, finalmente, le cortó una parte de su pierna derecha para evitar la tentación de los hombres por las piernas más bellas del mundo.

El hombre vendió su mujer al director del circo que pasaba por la ciudad. Este la vistió con una túnica que

partía de su ojo izquierdo, pasaba por su seno derecho y le cubría totalmente las piernas.

Y todos los hombres del mundo iban al circo a ver a la mujer más hermosa del mundo.

María Eugenia de Aparicio

*Cundinamarca, 1952.
Vive en Cali hace cuarenta años*



AZULEJO

—¡Mamá, mira ese pájaro de colores!

—Sí, hijo, es un azulejo, escucha cómo canta de bello, el pecho se le hincha con las notas del gorgoteo.

Y su pecho quedó hinchado con la piedra que el niño lo tumbó.

Pedro Walter Ararat Cortés

*Guadalajara de Buga (Valle),
1954 – Cali (Valle), 2008*



EL LOBO

“Los vampiros no existen. Los fantasmas nocturnos que acechan en la sombra se desvanecen cuando se vence el miedo. Las casas embrujadas, que esconden a los espíritus del mal en la noche, se borran cuando se deshace el miedo. Aquí estoy ahora, en esta casa embrujada; duermo en la cama que sirvió de lecho a mi abuelo, conocido brujo. Dicen que desapareció una noche de luna llena. La abuela contaba que en las noches él se deslizaba en esta cama y ella no tenía valor para abrir los ojos; sólo oía que el abuelo ya se había transformado en lobo, gigantesco y peludo, y que acercaba el hocico hasta su cara y lamía su boca y su cuello por largo rato; su respiración acezante y caliente se vaciaba sobre sus pechos temblorosos y lamía sus pezones con suavidad, despacio, con la ternura que jamás expresaba cuando era un hombre normal.

“La abuela contaba que no tenía valor para resistirse a

gritar. El lobo ponía sobre su estómago las patas peludas y grandes, lamía su vientre dejándolo empapado con una baba espesa y caliente y, luego, llegaba hasta su pubis; allí lamía largo rato, metido ya entre sus piernas, repasando con la tierna lengua cada lamido, encendiéndola, llenándola de fuego. Luego desaparecía. Entonces ella ya no pensaba y sólo sentía que todo su cuerpo, como un corazón que palpita acelerado, quería reventar, explotar; y su garganta dejaba escapar sonidos sin articulación, gritos llamadores de la muerte que parecía llegar para arrancarla de este lecho al que ella se asía con desesperación.

“No existen fantasmas ni vampiros, ni hombres lobos. Estoy segura de ello y estas manos que siento arder sobre mis senos, y esta lengua que latiguea mi cuello y mis hombros, que taladra con delicadeza mis oídos, no son del vampiro que he temido por tantos años; no, no son los mismos dientes que se clavaron en mi abuela y mi madre los que rozan mi lengua. No puede ser mi padre y mi abuelo este ser que ahora me recorre y enciende los fuegos tanto tiempo apagados. No puede ser un fantasma familiar el que palpita sobre mi cuerpo ajado.

“No existe ese ser extraño... estoy segura; pero no abriré los ojos porque no quiero verlo; tal vez desaparezca si lo intento”.

ARTESANO



Cuando el viejo escogió el andén de enfrente para morir-se, lo sospeché. No he cometido ningún crimen al hacerlo, sólo lo vi, secándose al sol, como un cuero viejo que se endurece poco a poco.

Ni sangre tenía el viejo; un cortejo de moscas bebía sus últimas aguas, en una libación orgiástica, sin recatos ni límites.

Los materiales para trabajar la zapatería están muy caros, sobre todo el material para las suelas. Son muy buenas las suelas que he fabricado con la piel del viejo; su cráneo pelado sonrío en medio de los zapatos que tengo en el mostrador. La piel de viejo es resistente, aunque un poco tosca.

Jotamario Arbeláez

Cali (Valle), 1940



EL AMOR POPULAR

Durante las manifestaciones, es bueno estarse quieto tras los culos de las mujeres, con la verga bien tensa, los ojos en blanco y sólo permitirse los movimientos que aconseja la labia del orador. Las oleadas humanas tienen de particular que, al hacer uno el amor con una sola persona, es como si lo hiciera con una masa loca. Cuando pequeños, nos metíamos entre las piernas de las mujeres, bajo sus faldas y, entre pisotones y patadas que teníamos que soportar, metíamos nuestras manos en sus vulvas para sacarlas llenas de sustancias espesas y bastante olorosas. Algunas de estas mujeres gritaban y se defendían, pero la mayoría sentía una emoción inexpresable. Unas abrían y abrían tanto las piernas que la multitud se salía de la plaza. La mayor parte de las veces, colocábamos nuestras verguitas sacadas por fuera del pantalón entre las nalgas de ellas, quienes se bajaban los calzones haciendo un rollo a medio muslo, y era risible, cuando tocaba desplazarse ya fuera por empujones lejanos o por-

que viniera la policía, ver un sinnúmero de mujeres correr a medios pasos tratando de acomodarse apresuradamente las desgarradas prendas íntimas. Muchas veces, teniendo uno su verga entre unas piernas, rozando precisamente sus orificios como un arco de violín, sentía varios pares de manos que apretaban, que acariciaban por igual vulva y verga. Las manifestaciones eran deliciosas.

DÍA GNÓSTICO



Si sale el sol es para arruinar la cosecha
Si se presenta la lluvia se desbordan los ríos
Si encendemos la chimenea se quema la casa
Si abrimos la ventana se nos entra un murciélago
No es que el Señor haya perdido el control del planeta
Es que mi amada está enferma

Luis Jaime Ariza Tello

*Bogotá (Cundinamarca), 1952.
Ha vivido en Cali durante 30 años*



EL AMOR DEVELADO

Un hombre y una mujer caminan, tomados de las manos, por un paraje cualquiera. Creen que no debe importarles el tiempo, y que no tienen más necesidades que las de sentirse, corresponderse y, de vez en cuando, hablar uno con el otro. Piensan que un sentimiento único e irreplicable los alimenta y llena de sentido sus vidas. Perciben que en ellos se realiza un destino cósmico, cuya trascendencia en la evolución del Universo es decisiva. No saben que solamente sueñan.

Luis Fernando Bedoya

Cali (Valle), 1982



LA CAZA

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunta la esposa al cazador.

—Me interné en un gran bosque para hallar la bestia que atormenta mis sueños —contestó.

—Esa bestia es un dragón y no existe —afirmó la esposa.

—Cuando al fin la encontré —dijo el cazador— y estuve a punto de darle muerte, me quedé paralizado del susto sin poder disparar y el condenado animal me persiguió hasta que logré perderme de su vista.

—¿Pero ¿dónde has estado todo este tiempo? —de nuevo pregunta la esposa.

El cazador se desploma en un sillón con las ropas rasgadas y contesta:

—Caminando de regreso a casa.

Octavio Javier Bejarano

*Falan (Tolima), 1951.
Vive en Cali hace cincuenta años*



PARTE DE GUERRA

Hastiado de rascar y rascar sobre el brazo, tomó el hombre una lupa y escudriñó en el punto rojo que se insinuaba en el sitio del escozor.

Al acercar su ojo al cristal y el cristal a la epidermis vio, aterrado, el barco alejarse en el hilillo de sangre que le corría por el antebrazo.

Al intentar detallar más, clavando su mirada, un disparo de cañón estalló contra la lente que, al saltar en mil pedazos, sacó de su órbita el ojo del intruso.

Leopoldo Berdella de la Espriella

Cereté (Córdoba), 1951 – Cali (Valle), 1988



TRANSCRIPCIÓN DE UN ANTIGUO
DOCUMENTO HALLADO EN LAS
RUINAS DE ILAHK, SINGULAR POR
SU BREVEDAD Y HASTA LA PRESENTE
EL MEJOR Y MÁS CONTADO CUENTO
DE TODOS LOS TIEMPOS

Dios.

LAS MANOS



Cinco, diez, doce, muchos días —no recordaba cuántos, puesto que ya no tenía memoria sino para su propio miedo—, llevaba en el mismo trajín. Dos manos misteriosas salían intempestivamente de la penumbra de su habitación, y trataban de estrangularlo. Cuando ya toda resistencia le parecía inútil y empezaba a experimentar los primeros síntomas de asfixia, accionaba el interruptor. Un calor desconocido lo empapaba entonces desde la mollera hasta el último recoveco de su existencia, sumiéndolo en la incertidumbre y el desconcierto.

Esa noche, preocupado, se propuso sorprenderlas. Bebió agua de azúcar y masticó hojitas tiernas de toronjil para reforzar el sueño, leyó las dos primeras páginas de la primera parte de *El Extranjero* de Camus, apagó la luz, y se acostó con la última campanada de las once. Al rato, cuando ya el mundo era silencio, cantos de pájaros nocturnos y ruidos esporádicos de grillos y de sapos, sintió que las manos se acercaban decididas, apartando recuerdos que él mismo había repartido durante mucho tiempo en cuotas mínimas de miedo por el cielo raso y las hendiduras en las paredes, el piso de las tablas y los rincones más oscuros de la habitación.

Fuertemente, con el terror convertido en un coraje sin

precedentes, agarró las manos asesinas por las muñecas, y las inmovilizó en el aire. Forcejeó, luchó, jadeó. Y maldijo. Poco después, cuando creyó haberlas dominado, trató de soltarlas con brusquedad para buscar el interruptor, pero sus manos estaban tensas, inmóviles, intentando zafarse a toda costa de una fuerza extraña que no les permitía acercarse a su garganta.

Wilson Blandón
Caicedo

Cali (Valle), 1965



SINCRONÍA

Adelantó su reloj cinco minutos para no llegar tarde a la cita,

—Es mi ventaja con el mundo —murmuró.

Consideró su obsesión por la puntualidad como una neurosis benigna y común, pasaba inadvertido y no molestaba a nadie.

Salió en su auto por el norte, rumbo a Buga.

Los científicos del Centro Meteorológico no pudieron explicar a los medios de comunicación el error de cálculo en el pronóstico de la caída del meteorito a treinta kilómetros del punto de impacto, cinco minutos antes de lo previsto, que produjo la muerte de un hombre por aplastamiento en su vehículo en la zona rural de Cerrito.

CONJURO



En la jefatura de policía, el prestidigitador afirmó desconocer las causas de la desaparición, en pleno show, de la prometida del alcalde, que colaboraba en uno de sus números.

Se rumora que el mago desaparece en las noches para encontrarse con ella en una casa imaginada en los intersticios del espacio y el tiempo.

Nicolás Buenaventura Vidal

Cali, 1962



LAS TORRES DE LAS LENGUAS

Una tierra que se denominaba a sí misma La Tierra tenía un lenguaje único; mujeres y hombres se confundían en la misma lengua, sin entenderse ni no entenderse, sin discutir, ni debatir, ni disentir... No había desacuerdos ni divergencias. No había herejías ni malentendidos, no había "dramas", "tragedias" ni "historias". Hablaban todos con las mismas palabras, con las mismas ideas... Así, caminando juntos, como borregos, llegaron a un llano y dijeron de común acuerdo, a una sola voz: Construyamos una ciudad y una torre que se eleve hasta los cielos.

Aquella frase perfecta, al unísono, todavía resuena como un eco. Sin dudarlo, se dieron a la tarea de cocer ladrillos y de superponerlos.

Estaban de acuerdo, pensaban lo mismo y, como veían la torre desde la misma perspectiva y proyección, se levantaba ésta sin base, sin estructura, sin volúmenes diferentes. Constantemente, con el mínimo viento, se desplomaba.

Seguían, mujeres y hombres, sin embargo, bregando tercamente positivos, superponiendo de común acuerdo ladrillos, unos sobre otros y las sucesivas torres seguían cayéndose indefectiblemente.

Un dios vio el triste espectáculo de las repetidas, idénticas y gemelas torres. Vio el trabajo inútil, el acuerdo estúpido y decidió confundir las lenguas creando tantos lenguajes como mujeres y hombres había sobre la faz de la tierra. Las mujeres y los hombres comenzaron a hablar y a pensar por sí y para los otros. Aparecieron los problemas, los dramas y las historias, las tragedias y las comedias, los pensamientos y las perspectivas, y comenzaron a dudar, algunas mujeres y algunos hombres, de la voluntad milenaria de levantar torres.

DIOSES



Las mujeres y los hombres crearon al dios de la creación y este dios les dio origen.

Crearon al dios de la yuca y del plátano, al dios del arroz y al de la lluvia, y estos dioses les dieron trabajo y alimentos.

Las mujeres y los hombres crearon muchos dioses: el dios del amor, el dios de la guerra, el dios del deseo, el dios de las pequeñas cosas, el dios de lo desconocido, el dios de las palabras, el dios del infinito, el dios de los grandes sueños, el dios de los largos días, el dios del corto invierno, el dios de la pereza, el dios del orgullo... y cada dios, al ser al ser creado, trajo bondades y alegrías y uno que otro disgusto.

Pero ese deseo irrefrenable que tienen, los hombres y las mujeres, de crear y crear dioses los llevó a inventar otros dioses menos amables: el dios de la envidia, el dios del castigo, el dios de la ausencia, el dios de la desigualdad. Pequeños dioses que nacieron enfermos...

Estos dioses enfermos comenzaron a tener sed, a tener hambre y a exigir, pero nada podía colmar sus apetitos desmedidos, y como las mujeres y los hombres no pudieron satisfacerlos, se vengaron y juntos crearon al dios de la destrucción.

Fanny Buitrago

*Barranquilla (Atlántico),
1943. Vivió varios años en Cali*



LOS NOCTUIDOS

Hay ciertos insectos que nacen al amparo de la noche cerrada. Crecen, procrean y mueren antes del amanecer. Nunca llegan al día de mañana. Sin embargo, experimentan segundo a segundo la intensa agonía de vivir, se aparean con trepidante gozo y luchan ferozmente para conservar sus territorios vitales, sus lujosas pertenencias: el lomo de una hoja, la cresta moteada de un hongo o el efímero esplendor del musgo tierno besado por la lluvia.

Quizá —instintivamente— en un punto ciego entre la muerte implacable antes del estallido del sol matinal y la promesa infinita, telúrica, de la evolución hacia un estado superior, dichos insectos se frotan las patas lanzándose a una lucha fratricida. Envanecidos con la tentación de liquidar a sus semejantes y dominar el mundo.

Guillermo Bustamante Zamudio

Cali (Valle), 1958



SEMEJANZA

Noé encontró gracia a los ojos de Yavé. Sin embargo, su virtud era sólo un silencio acomodaticio. Los demás habían tenido el valor de pasar a los hechos; él era lo bastante inseguro como para detenerse siempre en el umbral de la acción y otorgarse, una y otra vez, un tiempo más para seguir pensando. Eso lo hacía aparentemente bueno, cuando en realidad no podía actuar. Y cuando lo hizo, su cólera sentenció a un hijo a encabezar la descendencia de un pueblo condenado a ser servil, sólo por no haber tenido recursos y haber prorrumpido en risas nerviosas cuando se halló ante la desnudez de su padre dormido.

Esta soberbia era, no obstante, la que Dios condenaba en los congéneres de Noé, aquella de la que seguramente también estaba provisto el Señor cuando tomó la decisión de ahogarlos a todos por pecar, motivados quizá de igual

forma por cierto nerviosismo ante su autoridad desmesurada.

Yavé salvó a Noé porque era el único hecho verdaderamente a su imagen y semejanza.

GUIÑOL



El parque de diversiones luce sus atractivos en la noche. Derrama sus luces titilantes: la alegría contagia. Un niño, tomado de la mano de su padre, señala insistente hacia el pequeño teatro de títeres que anuncia por parlantes chillones su fantástica presentación.

Los muñecos representan, con movimientos bruscos de articulaciones desgonzadas, una multitud cortesana que dirime con gracia el poder, tras la muerte del Rey —yace el montoncito de tela a un lado.

A una señal del niño, que ha ganado la primera fila al lado de su padre, las marionetas detienen sus movimientos. Miran al muchacho, se miran entre sí y, después de un guiño cómplice, toman los hilos que las sostienen y halan con fuerza. Los titiriteros caen con estrépito. Los muñecos los evitan y los ultiman. El muchacho los arenga y, enardecidos, salen con él a la cabeza, entonando consignas y quitando de su camino a todo el que se interpone; el padre, atrás, ruega a su hijo que vuelva, que no lo deje, que al menos le permita pertenecer a sus filas.

Enrique Cabezas Rher

*Guapi (Cauca), 1941.
Vive en Cali hace sesenta años*



DOS FALSOS CONOCIMIENTOS

Existe una historia atroz: cansado ya un emperador persa del fingido dominio de los códigos antiguos por parte de su consejero —que argumentaba conocerlos tan bien como las palmas de sus manos— ordenó, precisamente, que le fuesen cortadas sus manos y colocadas junto a las cercenadas de quince salteadores de caminos.

Obligado el consejero a buscar sus propias manos entre el muestrario infame, no pudo reconocerlas, motivando otro capricho de su Señor, que conceptuó que si un hombre no podía reconocer sus manos, no merecía mantener en su puesto la cabeza.

LA VISITA



Mucho tiempo después del abandono de Irene mantuve la idea de que ella no se había marchado en verdad; me aferré a la creencia de que tan sólo se trataba de una prolongada broma o de un juego más, como los que llevaba a cabo escondiéndose desnuda en un clóset o, recién bañada y perfumada, en la canasta de la ropa limpia para que yo la buscara por toda la casa y por fin la encontrara en esos lugares y allí mismo la poseyera, o como cuando me daba cena sirviéndomela sin recipientes sobre su pubis, o como cuando goteábamos por todas las habitaciones fingiendo ser un par de niños abandonados por sus mayores, o como cuando copulábamos disfrazados de reyes, hindúes, motilones o fantasmas para vivir la sensación de hacer el amor en el pasado, o cual dos parias en la cama que habíamos llenado de basura, o a la manera de dos salvajes entre las ramas que metíamos entre los cojines de los sillones, o en ultratumba envueltos en sábanas. Muchas veces la esperé sentado en las escaleras, simulando ser sonámbulo para evitar la burla y la compasión de los vecinos; muchas veces le preparé la bienvenida parado en la esquina entre la lluvia y la niebla que me negaban; muchas veces recorrí la estancia llamándola, haciéndole preguntas, incitándola con los tópicos que le gustaban;

muchas veces tan sólo pude conciliar el sueño cuando, compadeciéndose de mis ruegos, por fin su retrato, colocado sobre la mesa de noche, exclamaba ¡Hola!

Andrés Caicedo

Cali (Valle), 1951-1977



DESTINITO FATAL

A un hombrecito le gusta el cine y llega y funda un cine club y lo primero que hace es programar un ciclo larguísimo de películas de vampiros, desde Murnau y Dreyer hasta Fisher y este film que vio hace poco de Dan Curtis. Al principio hay mucha acogida y todo, el teatro se llena. Pero semana tras semana va bajando la audiencia. Como se sabe, el público cineclubista está compuesto en su mayoría por gente despistada que acude a ver acá “el cine de calidad” que no puede ver en los teatros cuando éstos sólo exhiben vaqueros y espías; imbéciles que abuchean una película de John Ford con John Wayne “porque el ejército de EE. UU. siempre mata muchos indios”, que le dicen imbécil a Jerry Lewis. Esa gente cómo le va a coger la onda a los vampiros, no falta por allí uno que insulte al hombrecito del cine club por estar exhibiendo cosas de éstas cuando los estudiantes luchan en las calles, gente que únicamente sueña de noche y que siempre duerme bien y al otro día se despiertan y

pueden hablar de amor, de papitas, de viajes, de política y cuando llegue la noche se ponen a soñar de lo mismo que han hablado durante todo el día. Pues bien, el hombrecito de nuestra historia comenzó a perder grandes cantidades de dinero, porque ya al final no iban más de 10 personas a sus películas de vampiros, 9, 8, 7, 6, 5, los últimos 4 empezaron a conversar, a contarse recuerdos, pasó el tiempo y uno de ellos se mudó a otra ciudad, otro amaneció un día muerto, uno se graduó de arquitecto y nunca más se lo volvió a ver por estas tierras.

El hecho es que el sábado 29 de septiembre de 1971 el hombrecito encontró, al ir a introducir el último film del ciclo, que no había más que un espectador en la sala, allá detrás, en un rincón, mitad luz y mitad sombra.

El hombrecito iba a empezar a hablar de la película que amaba tanto, pero el Conde se paró de su butaca y le sonrió, y el hombrecito tuvo que bajar los ojos.

DESTINITOS FATALES II



Un empleado público se monta a las 2 del día en su bus de todos los días, paga, registra, y para su satisfacción queda un puesto por allá, se dirige al asiento vacío sin ver a nadie conocido, pero para qué conocidos a esta hora y con este calor, así que el empleado público en lo único que piensa es en el almuerzo que su mamá le tiene cuando llegue a casa, y en la siestecita de 5 minutos, en el sueñito que sueñe, y por pensar en eso ni se ha dado cuenta que este bus en el que se ha montado no para cada 4 cuadras ni para en ninguna parte, y cuando cae en la cuenta el hombrecito lo que hace es apretar las manos que le sudan pero nada más, o tal vez voltear a mirar a los pasajeros, todos hombres, una mujer en la última banca, vestida de negro, todos de piel oscura y por qué será que todos están así de flacos y por qué a todos se les ve el hambre en la cara, por qué, sobre todo el chofer, cuando voltea la cara y lo mira a él. Y da la señal. Entonces el bus para y todos se le van encima, y cuando al hombrecito le arrancan el primer pedazo de mejilla, piensa en lo que dirán sus compañeros de oficina cuando salga mañana en el periódico.

Pero mañana no va a salir nada en el periódico.

Lorena Caicedo

Cali (Valle), 1983



EQUIVOCACIÓN

—Te mataré.

—Muerta estoy —dijo la muerte.

Fernando Calero de la Pava

Cali (Valle), 1948



V

Salgo de la discoteca en Francfort, tomo el tranvía amarillo, puntual como todo lo alemán.

Son las dos y doce de la madrugada.

Me bajo en el camino y me dirijo a un bosque, lo llaman “El bosque del ahorcado”. Paso frente a una lápida que recuerda la ejecución por ahorcamiento de un polaco salteador de caminos en el siglo XVIII.

En medio de la frondosa vegetación tengo guardado un saco de dormir y un poncho plastificado del ejército alemán.

Todo está en penumbras.

Sacó una vela que tengo en el bolsillo y la enciendo. Camino a través del bosque en medio de las tinieblas. A lo lejos escuchó la risa delirante de los borrachos que están en la retreta; son marginados de varios países que beben hasta el delirio o hasta que la policía se los lleva. Paso al lado de ellos,

huelo su fuego apestoso y su agresividad. Debo parecerles muy extraño para que no me ataquen; sólo me amenazan con sus gruñidos y yo los reto con indiferencia.

Continuó con la luz tenue hasta llegar a la parte más profunda del bosque, sólo el resplandor de la vela me guía.

Hago mi cama sobre la hojarasca y me duermo plácido.

Un reloj que dejo a mi lado me despierta a las cinco y cincuenta de la mañana antes de que llegue la policía y me tome por vagabundo.

Después de la oscuridad vislumbro la luz del sol a través de los altos cipreses.

Soy muy feliz.

Recojo mi equipo de campaña y lo escondo de nuevo entre los pinos.

Me dirijo a la fábrica, me ducho con agua caliente como una fantasía, me cambio de ropa, sacó del *locker* mis guantes y empiezo a hacer neveras.

OBRA SECRETA



Estando en la cárcel presto dinero. Vivo cargado, como un cacique inca, con el oro que me dan para respaldar la deuda.

La gente va por los corredores tenebrosos. Juegan el dinero que les presto en los garitos, en los patios desolados, en los corredores como tumbas, ateridos por el frío. Los atracadores, los heroinómanos, los estafadores, los homicidas juegan el dinero que ambiciosamente esperan multiplicar.

Soy el prestamista y todos cuidan las pertenencias que yo me cuelgo al cuello, la mayoría de ellas mal habidas en los extramuros.

Llevo tres anillos en cada dedo, infinitas cadenas en el cuello, medallas del Divino Niño en los bolsillos, vírgenes renacentistas que me acompañan hasta los baños.

Los prestamistas tradicionales me quieren matar. Les he dañado el negocio. Ellos prestan al veinte por ciento semanal y yo no cobro nada. Yo únicamente facilito la vida a los miserables.

Mi única compensación es el poder.

Henry Canizales

Cali (Valle), 1948



LOS COLORES OCULTOS

El inesperado mandato imperial prohibió, luego de la muerte de la reina madre, el uso de cualquier objeto, prenda o tejido de color diferente al señalado para rendir eterno homenaje a la noble matrona. Ante esto, los súbditos y vasallos idearon bien pronto los más originales medios para solazarse en la contemplación de los colores prohibidos.

Con muchas precauciones, en los intervalos de la jornada, hombres y mujeres se aplicaron pacientemente a ocultar en sus casas, en los lugares menos sospechosos, hilos, retazos, vasijas y otros utensilios de variados matices que, cuando tenían ocasión, observaban apresurados y luego nuevamente escondían con fruición. Algunos, más osados, confeccionaron su ropa íntima con infinidad de tonos llamativos. Las mujeres en particular, sin menoscabo de su castidad, popularizaron esta práctica que fue como un mercado clandestino de sueños. No era extraño, al cruzar una callejuela decorada con el color oficial, que furtivamente se llamara la atención

de algún paseante para susurrarle misteriosamente al oído: ¿Quieres ver el púrpura? ¡Mira! Se levantará el sayo y luego, en contraprestación, solicitará al caminante le enseñara sus colores ocultos. Por mucho tiempo, la sofisticada estrategia ofreció pleno deleite a los traficantes del color.

Desafortunadamente, la desmedida confianza acabó por dar al traste con este delicioso bazar de la imaginación. En efecto, enterados los caballeros del rey de los brotes de insubordinación, no dudaron en flagelar públicamente a los disolutos, amenazando incluso con la pena capital a los reincidentes.

Los agobiados súbditos, incapaces de soportar la rígida disposición imperial, enloquecieron sin remedio. Por los días del arco iris, embelesadas en la contemplación del infinito, hordas delirantes perdieron el sentido corriendo en pos de los colores del horizonte.

Otros, menos idealistas, optaron por rasgar la piel con cualquier instrumento de trabajo, decididos a dejar escapar la vida, gota a gota, mientras contemplaban absortos la coloración de su sangre.

Alarmados el rey y su corte por esta nueva práctica, temerosos de un mayor deterioro de su imagen, decidieron al fin, contra su voluntad, que los súbditos agregaran al tocado personal dos colores primarios. Con esto, aunque complació en parte a su reino y redujo de paso los suicidios colectivos, no logró evitar empero que muchos continuaran insatisfechos, reclamando con mayor ímpetu el derecho a todos los colores.

José Cardona López

Palmira (Valle), 1951



QUE TRATA DE LA INDAGATORIA AL
INGENIOSO CABALLERO
DON MIGUEL

- ¿Lugar?
—De la Mancha.
—¿Nombre?
—No quiero acordarme.
—¿Por qué?
—No sé. No quiero.
—¿Apellido?
—Hidalgo.
—¿De cuáles?
—De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...
—Gracias, eso es todo.
—... una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches...

—¡Basta! ¡Basta!
 —... algún palomino de añadidura los domingos...
 —¡Basta! ¡BAS-TA! Que siga el próximo caballero.

SALVAMENTO DE UNA LEYENDA



—¡Ese colmillo hay que extraerlo!, no hay otro remedio.

El Conde se estremeció en la silla y cubrió su cara con la capa. Comprendió cuán descuidado había sido con aquella pieza. Sus mejillas imitaron la llorosa blancura de los lirios. Gemía.

—Entiendo cómo será su nueva situación sin ese colmillo, pero no hay nada más que hacer. El absceso fue intenso, y la infección casi horadó la mandíbula. Luego podríamos acudir a una prótesis.

El Conde seguía con su llanto. Pensaba en lo ridículo que iba a quedar en la historia, la leyenda tendría un desagradable giro de ciento ochenta grados. Se comparó con un mezcquino zancudo. Los salones del castillo, la heráldica familiar y la juventud en Transilvania acudieron a su mente. Y el orgullo de Conde le permitió decidir que, si perdía el colmillo, era mejor quedarse con el hueco en la dentadura, antes que tener un inservible postizo. Armado de valor, detallando el amenazante gatillo orlado por la incandescencia de la pantalla, definió su suerte:

—¡Extráigalo! —le gritó.

Había concluido que, a partir de esa noche, el trabajo sería más demorado. Por siempre debería punzar dos veces

y sorber dos veces en la yugular de las víctimas. El placer del chupeteo quizá disminuiría, pero su doble labor lo restablecería. Además, la leyenda se salvaría.

Miguel Fernando Caro Gamboa

Cali (Valle), 1964



EL AMIGO

Todas las mañanas, cumpliendo con la rutina de mi trabajo, paso por una casa en cuyo balcón hay un viejo sentado en su silla de ruedas. Siempre, al pasar junto a la casa, el viejo y yo nos saludamos batiendo nuestras manos.

No sé cómo se llama ni él sabe mi nombre. Tal vez el vernos todos los días casi obligatoriamente nos haya hecho amigos.

Hoy no nos vimos y al pasar por su balcón me he sentido muy triste al pensar en lo que pudo haberle ocurrido; ya a su edad, y con la mala salud que aparentaba, despertar a un nuevo día era una sorpresa.

Esta mañana me he sentido muy alegre pues el viejo ha sido el primero en traer flores a mi tumba.

EL ESCOLTA



Un día, el capo fue sorprendido por un agudo dolor en el pecho y con gestos señaló su corazón; el escolta, que estaba alerta, abrió fuego y eliminó al infarto que se atrevió a atentar contra su patrón.

Guillermo Arnul Castillo Ruiz

Guadalajara de Buga (Valle)



INTERCAMBIO DE PRESENTES

Chi-Huang Ti nunca había salido de la Ciudad Prohibida. Siempre comió con palitos. Hasta que un día decidió descansar en las afueras de la ciudad imperial. Allí recibió a un mercader venido de Occidente, quien le ofreció un juego de tenedores entre otros caros presentes. El mercader a su vez fue correspondido y comió con palitos por primera vez. El gran emperador está muy agradecido porque de ahora en adelante, podrá esforzarse menos en la práctica de sacarles los ojos a sus enemigos.

DESTELLOS DE SOMBRAS



Aunque el resplandor en sus ojos no le permitió ver cómo de la hondonada nacía una nube gris, el cuerpo del hombre se estremeció por la explosión de los fuegos artificiales. Minutos antes llegó acompañado de un lugareño que se complacía en llevar una botella de Aguardiente Juanchito en la mano, mientras sus facciones se endurecían y se hacían más repulsivas. Ambos, se infiltraron en el lugar aprovechando la animación reinante del centenar de asistentes. Rápidamente se aproximaron al escenario preparado para celebrar la navidad en el campo de maniobras del Batallón Palacé. Al llegar a determinado sitio, a un tiempo se arrodillaron; mitigaron sus espaldas, los hombres de movimientos rápidos depositaron un artefacto y simularon el cable que lo unía con los de la energía eléctrica.

Uno de ellos era Erichthonius Barabas, civil, balcánico de origen, era empleado del ejército como talabartero. De improviso se detuvo; por sus ojos pasó una expresión huraña, sus labios se plegaron con un extraño gesto. Esperó. Había aprendido a esperar, mientras planeaba su venganza con el temblor propio de un creyente. La arruga que en la frente de aquel trashumante se dibujaba, iba haciéndose poco a poco más intensa. Era cuestión de dar tiempo al tiempo. En la solemnidad de la noche que se cerraba, los fuegos artificiales

se avivaban bulliciosos, se encendían tronando, mientras el humo despedía olores a pólvora, remontándose al cielo de Buga.

Cuando mayor era la animación, se produjo la más terrible explosión. La primera voz de desesperación resonaba y la primera lágrima había rodado en la inmensidad de la noche. En su mirada se disipó la afabilidad y la calma, se retrataba el rencor, cuando no la rebelión, y en la profundidad de su alma, como las emanaciones venenosas en el fondo de un pozo, echaban raíces de odio, sus manos se endurecieron, sangraron inexorables.

Nadie sabía que él arrastraba un tormentoso pasado, que desde siempre había errado como ahora, que fue condenado a llevar su tormento después de esa vida más cruel aún de lo que ya la llevaba como el desterrado que fue siempre buscando en un muro una puerta. Cuando accionó el detonador y al tratar de alcanzar la ciudad durante la noche y huir aprovechando la confusión provocada, fue el primer muerto de la explosión entre la indefensa muchedumbre que siguió su misma suerte al congregarse para celebrar aquella Misa del Gallo con motivo de la navidad.

Jacqueline Castro

Cali (Valle), 1982



PERSECUCIÓN

Rodolfo, como todas las noches, salió a la calle. Al llegar a la esquina se dio cuenta que alguien lo seguía. Era su abuela, con su rostro triste y caminar nervioso.

Entonces corrió.

No quería que lo alcanzara como en los tiempos en que aún vivía.

Mónica Emma Chamorro Mejía

*Popayán (Cauca), 1974.
Vive en Cali hace varios años*



UNA BUENA NUEVA

Solo cuando por azar descubrió que podía caminar sobre el agua, Martín supo que él era el Mesías. Al entrar a la piscina para su hora cotidiana de natación le había parecido que el agua se veía muy densa y sin saber por qué pensó que aquella mañana se le antojaba andar en vez de nadar. Y así lo hizo. La gente a su alrededor había huido despavorida mientras Martín, con el vestido de baño puesto y el gorro de plástico en la cabeza, titubeaba como un niño que da los primeros pasos. Con cada movimiento su corazón se llenaba de júbilo. Veía a multitudes demandándolo extasiadas, sentía el poder de su diestra, capaz de fulminar a los demonios y de multiplicar los peces. Incluso oyó su propia voz despertando a los muertos de sus tumbas. Estaba a punto de ponerse a saltar de la alegría, cuando al levantar la vista hacia los cerros cercanos vio las tres cruces de madera, nuevas y prontas para

su uso. Un sudor ardiente cubrió entonces su espalda y no pudo evitar echarse a llorar a gritos. Tanto su sudor como sus lágrimas eran de sangre.

Pedro Chang Barrero

*Buenaventura (Valle),
1946 – Cali (Valle), 2001*



LA REVELACIÓN

En los libros encontró las respuestas necesarias para poder amar, vivir, comprender, morir, reír, pensar, soñar, y llorar. Sólo faltó el libro que le explicara que los otros eran simplemente libros.

LA PIEDRA FILOSOFAL



Se salvó de la hoguera, pero fue encerrado en un manicomio, porque nadie entendió que fuera lógico el hallazgo de una piedra que, con sólo tocar el oro, lo convirtiera en pan.

Carlos Fernando Cobo

Cali (Valle), 1958



DÍA DE LLUVIA

La inquietud con que despertó de la siesta, lo siguió molestando después de la ducha fría, la colonia y el traje limpio que vistió a prisa. Aunque no recordaba el sueño, una extraña sensación lo intranquilizaba. Va a ser una tarde difícil, pensó pasando al comedor. Como de costumbre, el café no estaba puesto en la mesa. Ya casi está listo, gritó la mujer desde la cocina previendo el disgusto. Le molestaba que las cosas no estuvieran en su lugar en el momento preciso: ¿cómo es posible que después de tantos años de casados, no tenga servido el café a la hora de salir a trabajar? Dónde están los niños, preguntó. Salieron, contestó la mujer colocando la taza sobre la mesa, juegan en los charcos que formó la lluvia. Hizo una mueca de desaprobación, tomó el café y salió; la mujer apenas alcanzó a entregarle el pañuelo recién planchado.

Los muchachos no lo vieron salir; miraban entretenidos al pirata audaz y sus corsarios de cartón, navegar plácidamente en sus barquitos de papel por los encantados mares

de la tarde de invierno. El mayor se levantó asustado al sentir el tironazo en la oreja y el feroz grito del papá. ¡Les he dicho que no jueguen en la calle! Sí, papá, pero... son los barcos... los piratas, el mar... ¡Qué mar ni qué carajo...! No tienen consideración, con todo lo que trabajo para ustedes. Vayan a...

No alcanzó a terminar el regaño. La ofuscación que tenía le impidió reparar en las malas condiciones del andén; cuando se abalanzaba amenazante sobre sus hijos, pisó la parte deteriorada, resbaló y cayó. Pataleó en el aire antes de hundirse en el agua. Sorprendido salió a flote lo más rápido que pudo, buscó el andén, buscó a sus hijos, pero sólo vio agua y un lejano acantilado. Trató de mantener la calma, aunque no entendiera nada de lo que pasaba, por más vueltas que le daba al asunto. De pronto vio los barcos que se acercaban y sintió pánico: eran enormes y sus corazas parecían hechas de papel cuadriculado. Nadó desesperadamente hasta llegar al pie del acantilado; los piratas habían dispuesto sus naves en posición de ataque. Sin perder tiempo buscó la parte más fácil de escalar y empezó el ascenso. Faltaba poco para alcanzar la cima, cuando un certero cañonazo lo derribó. Y, ya sin vida, se sumergió en el mar.

Humberto Cruz Manzano

Cali (Valle), 1949



REENCUENTRO

El hombre vació sobre una mesa el contenido de la maleta y una granizada de cajas de dientes se desparramó ante los ojos del extraño visitante. Este se llevó una tras otra a la boca y por fin sintió coincidir una con sus cavidades interiores.

—¡Esta es! —dijo ensayando una sonrisa de fiesta—. ¿Cuánto le debo, doctor?

—No soy doctor, soy el antiguo sepulturero; estoy seguro de que esa hermosa pieza se ajusta perfectamente al alma de un asesino

—¿Por qué dice eso? —preguntó el extraño visitante.

—Esa caja perteneció al padre del conde Drácula —respondió volviendo a llenar la maleta.

—¿Era un asesino?

—Poco más o menos.

—No entiendo —exclamó el extraño visitante.

—Yo tampoco, pero no se preocupe por eso. Lo importante es saber succionar las arterias del prójimo.

—¿Cuánto le debo? —repitió confundido.

—Llévela. No le vale nada —dijo el hombrecito satisfecho de que el extraño visitante se hubiera reencontrado con el pasado.

El visitante empezó a dejar atrás la luz vespéral para sumergirse en su propia sombra.

El último transeúnte que lo vio apuró el paso.

Germán Cuervo

Cali (Valle), 1950



MI MUJER

Mi mujer trabajaba en un banco. Yo escribía poesía y pintaba, es decir, no hacía nada. No me iba muy bien.

Pero ella envidiaba la vida que yo llevaba: tenía amigos y amigas artistas; siempre podía salir de farra y divertirme. Cuando ella llegaba de trabajar las diez horas reglamentarias más las cuatro horas reglamentarias de transporte, le notaba en su mirada, como en su cuerpo, un cansancio infinito.

Un día me dijo:

—Yo también voy a escribir poesía y pintar. Si eso que usted hace es poesía y esos mamarrachos son cuadros, yo también puedo hacerlo.

Dicho y hecho. Desde ese momento comenzó a enagarabañar papeles. Yo apenas la miraba, aterrado. Pronto dejó el trabajo (ya no teníamos de qué vivir) y muy pronto comenzó a acostarse con mis amigos poetas y pintores. Yo no pude soportar tal situación. Terminé abandonando los

pinceles, las musas y la casa, para tratar de olvidarme por completo de toda esa vida.

Ahora tengo un puesto de Súper-perros calientes y empanadas en la avenida sexta. Trabajo por las noches. Me ha comenzado a ir mejor. Ella pasa con sus amigos de turno, borracha y trabada. Me muestra sus cuadros y me lee sus poemas cuando regresan de rumbear. Sus poemas no son malos, pero no sé si son como de ella o como de otros, de los que andan con ella. Al amanecer les doy de comer, pues siempre andan hambrientos y sin dinero.

Lo malo fue que anoche me dijo que iba a poner un puesto de perros calientes frente al mío. Cuando me dijo esto se quedó mirándome raro, extrañamente maravillada; parecía que quería meterse dentro de mí. Ahora no sé qué hacer, ni a dónde irme.

MI AMIGO



MI amigo quería ser escritor, pero no podía serlo porque no tenía máquina de escribir. Al fin consiguió una. Aun así, no pudo comenzar, pues le hacía falta una habitación privada. Al cabo de los días pudo saltar este obstáculo, pero en aquella nueva habitación había mucho ruido e interferencias. Fue preciso, entonces, conseguir una casa. Prestando aquí y allá y con una ayuda de su familia, mi amigo pudo conseguir una casita solitaria y retirada, para poder comenzar su trabajo de la escritura. Al cabo de un tiempo me lo encontré en la calle muy deprimido y le pregunté qué le pasaba. “Ya tengo máquina de escribir, un cuarto y una casa —me dijo—, sin embargo, no puedo hacerlo. Algo muy importante en la vida me hace falta para poder escribir; me hace falta una mujer. Necesito compañía”. Dicho y hecho: mi amigo se puso en aquel empeño y a la vuelta de los días tenía una mujer cálida y buena que lo acompañaba en su difícil trabajo de la escritura. Ahora solamente le faltaba ponerse a hacerlo; sin embargo, no lo hizo pues si ya tenía máquina, cuarto, casa retirada y mujer, le hacía falta, por añadidura lógica, un auto. Se puso entonces en ese empeño consiguiendo un trabajo que le devengaba el dinero suficiente para mantener esta cadena de necesidades. La última vez que lo encontré le pregunté si estaba escribiendo.

—No —me contestó—. Si ya tengo máquina de escribir, cuarto, casa, mujer, carro y trabajo, para qué me voy a poner a escribir. Ahora estoy viendo cómo conseguir un betamax.

Yolanda Delgado de Tenorio

Restrepo (Valle), 1943



LA PRINCESA QUITAMARIDOS

La sapa Aurelia desde la orilla de la laguna eleva la cabeza, hincha la garganta y croa.

Ella tiene su reino debajo de las piedras, en el fresco lodo y con maternal cuidado vigila noche y día a sus renacuajitos.

Hace nueve días que espera. Sale y da saltitos, a veces largos, a veces cortos. Si nos detuviéramos y aguzáramos el oído, oiríamos su llanto.

Hace días una muchacha que paseaba cerca del lago, se paró en la piedra debajo de la cual tiene su hogar, cogió a Horacio, su marido, su tesoro, su amor, el padre de sus hijos, le dio un beso, lo convirtió en un ser horrible, de dos patas, de ojos azules, de pescuezo largo y anchos hombros que, en vez de brincar, caminó a su lado, lo llamó príncipe, le dijo que llevaba muchos años esperándolo y se lo llevó.

Se subieron a una carroza luminosa y Horacio ni siquiera sacó la mano para decirle adiós.

Aurelia piensa que hay que alertar la sapería. Qué tal que cada muchacha que quiera un príncipe coja un marido de los de ellas, les den un beso y se lo lleven.

¡Pobrecita! Sigue dando saltitos y llorando.

PREMONICIÓN



La oí cuando dijo su nombre a la cajera.

Tenía mi nombre y era como verme reflejada de cabeza a pies de mano derecha a mano izquierda extendidas en cruz. Llevaba mis ojos, mi piel, mi boca, mi pelo y se llamaba como yo: Ofelia Satizábal de Ríos. Las calles se iban enrollando debajo de mis pies, la seguí con temor.

¿Su esposo se llamaría Arnulfo Ríos? ¿Tendría tres hijas? ¿Se llamarían Alfonsina, Esther y Angélica? La seguí.

Estaba demasiado alterada no podía pensar otra cosa. ¿Cómo iba por la vida una mujer igual a mí y con mi nombre? ¡No era posible!

Ella, quizás cansada se sentó en una piedra. Esperé a prudente distancia y pensé que, si una perra es igual a otra y una rata igual a otra, ¿por qué no podría haber una mujer igual a mí?

Eran cerca de las diez de la mañana cuando reanudó su camino y la vi entrar al cementerio, la seguí entre las tumbas y desapareció por entre una lápida donde leí Ofelia Satizábal De Ríos y abajo en letras doradas: su esposo Arnulfo Ríos, sus hijas Afonsina Esther y Angélica Ríos Satizábal 15 de marzo de 2012... Miré tranquila al cielo. Hoy es 15 de marzo de 2012.

Johnny Delgado M.

Palmira (Valle), 1960



EL PRETENDIDO

Cuando el viejo José María terminó de limpiar los cuchillos y se quitó su delantal ensangrentado, sus tres amigos ya los esperaban en el umbral de la carnicería, provistos de dos botellas de aguardiente. Abrió el cajón de un armario y sacó cuatro copas. Se dirigió al otro extremo del salón donde ya estaban sentados los otros y dijo:

—¿Habrán traído tapetusa en vez del aguardiente oficial? Si ese desgraciado gobernador hasta poco anís le echa ahora. Yo prefiero el del alambique de Arturo.

—Callá, callá, que ya los achaques te hacen decir cosas —le contestó otro sonriendo.

José María se sentó. Era alto, esmirriado y con cejas pobladas rematadas con unas pestañas largas que como persianas le cubrían y hacían sombra a unos ojos cafés y pícaros. Era sábado y era costumbre ese día al terminar la jornada, iniciar la libación del fin de semana.

—Contanos de tus aventuras, José María —le pidió uno

de los contertulios, sabiendo de las ocurrencias del viejo que era ágil para inventar y ameno para narrar cuentos inverosímiles.

—No me lo han de creer —iniciaba siempre el viejo con su muletilla afinando su voz aflautada— lo que me sucedió en aquél tiempo en la guerra con el Perú. Estando con mis hombres y luego de tres días con sus noches de continuo combate, se nos acabó la munición y nos capturaron. Nos llevaron a un poblado peruano y nos hicieron Consejo de Guerra y como oficial enemigo me condenaron al patíbulo.

Estaba todo el pueblo reunido y yo solo ante el pelotón de fusilamiento. No permití que me fusilaran por la espalda. Entonces me colocaron de frente y sin vendas en los ojos. Quería verlos de frente a esos berracos. Cuando dieron la primera orden de apuntar y ya iban a disparar, se oyó una voz entre la multitud que gritó:

—Alto —era una hermosa mujer, finamente vestida que adelantándose altiva ante la multitud, reafirmó: —Alto ahí, no maten al coronel Delgado, a ese hombre valiente, que lo quiero para sacar cría con yo.

Hoover Delgado

Palmira (Valle), 1961



RECHAZO DE LA MASTICACIÓN

Ya se sabe: los muertos se alimentan de flores. No las devorarán. La masticación, esa costumbre propia de la especie y que ocupa el ochenta por ciento del tiempo, está negada a los difuntos. La cosa acá es como sigue: alguien deja un ramo sobre la tumba y el finadito, volviendo ligeramente la nariz, aspira con fuerza. Uno o dos minutos y el ramo, despojado de su fragancia, se desvanece pétalo por pétalo y entra en forma de perfume a los pulmones. Así, se agotan los jardines, los vivos cumplen con sus ritos y los muertos pernoctan tranquilos.

La cosa va bien hasta que llegan las rosas. Ocurre que el regular visitante deja el ramo —suelen traer de las llamadas *ramo de novia*— y, bueno, abajo el muertito empieza su tarea. Dos o tres aspiradas y lo ataca el sueño. Una especie de narcosis turbia y gelatinosa —como un sueño de los de antes, opinan unos; como un viaje de hongos, aclaman otros.

Nada peor que el sueño de las rosas. Cuando el muer-

tito despierta, está descompuesto. Lo peor es cuando llega el hambre. Del ramo seco ha resistido un capullo, pero al ir a oler, la rosa sigue intacta. Desesperado, el muertito se levanta. Para ocultar sus olores, se coloca la flor en la solapa y sale a recorrer la ciudad. Aspira jardines, viveros, floristerías, arreglos de peluquería, flores de semáforo, anchetas, solitarios. Y nada. El hambre lo gana. Uno o dos días, y empieza a ver con ganas la paila donde tejen el algodón de azúcar; una fruta rojeando en la carreta lo conmueve; un pan humeante en la vitrina, lo estremece. Al final, termina entrando a un restaurante. Pide un bife. Con lágrimas en los ojos lo ve enfriarse. El mesero entiende. Mordiéndose los labios retira prudentemente el solitario que adorna la mesa.

MITO DE UN GUERRERO



Llegó levantando un gran alboroto, haciéndole mucho ruido a las palomas con sus taconazos en el tapete, al tiempo que intentaba quitarse las costras del barro invernal. Traía en la cartuchera el retrato de un hermafrodita y, en banderola, un mono del Amazonas. Buscó entre los estantes hasta que sacó dos castañuelas, las cascó y el corazón rosado y rotundo de cada una metió en las dos heridas de bala que le cruzaban el pecho.

Era una dura guerra, pensó, esa de estarse completando la vida con mentiras y jugar a crear el propio mito, donde era menester alimentar la realidad antes que todo, borrar las líneas y las muescas heroicas que se había grabado en los dedos para contar los días de la podrida gloria. Pensó que, dentro, presto a desprenderse como un avispero inútil desde el tranquilo árbol de los nervios, su corazón rotaría igual que un astro sangrante durante la larga ausencia a que le había condenado el poder.

Puso sobre una mesita de noche su equipo, se quitó las botas y la guerrera, se tiró de espaldas en la cama, cruzó los brazos por sobre la cabeza, dio un bostezo largo como un pájaro de bruma, y se puso a soñar que había vuelto a un lugar cualquiera alborotando palomas con sus taconazos sobre un tapete, sin hacer caso de las dos heridas en el pecho por donde le iba entrando la muerte.

Julián A. Enríquez
Quintero

Cali (Valle), 1973



CUANDO LAS COSAS SE PONEN FEAS

Realmente entré a ese bar a pelear, a buscar camorra como dicen los italianos. La perfecta excusa fue mostrar mi disgusto por la barba mugrienta de uno de los harlistas; se lo hice saber a través de un chiste que ninguno de los que estaba en las mesas, quiso celebrar. Entre tres de los mugrosos me sacaron por la puerta de atrás del bar, ya en la calle me rodearon para luego pasarme por encima. Quedé vuelto añicos y me tomó dos semanas recuperarme.

A la tercera semana, el mismo día y a la misma hora, regresé. Esta vez fui acompañado de mi amigo Bate de Béisbol que al principio anotó unos buenos nockauts y uno que otro jonron con las muelas de varios harlistas que salieron disparadas fuera de órbita. Pero me lograron contener y por la misma puerta de atrás me sacaron. Esta vez, la cosa no

fue a mano limpia, usaron manoplas y navajas para hacerme entender que no querían volver a verme por allí. Logré sobrevivir gracias a la llamada oportuna de una señora que presenció el jaleo desde su ventana y telefoneó a la policía. En el hospital me salvaron la vida, aunque varios órganos vitales y mi movilidad se vieron seriamente comprometidos. Esta vez, tardé casi un año en recuperarme.

No me arredré por ello y volví, sin importarme hacerlo en una silla de ruedas. Más me gusta cuando las cosas se ponen feas y cuanto más feas se ponen más me gustan. Con el lanzallamas que llevé logré quemar a varios de ellos y, los hubiera quemado a todos y después incendiado íntegro el lugar, de no ser porque alguien me dio con una silla en la cabeza y me sacó de circulación.

Parece que después de apagar las llamas y constatar que yo era el mismo, me iban a practicar un linchamiento, pero uno de los harlistas le hizo ver a sus compañeros que un tipo tan duro como yo no se conseguía a la vuelta de la esquina. Entonces me erigieron como su líder. Ahora vamos por las carreteras: yo con mi chopper reformada para moverla sólo con las manos y ellos, a mis órdenes, inundando bares y haciendo lo que nos da la gana.

María Fernanda Escobar L.

Cali (Valle), 1972



LA HOJA DE BLOCK

La hoja de block se siente sola. No tiene con quien compartir su vida.

Un día decidió pedirle al lápiz que le dibujara algo. El lápiz le dibujó una niña a la que llamó Maia.

Maia y la hoja compartieron muchas cosas: elevaban cometas, iban a cine, comían choclo asado y saltaban lazo. Ambas amigas compartían su tiempo en actividades muy divertidas. Todos estaban felices, hasta que la hoja de block notó algo: el mundo en que vivían no tenía color. Por ello decidió pedirles a los colores que pintaran a Maia, y la pintaron tan hermosa que a la hoja de block se le olvidó que ella no era real.

Un día las dos amigas estaban descansando sobre el escritorio, cuando la hoja sintió que la halaban y doblaban de diferentes formas. Era el niño de la casa que había hecho un barquito de papel.

La hoja de papel temiendo lo peor le dijo a Maia que no se preocupara, que ella la protegería. Más tarde el niño puso el barquito en un riachuelo y lo despidió con todos los honores dignos de la mejor aventura. Aunque un poco asustadas Maia y la hoja de block disfrutaron del viaje: conocieron varios paisajes, disfrutaron directamente la luz del sol y observaron animales fabulosos.

Todo estaba muy bien hasta que llegó lo inevitable; la hoja de block absorbió tanta agua que no pudo navegar más, hundiéndose junto con su querida Maia. Sin embargo, la tristeza no las invadió, porque continuaban juntas disfrutando su amistad en el fondo del mar.

Rafael Escobar de Andreis

*Santa Marta (Magdalena), 1946.
Vive en Cali hace 40 años*



VIDA DE PERROS

Llegó a tener tan íntima compenetración con los perros que poco a poco fue adquiriendo sus hábitos.

Ladrar, no le costó gran esfuerzo, su relación con el lenguaje estaba cada vez más deteriorada.

De orinar detrás de un árbol, que se había vuelto costumbre en ciudades y pueblos sin sanitarios públicos, pasó sin contratiempos a levantar la pierna sin dejar de reconocer que en esa posición la orina fluía sin contratiempos.

Su arraigado y permanente ímpetu sexual desencadenó en una feroz persecución a las mujeres que su olfato, ahora desarrollado, le señalaba como en estado de celo.

Sin embargo, se percató de que había una característica del animal que le estaba vedada: nunca podría ser el mejor amigo del hombre.

NAVIDAD EN FAMILIA



Se esperaba una gran fiesta, las frescas brisas de diciembre así lo presagiaban. Era Navidad: el día del año escogido por los familiares de afuera, para visitar a sus viejitos en el ancianato.

Sofía, mezclaba sus labores de enfermera con las que requería un adecuado engalanamiento. Distribuía bombas multicolores por las paredes, atravesaba serpentinas en el salón y por último colocó dos cremosas tortas sobre la mesa principal. Además, acicalaba a los que hoy serían privilegiados anfitriones: limpiaba unos mocos acá, apaciguaba unos ralos pelos sobre una calva, secaba diferentes texturas de babas, colocaba pañales para evitar sorpresas incómodas y repartía pócimas para calmar las toses cavernosas.

Algunos familiares llegaron tarde, como a veces, sus mensualidades, pero al fin terminaban por cumplir. Sus retrasos venían justificados por los variados compromisos que trae el último mes del año. De cualquier forma, hacían lo posible por ver a sus viejitos, aunque fuera sólo en Navidad. Allí se encontraban padres con hijos, nietos y abuelos, hermanos, sobrinos con tíos y hasta alguna esposa o esposo con su antiguo cónyuge.

A las cinco de la tarde la organización era casi completa: cada anciano fue rodeado por su grupo familiar entre besos

y abrazos —efusivos o resignados—. Estaban recién bañados, recién peinados, medianamente afeitados y con trajes limpios.

Hubo diálogos donde era posible, algunos ancianos sólo balbuceaban o experimentaban el dialecto que sólo entienden los que están cercanos al más allá. Otros no oían ni a los gritos, a dos o tres se les escurrían las salivas por las comisuras y a unos pocos, el familiar menos impresionable les sostenía un brazo o la pierna para tratar de apaciguar el espasmo persistente. Muchos, indiferentes a la celebración, miraban hacia el reino de las tinieblas.

La voz de doña Bárbara, dueña del establecimiento, rompió la monotonía, a las seis de la tarde en punto:

—Sofía llegó la hora de las tortas, recuerda que a la derecha está la de los abuelitos —y agregó con precisión—: por favor no te vayas a confundir, ya sabes que ésta es la primera que se reparte para que los familiares puedan ayudarnos.

Los viejitos comieron con sus apetitos de pájaro y diez minutos después cayeron en un profundo sueño —demasiado profundo para ser natural.

—Ahora sí —dijo doña Bárbara— reparta la torta a los demás.

Mientras estos comían con avidez y los durmientes eran llevados a sus habitaciones, fueron llegando las notas de una música festiva.

Winston Espejo

Cali (Valle), 1967



CELEBRACIÓN

El grito del gol de Saturno se escuchó hasta el último rincón de la Vía Láctea cuando derrotaron, en el último minuto, a Andrómeda. En Indonesia, Tailandia y otras naciones, murieron más de trescientos mil habitantes. Y aquella celebración fue declarada como uno de los más atroces tsunamis en la historia de la Tierra.

RUTINA MORTAL



Al despertar, volvió a sentir que era demasiado temprano levantarse y cumplir con su deber.

Con las ideas fatigadas y el ánimo deprimido, se dijo: “¡Qué bendición sería mi muerte!”. Y lloró y se dio contra las paredes por la paradoja que encerraba aquella exclamación. Así que resignada, como tantas otras veces, y a tientas, en la penumbra de una cueva, sin dejar que los párpados se le cerraran del todo, tomó sus pertenencias (una guadaña y un reloj de arena) y lenta, sin ganas, se cubrió con su túnica. Después, arrastrando los pies, buscó la salida.

Afuera, reconfortándose en el frío, se detuvo para contemplar el paisaje montañoso. Más cerca, iluminado por el sol recién salido, el llano verde donde en pocas horas se enfrentarían dos ejércitos armados con odios y lanzas. Antes de eso, llegaría un mensaje divino notificándole cuántos y cómo llevarse.

Alberto Esquivel

Cali (Valle), 1958



LOS NIÑOS PRIMERO

Oliva estaba casada con Gutiérrez.

Ruiz salía con Oliva.

Oliva quedó embarazada.

Gutiérrez se fue para el extranjero.

Ruiz se fue para el cuartel.

En una carta a Gutiérrez, Oliva le dijo que era padre de una niña.

En una carta a Ruiz, Oliva le dijo que era padre de una niña.

Todos estaban contentos. La niña sonreía.

Gutiérrez y Ruiz fueron espaciando sus cartas y terminaron por no escribir.

La situación a Oliva se le complicó, se volvió coleccionista de los clasificados efectivos del periódico.

Gutiérrez y Ruiz se perdieron en los caminos de la vida. Oliva intentó conseguirse otros hombres y con ellos no levan-

tó un peso. En la tienda dejaron de fiarle, a la papelería no arrimó más por hojas de vida.

La única que se veía contenta era la niña.

Crecía.

Oliva empezó a maldecir a los hombres y al mundo. Luego se echó la culpa de todas las desgracias y por último miró a la niña, le brindó el pastel de fresas envenenado y descansó.

DESPEDIDA



Amigo Mío, usted me cae bien porque es inteligente, presta atención, no le da miedo mi palabra como a unos políticos que ahora estaban celebrando en bar el triunfo en las elecciones y hablaban del pueblo por aquí y el pueblo por allá Y apenas me les acerqué les parecí feo, les olí maluco, se sintieron amenazados y ordenaron sacarme. Yo hablo veinte idiomas desde el italiano al japonés, puedo dictar cualquier conferencia porque soy creativo, ilustrado, espiritual, divertido, detallista, excelente profesor, fluido de palabra y entendido en el amor. Le puedo recitar la mayoría de los poemas que se han escrito sobre la tierra, hablar de casi todas las películas que se han filmado, recordarle canciones y hacerlo vibrar con los pasajes de algunos dramas que han conmovido la sensibilidad humana. Soy bueno para dibujar una tormenta en un arrecife y gritar dentro del agua, arrancar melodías de antiguos instrumentos y sembrar una que otra flor. Soy un alma empecinada en cuestionar el orden establecido, le puedo quebrar una ley, violar una prohibición, los imposibles para mí no existen. Le resuelvo ecuaciones matemáticas, las soluciones en química las inventé yo, ayudé a Einstein a desarrollar sus teorías, pero, Amigo Mío, me tengo que despedir, sólo necesito que me regale mil pesitos para comprar un café con pan.

Henry Ficher

*Miami (USA), 1960.
Vivió en Cali durante veinte años*



EL PIANO

El viejo pianista ya no caminaba por el parque, ni iba al cine, ni se encontraba con los amigos, porque todos estaban muertos. Lo único que hacía era lo que había hecho siempre: tocar el piano. Pasaba las horas frente a él, como si con ello se aferrara a la vida.

El piano sabía esto. Por eso, a pesar de que estaba desafinado y el viejo fallaba las notas, sacaba los sonidos más dulces que podía producir. Presentía que, si él dejaba de tocar, ya nadie acariciaría sus teclas.

EFFECTO MARIPOSA



Juan Ramón se cortó afeitándose y eso le dañó el genio. Le gritó a su mujer por cualquier cosa, y ésta, ofuscada, poco después miró feo a la empleada del tendero. Ella, a su vez, se desquitó con su novio, el cual, en una discusión durante el almuerzo, se negó a pagarle a un proveedor. Éste recibió, a continuación, un regaño de su jefe, que a pesar de tener la razón se ganó un insulto de su subalterno.

Así se fue transmitiendo esa rabia, de persona en persona, hasta que llegó, al caer la tarde, a un abogado que, no bien abrió la puerta de su casa, mató al gato de una patada.

En toda esta serie de circunstancias desafortunadas, la cuchilla de Juan Ramón fue la única que actuó a sangre fría.

Esther Fleisacher

Palmira (Valle), 1959



EL LUNAR RETEÑIDO

Al morir mi tío, pensé que Libia, ahora sí, iba a mostrar quién era. Desde el día que la vi al espejo, repintándose el lunar en la frente, empecé a dudar de ella secretamente. No se ocultó para hacerlo, tampoco se asustó cuando vio que la observaba; por el contrario, me mostró que había que mojar la punta del lápiz para que funcionara mejor y me confió que a mi tío le parecía muy atractivo. Ese día decidí que quien se inventa lunares no es de confiar. Aparentemente, todo seguía igual, pero otra dentro de mí estaba al acecho de nuevas pistas.

Cuando los visitaba, ella siempre estaba muy arreglada con su lunar reteñado en la frente y mi tío se veía contento. Para él era de especial deleite sacar las fotos de la familia y repasar el matrimonio, los viajes, el nacimiento de cada uno de sus hijos y las casas donde había vivido. Yo aprovechaba para constatar que, desde el día de la boda, Libia lucía su lunar. No entendía cómo alguien podía sostener una farsa toda

la vida, aunque nada confirmaba mi teoría de que allí alguien era engañado o muy desgraciado.

Creía que ante la muerte no es posible mentir, por eso, cuando mi tío murió esperé verle el rostro diferente. Su tristeza y su llanto me parecían tan falsos como el lunar. Sin embargo, no abandonó a los hijos y siguió siendo una madre cariñosa. Me decía que en cualquier momento se delataría.

Mi madre contaba que su hermano la había encontrado en un convento de donde la sacó para casarse con ella, había tenido que terminar de educarla, tenía trece años y él ya era un hombre hecho y derecho. Yo sólo podía ver motivaciones oscuras en ese suceso, una joven por gusto propio no se iría a vivir con un viejo. Así mi madre recordara, con mirada nostálgica, que su hermano había sido una estampa de hombre.

Después de duros meses de llanto por la pérdida de su esposo, Libia vivió largos años dedicada a la venta de lencería, en lo que ponía todo el arte de bordar que había aprendido con las religiosas. Seguía luciendo el lunar reteñido a pesar de haber perdido su esbelta figura a causa de la tiroides: se volvió obesa y descuidada con su aspecto. A diferencia de todos en la familia, que lo atribuían a la tristeza y a la soledad, yo creía que no era capaz de seguir soportando la culpa, la vida se encargaba de cobrar cualquier engaño.

Libia murió hace poco. El tiempo me permitió descubrir las argucias de la vanidad y el coqueteo, y el lunar dejó de ser relevante. Con su muerte, algo de la curiosidad infantil despuntó. Fui al velorio alentada por la idea de verla sin el lunar.

Su imagen me causó estupor: las hijas se habían ocupado de reteñir el lunar en la frente.

Álvaro García Ramos

Cali (Valle), 1947



EL CLASIFICADOR

“**O**bsérvenlo bien, es un típico cobarde”. El Clasificador de Espíritus le empujó hacia arriba la barbilla puntiaguda. Los ojos del pobre hombre continuaron clavados en el piso, a pesar de lo erguido de su cabeza. “¿Lo ven? Le alzo la cabeza, pero los ojos siguen caídos y los hombros también: tendencia innata al derrumbamiento. Los signos exteriores de cobardía corresponden con exactitud a los agrietamientos interiores del infeliz.”

Las cabezas de los asistentes se diluían en la oscuridad de la sala. El haz de un reflector caía en círculo sobre el escenario. En el centro del círculo, en un sencillo asiento café, permanecía el pelele objeto de la demostración, vestido de paño oscuro, saco cruzado a la usanza de muchos años atrás y zapatos negros. Detrás del pelele se alzaban, como una solemne torre, los dos metros de la figura de El Clasificador. A

un lado, alineado sobre una pequeña mesa color cucaracha, se veía el instrumental de exasperación y de tortura.

El Clasificador de Espíritus tomó de la mesa una larga aguja de marfil y se dedicó a chuzar al pelele, quien tímidamente esquivaba los ataques. “¿Lo ven? ¿Lo ven? Es una alimaña. Esquiva los ataques como lo haría una alimaña.” Un torrente de destempladas risas salió de lo oscuro como serpientes de un hueco. Dominado por una ostensible excitación, el Clasificador tomó unas pinzas de electricista hechas de oro y retorció la nariz del pelele, lo que produjo un fino manantial de sangre. Luego, más excitado, le golpeó los dientes con un martillo de plata e hizo rodar por los suelos varias piezas, en medio de los aplausos del auditorio. “Obsérvenlo bien, mírenlo con cuidado: crispa las manos y llora como una niña, pero no ataca... ¡Y ahora, señores y señoras, la prueba final! Con mis propias manos pongo en las tuyas este hermoso puñal árabe y le doy la espalda. Empiezo a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Podría contar hasta un millón y no sucedería nada. ¿Lo han visto? Soy el mejor Clasificador de Espíritus. El pobrecillo es un cobarde, un legítimo y puro cobarde.”

El público se levantó de las sillas y aplaudió rabiosamente. El Clasificador abrió los brazos en un gesto triunfal. Los aplausos del público fueron disminuyendo hasta que sólo se oyeron un par de manos chocando muy al fondo de la sala. Un hilillo de sangre iba saliendo de la boca de El Clasificador y manchaba cada vez más su blanca camisa de gorguera.

Y cuando el pesado cuerpo cayó sobre las primeras filas, el público pudo ver el puñal árabe en la poderosa espalda de El Clasificador mientras el pelele, encaramado en el asiento, temblaba, lloraba y reía al mismo tiempo.

Diego Gil

Cali (Valle), 1971



A MEDIO MILENIO DE ISABEL

Con el tiempo las cosas cambian su rutina. Sucede que me llamo Cristóbal, natural de Génova, y que sobre mí ha recaído, como sobre cada hombre cada tantos años, una misión histórica. Voy a referirla sin detenerme en los detalles, en beneficio quizá de mi terror.

El hecho es que al otro lado del mar océano, algo, no definible y ardorosamente cautivante, esperaba. Dispongo entonces las armas, los veleros, las provisiones, el aval de mis reyes. Comienza la travesía, y a lo largo de los muchos sobresaltos del camino voy dándome cuenta de cómo las coordenadas se complican. Lo primero que se me ocurre luego del momento deslumbrante de la llegada (anuncié que prescindiría de los detalles) es proceder a la Conquista: campañas de sometimiento, dureza y fuego contra las barricadas, cuchillo contra las flechas y las uñas enemigas. Y una vez asegurado el dominio, o al menos buena parte de él, sobreviene el paso casi forzoso: el avance hacia las zonas recónditas, el

mapa legal y milimétrico, la bandera Colonial sobre montes, valles y cascadas.

Ahora bien, pasan las horas y los ciclones. Estoy adentro y siento cada vez más que me asfixio; que yo, junto con mi espada de invasor y mis botas de tirano, me hundo sin remedio en el pantano de mis posesiones.

Entonces ocurre: justo en el momento en que estoy a punto de expirar, veo anunciarse como una revelación tardía el periplo que faltaba, no sé si para salvarme o para consumir la caída. Veo aproximarse el clímax, el Descubrimiento, la coordinada que mi ceguera o mi falta de coraje pasó por alto. ¿Quién eres tú, mujer conquistada, mujer colonizada, mujer no descubierta, mujer que sueña con su Independencia?

TRIUNFO DEFINITIVO



Las leyendas de espadas son tan antiguas como ellas. La más remota que se recuerde tiene por escenario temporal la flamígera edad de hierro y los hechos suceden en un lugar incierto del Anáhuac. Se refiere que un hombre, traficante de hierbas y de hongos, por muchos días se entregó en lo más profundo de su choza a una ocupación extraña, en especial para su oficio: construir un instrumento novedoso que, según revelaciones confidenciales, no tendría otro objeto que el de dar muerte segura al amante secreto de su consorte.

Cierta vez, hacia el final de una de las tardes en que trabajó con mayor efusión que nunca, el hombre, al frente mismo de su rival, lentamente expiraba con el día; de sus entrañas manaba a borbotones una sustancia húmeda y espesa que se desplomaba, tibia aún, sobre la tierra carmesí. Un artefacto de metal, insólito y macizo, en forma de cruz, se erguía sobre el cuerpo en el sitio exacto del desgarramiento.

Horrorizada, la mujer pudo contemplar entonces el doble triunfo del mercader. En efecto, este no sólo había probado con éxito la eficacia de su invento, la *espada* (en adelante erigido en símbolo de naciones y culturas), sino que había conseguido sofocar por fin la vida del amante secreto —y único, según comprendía él ya tarde— de la madre de su descendencia.

José Eddier
Gómez

Versalles (Valle), 1951



EN LOS GESTOS

En los gestos apretados de estos pobres hombres tristes, pasajeros andrajosos, se comprende bien que sólo ellos pueden ser merecedores de guardar en sus corazones el más feliz secreto. Lo he entendido y me hago cómplice de su oscuro misterio.

SUSPENDIDO



Se encontraba sobre una plataforma de tres tablas, atadas a dos sogas que se sostenían en el extremo del edificio. Mientras el soplete iba y venía sobre la piel de concreto, dejando a su paso una capa húmeda de pintura con fuerte olor a disolvente, la plataforma se balanceaba, dificultando el equilibrio. Optó por sentarse, pero el olor comenzó a llegar al cerebro, ramificándose por increíbles laberintos que podía sentir en todo su cosquilleo. Sus ojos se nublaron y apenas alcanzó a ver que todo se movía a su alrededor. Vivió el pánico.

—Que no caiga —oró.

No cayó. Su cuerpo se sostiene aún, días después, en el aire. Ha quedado paralizado en posición bastante incómoda: sus pies apuntan al cielo, una de sus manos señala al suelo de la inquieta muchedumbre paseante y la otra a una ventana del décimo sexto piso del edificio donde una muchacha no ha podido continuar sus oficios al verse siempre acusada. Como recibe los inclementes rayos del sol, su piel ha tomado los más vivos tonos de la insolación.

Se ha convertido en una atracción turística: “El hombre suspendido”, pues no ha habido fuerza capaz de cambiarle de lugar o de posición. Ahí morirá de viejo, de infarto, de insolación, de inanición (ni siquiera puede recibir la escasa

lluvia del cielo al haber dejado su boca cerrada por el espanto), o morirá simplemente de angustia. Después de muerto, la putrefacción le sucederá en ese mismo sitio y, al desintegrarse, sus huesos se convertirán en una nubecilla de polvo imperceptible hasta lograr la transparencia total. Sin embargo, al desaparecer, nada podrá ocupar ese espacio que será como una estatua invisible de su presencia eterna.

Isar Hasim Otazo

Guadalajara de Buga (Valle)



EL TRONANTE

Eleuterio, ciudadano de Atenas y renombrado hoplita, era tan veloz en la carrera que en la ciudad todos lo conocían como “el Aquiles de Diomea”.

Una tarde paseaba por el Ágora cuando un sacerdote de Zeus lo increpó:

—¡Eh, Aquiles! No te hemos visto en el templo del Rey del Cielo desde que tu padre Licomedes fue a Olimpia a dar ofrendas por incumplir sus juramentos. Bien harías en subir al templo y agradecer al padre celestial por los dones que te ha otorgado.

El no muy soterrado insulto a su padre enfureció a Eleuterio.

—Los dones que poseo no se los debo a ningún dios, sino a mis padres y mis abuelos, todos de alados pies y ágiles movimientos —respondió.

—¡No blasfemes contra Zeus Tronante, no sea que te alcancen sus vengativos rayos!

Eleuterio siguió su camino, dando por acabada la conversación. Salió de la ciudad por la puerta de Acarnia y no había avanzado dos estadios por el campo abierto cuando divisó una nube negra que se acercaba desde el norte. Por pura superstición arrancó a correr, tan rápido que el rayo que descendió desde la nube no lo alcanzó, sino que destrozó un olivo a escasas brazas atrás de él. Dio media vuelta y emprendió el retorno a la ciudad, como una exhalación, esquivando las centellas que desde el cielo le lanzaba el furibundo dios.

Desde ese día, Eleuterio supo que debía estar atento cuando se encontraba fuera de la ciudad. Apenas divisaba los nubarrones de Zeus se escondía en edificaciones o en cuevas, y si se encontraba en el campo corría como alma que escapa del Hades.

Pero por mucho que se cuidara, Zeus siempre aprovechaba sus distracciones. Una vez un rayo por poco lo alcanzó durante un paseo campestre en la Colina de las Ninfas, quedando paralizado de las piernas para abajo durante dos semanas. En otra oportunidad, retornando de una escaramuza contra los espartanos cerca de Eridanos, un nuevo ataque de Zeus fulminó a su fiel perro Eustaquio.

Eleuterio finalmente murió en el campo de batalla, peleando contra los persas.

Cuatro años después, a poco tiempo de que sus familiares dieran fin a la obra de su sepultura, la destruyó un rotundo rayo, que penetró en la tierra y pulverizó sus huesos.

CONTRATIEMPOS



Era una tortura sin fin.

Los cordones de los zapatos se le desamarraban en los momentos más inoportunos, los semáforos esperaban a que se acercara a la intersección para ponerse en rojo, las llaves se le rompían dentro de las cerraduras, la ropa se le engarzaba en los picaportes, la impresora se descomponía el fin de semana que imprimía el informe final, el carro se averiaba subiendo la montaña. Y así día tras día, mes tras mes, año tras año.

Hasta que un día, desesperado, decidió suicidarse. Pero la pistola se encasquilló cuando intentó pegarse un tiro, la soga se rompió cuando quiso ahorcarse, la corriente se cortó cuando trató de electrocutarse y su camisa quedó enredada en el marco de la ventana cuando pretendió lanzarse al vacío.

En vista de que toda acción está condenada al fracaso, ahora espera morir de hambre, si no fuera por un personaje que llega todos los días, lo golpea, lo amarra y lo hace comer a la fuerza.

Augusto Hoyos

*Popayán (Cauca), 1943 – Cali (Valle), 2010.
Vivió en Cali 40 años*



LLUVIA

A veces me sucede cuando camino bajo la lluvia —y mientras ésta cae paulatinamente sobre cada una de mis articulaciones— que escucho ciertas notas musicales de un singular tono. Me asombro un poco pero escucho con más atención. Después de un instante, el preciso para colocarme un pañuelo sobre la cabeza, localizo los sitios de donde provienen las notas que, a la medida que camino más aprisa y a su vez la lluvia arrecia como nunca, aumentan hasta casi ensordecirme. Las que emiten un sonido más agudo son las articulaciones de las rodillas. Las demás funcionan en coro con las anteriores, eso sí, sin desafinar y acorde con el ruido peculiar que hace la lluvia al caer sobre el pavimento. Algunos pensarán que el manicomio es el sitio ideal para mis articulaciones, pero lo que no han pensado es que en el manicomio la lluvia no produce la misma y particular música que sólo se puede lograr sobre una calle asfaltada y sola.

A LOS GUERREROS



Quiero que comprendan que aquel que ríe de último no tendrá oportunidad de reírse mejor, porque se quedará sólo.

José Ignacio Izquierdo

Bugalagrande (Valle), 1953



CREMA DE TOMATE

*“He dejado mi infancia a los otros pequeños,
los cuales reirán con la boca llena”
Tristán Tzara*

Desde el momento que tomaste la primera cucharada me di cuenta de que ya no volverías a amenazarme. Sentado frente a ti no he podido probar bocado, pretexto para que papá a mi lado haga repetidos comentarios acerca de mi falta de apetito. Nada habría pasado si no te hubieras asustado y por tu manía de no guardarte nada la abuela se enteró de lo que le hicimos a “Mariposa”. Todo hubiera seguido igual pero se te fue la lengua y ella se enteró. No lo hicimos con la intención de que muriera, sólo tratábamos de experimentar la mezcla de polvos que preparamos en la bodega. Por eso no te perdonaré que

nos delataras y menos que me echaras toda la culpa, aprovechándote de ser el mayor y de utilizar el argumento de mis continuas travesuras. Ella, con justa razón, fue quien armó todo el escándalo ya que la gata era suya. De cualquier manera hubiese sido mejor dejarla con la idea de que se había muerto de vieja, pero tú, no sé si por ganarte sus favores o por vengarte de mí, me echaste toda la culpa. Por fortuna nadie, ni tú mismo, pudieron encontrar los polvos, pues cuando los escondí, ya tenía pensado hacer lo que he hecho.

Cuando probaste la primera cucharada de crema pensé, por el gesto que hiciste, que no te la ibas a tomar y ahora me asombro de lo parsimonioso que eres para comer. Ahora que mamá le recuerda a papá que no olvide el asunto de las flores para la abuela pienso que fue un error contártelo, pienso también que debiste permanecer callado y no amenazarme con contárselo a papá. Sólo se trataba de que te quedaras callado y te tragaras tus remordimientos pues a fin de cuentas estaba muy vieja y ya no iba a durar mucho. Desde el día que ella me tiró de las orejas en represalia por el asunto de “Mariposa”, decidí hacerlo pero cometí el lamentable error de contártelo. Durante mucho tiempo esperé la oportunidad hasta que se presentó cuando ella se antojó de comer fresas y tuve la fortuna de llevárselas preparadas con crema de leche y melado de azúcar. También aquel día sentí temor de que ella no se comiera las fresas pero tan sólo hizo un ligero comentario acerca de cierto sabor amargo que luego se lo atribuyó a alguna fruta demasiado madura. Nadie se preocupó por indagar más allá de una muerte aparentemente tranquila y en su cama, pues a esa edad uno se puede morir de cualquier cosa. El viejo doctor Arnold dictaminó paró cardiaco y todo el mundo quedó satisfecho, a fin de cuentas desde siempre fue el médico de la familia.

Sin embargo, tú me condenabas con tu mirada a pesar de que por todos los medios intenté hacerte comprender que lo único que podíamos hacer era olvidar y de nada valía andar con preocupaciones, que no había nada de qué arrepentirse. Pero no me hiciste caso y seguías con tus remordimientos, hasta tal punto te sentías culpable que de noche te asaltaban las pesadillas y soñabas que la abuela entraba por la ventana y se sentaba sobre tu cama a pedirte cuentas. En ocasiones te revolcabas en tu cama porque en tus oídos resonaban los maullidos de “Mariposa” impidiéndote dormir, entonces me levantaba y te tapaba la boca con la almohada para que no siguieras llorando y gritando antes de que papá te escuchara y se enterará del motivo de tus lamentos. Fueron muchas las ocasiones en las que a media noche tuve que levantarme a llevarte agua y pastillas para dormir para mitigar tu desvelo. Todo eso te lo pude haber perdonado, no me importaba desvelarme contigo, pero lo que no puedo perdonarte es que me hubieras amenazado y esta mañana despertaras decidido a contárselo a papá. En realidad no sé cómo pude convencerte de que lo dejes para la noche y hasta me atreví a prometerte que seré yo mismo quien se lo cuente.

Ahora estamos todos sentados a la mesa y en tanto mamá va y viene desde la cocina pienso que la crema de tomate que tanto te gusta tiene la ventaja de atenuar el sabor. Por fortuna llegué con tiempo suficiente al comedor y por fin respiro tranquilo ahora que te veo tomar la última cucharada. Quizá descubriste algún asomo de sonrisa en mi rostro, has vislumbrado la realidad y de nuevo percibo en tus ojos ese destello de condena que tenías en la mañana, aunque ahora tiene el aditivo de la impotencia. Sólo al verme de veras sonreír comprendes tu imposibilidad pero ya es demasiado tarde, no debiste amenazarme, hermano.

Sólo me queda esperar a qué le van a atribuir un suceso tan inesperado a pesar de que sé que para papá y mamá la perdida será irreparable. No tengo nada de qué arrepentirme, fueron ellos quienes propiciaron los acontecimientos y sería fatal que papá llegara a sospechar algo pues no quiero pensar que también él me obligue a hacerlo.

SENDERO SECRETO



Los estoy viendo aproximarse lentamente, como si nunca pretendieran llegar y dar término a este rito absurdo. No sé cuánto tiempo he permanecido aquí, de pie ante esta gran hoguera, encima de la cual hierve el agua milenaria, esa representación única y absoluta de nuestro origen.

Los cantos han empezado a oírse. Casi imperceptibles en un principio, los oigo ahora fuertes, taladrando mis oídos, haciendo que de a pocos vaya quedando al descubierto mi situación. Por mucho que me esfuerzo, no he podido darme cuenta cómo ni cuándo he sido conducido al lugar en que me encuentro. Sólo recuerdo, como entre sueños, que eran parajes parecidos a los del parque. Sí, fue allí donde empezó todo esto que se ha ido transformando en una ceremonia totalmente ajena a mi realidad. Un viejo parque perdido en la enmarañada vegetación que lo circunda, monolitos de piedra que aún deben permanecer allí, que seguramente han estado allí desde mucho antes que aquello fuera un parque, fueron los señuelos ancestrales que posibilitaron lo irremediable.

Están todos frente a mí reunidos. Los estoy viendo cantar y danzar, mientras del recipiente colgado sobre la hoguera, han comenzado a elevarse pequeñas nubes de vapor. Los veo dar vueltas a mi alrededor y es tan sólo

en este momento, en el que voy a ser introducido en la hirviente agua, cuando me he dado cuenta del destino de mi cuerpo. Una carne que no estará destinada a convertirse en polvo, sino a servir de sustento a otros hombres que seguirán legando la herencia eterna de su condición humana.

Humberto Jarrín B.

Cali (Valle), 1957



PASADIZO SECRETO

Algo que debo asumir como un insomnio súbito, como un llamado a la superficie, me ha arrojado de las aguas intranquilas del sueño. ¿Apenas había logrado un mínimo de profundidad? Miro a mi alrededor y me cuesta reconocer el sitio. Prendo la luz del cuarto, sobre la mesa de noche un vaso de agua a medio beber (quién sabe dónde esté la otra mitad de la sed para ese resto de agua, creo pensar); también hay un libro marcado a la mitad, y trato de conectar el pensamiento y la imagen del vaso de agua y la sed, para construir algo análogo, con el libro y el resto de la historia que falta por conocer. Los sentidos siguen funcionando bajo el contagio de la sensibilidad y la percepción oníricas.

Para no morir como un pez fuera del agua me siento en la cama, tomo un sorbito de agua y empiezo a leer. Me da por creer que es cambiar un sueño por otro sueño, en todo caso, un mundo por otro mundo de naturaleza semejante. El resollar acompasado, como el de una ola serena que llega

a una playa, de mi hijo Víctor Manuel de doce años que duerme en su cama junto a mí, es un faro equidistante entre ambos mundos.

Cierro los ojos y lo escucho —lo veo— un rato. De pronto su voz está a mi lado.

—Cómo me encontraste —me dice. Se ha sentado en mi cama, se ha pasado dormido, por lo que le resulta todo extraño, reconociéndome apenas con sus ojitos aplastados por otra realidad en la que quizá poca luz es necesaria, en todo caso increíble de verme por aquellos parajes por donde él anda.

—Tú me llamaste —le contesto, un poco para no abrir la brecha más traumática en su adormecido espíritu—. Te he encontrado buceando en el sueño —le explico.

—Yo no te he llamado. Tú me llamaste. Ya iba a salir a buscarte cuando...

—Bueno, si ya estamos juntos, quédate tranquilo.

Se queda a mi lado volviéndose a acostar bajo el peso de la luz cúbica del cuarto que desde el bombillo arde y cae. Se acomoda entre las sábanas; lo veo como un pecesito bajo el sol que devuelto al agua se aleja sinuoso, presuroso. Ahora, en ese instante en el que en el vaso no hay agua, ni en el libro hay historia, entiendo que somos dos los que soñamos.

SE BUSCA...



No maté a nadie; es una exageración de aquellos que allá se empeñan en acusarme. Pero no maté a nadie. ¡Cuántas veces tendré que repetirlo! Únicamente golpeé a un guardia infeliz que se encaprichó en impedirme el paso. Antes nunca me había ocurrido algo parecido, y siempre había disfrutado sin problema de la quimera favorita a que tengo derecho. Después de todo, el que sueña soy yo, y en estos asuntos uno puede darle rienda suelta a sus caprichos; hasta donde yo sé todo está permitido.

No entiendo por qué, entonces, de un momento a otro han aparecido guardias en un lugar que hasta hace poco era el último reducto de la libertad, donde cada quien se complacía a sí mismo en sus caras ilusiones.

Desde el primer momento en que el tipo aquel me vio, se empeñó en estorbarme. Y como quiera que luego amenazó con agredirme si no me alejaba del sitio, yo, en enérgica respuesta, lo empujé, fuerte, es cierto; le quité el arma, también es verdad, pero sólo como prevención (ya saben lo mal intencionados que son estos sujetos cuando cargan algo con qué matar), y lo dejé maltrecho en el piso, tal vez desmayado, pero nunca herido, y menos muerto. Y fue entonces que, sin ningún impedimento, procedí al disfrute, quizá con más gozo, de mi fantasía.

Eso es todo. Y creí que allí terminaba el caso, pero por lo visto pretenden desatar una tormenta en un dedal, porque según cuenta un buen amigo que apenas ayer soñaba (y que de paso me aconseja no aparecerme por ese sitio), dizque está el peor de mis rostros retratado y colgado en todas partes, con una leyenda en rojo que grita: SE BUSCA POR ASESINATO, ROBO Y ASONADA, SE OFRECE RECOMPENSA A QUIEN..., y qué sé yo cuántas mentiras más.

Fabio Jurado

Guadalajara de Buga (Valle), 1954



QUIÉN CREÓ A DIOS

...y Dios es la última creación; recuerden: primero fue el agua y sus criaturas; después el aire, con el viento, con las nubes y el cielo; posteriormente fue la tierra, con sus árboles y las inmensas selvas... Luego fue creado el hombre para habitar en la tierra y para cuidar las aguas y el aire. Por último fue creado Dios, porque el hombre así lo quiso, pues requirió de ayuda para vigilar las aguas y el aire.

LOS DOS SABLES



El sultán, con su sable corto y corvo, subía presuroso los Escalones que lo conducirían a la alcoba conyugal. Al detenerse en el alféizar respiró hondamente y una lágrima rodó hasta los suaves vellos de su bigote gris. El anuncio de la sibila lo había inquietado. Un hombre con su parecido, su mismo porte... Abrió con violencia la puerta y alumbró con sus ojos toda la extensión del cuarto hasta estrellarse con dos figuras prosopopéyicas que adornaban la cama de madera. De improviso se vio a sí mismo abrazado a ella. Le vino el alma al cuerpo. Era su hijo. "Gracias, Alá", dijo y después se sentó a llorar. La llegada del alfaquí fue innecesaria.

Tim Keppel

*Virginia (USA), 1955.
Vive en Cali hace treinta años*



EL SOFÁ

Un letrero en la cuadra dice REMATO. Al hombre le hicieron lanzamiento. Tiene un sofá por solo veinte mil. Hasta un furgón para ayudar a acarrearlo. Es un checo robusto, pepochipeludo, descamisado. Sudando copiosamente, prende un cigarrillo con la colilla del anterior. Es un tipo amigable, con un marcado acento. "¿Usted es nuevo por aquí? Espero que tenga más suerte que yo".

Echando el sofá en su carro, un furgoncito morado con la calcomanía de un sol sonriente pegada a un lado, dice: "He estado de malas. Se me murió la hijita, y después se me fue la mujer". Las manos en el timón, los dedos teñidos de un amarillo opaco, unas mordidas hasta el borde. "Voy a vivir en el furgón", dice.

Cargando el sofá gradas arriba hasta tu apartamento, se lastima la espalda. Te sientes mal por no sostener bien tu punta. Con muecas de cansancio aun, le da una mirada lar-

ga, melancólica. “Es mejor que te quedes con él. Dejé de trabajar. Dejé de salir. No más que tirado en ese sofá todo el día”.

Ahí es cuando notas el olor: no es humo, no es sudor, sino algo más. Algo innombrable. En su lugar apenas si lo percibías.

Pero ahora está en el tuyo.

Él mira alrededor tu apartamentico, ve que vives solo. “Ahí queda bien”, dice.

Analizas el sofá desde donde estás, cruzas el cuarto para verlo desde un ángulo distinto. “Yo sé que no le va a gustar”, dices. “Pero voy a cambiar de idea”.

“¿QUE QUÉ?”. Ves descolgarse la cara.

Dile que es la nicotina. Que eres alérgico. Se te chorrea la mentira por la cara.

Se pone en la nariz uno de los cojines. “Pues yo no huelo nada. Claro que me falla el olfato”.

“Lo siento”.

“Bueno pues, quédese con él. Si el olor se va, me manda un cheque. Y si no...”. Se corre hacia la puerta.

“Pero es que yo no tengo como llevárselo”. Percibes el pánico en tu voz, más de lo que quisieras. No es que lo quisieras.

“Espere, espere”, dices. El olor permea todo, se te pega a la camisa, se te mete por toda parte. “Le doy los veinte mil y se lo lleva”.

El tipo te mira. Mira el sofá. Se pasa la mano por la cara y suspira.

“Veinticinco”, responde.

Harold Kremer

Guadalajara de Buga (Valle), 1955



EL DRAGÓN

Cuando el mundo conocido sólo era China, el dragón Han se apareció en sueños al rey Tong y le dijo:

—Al despertar sólo tendrás un día más de vida, pero podrás evitar tu muerte si construyes para mí un castillo que dure mil años.

Cuando despertó, el rey olvidó el sueño. Al anochecer, cuando faltaban apenas seis horas para la sentencia, lo recordó y llamó de prisa a sus ministros, consejeros y magos.

—Pronto moriré —concluyó después de contar su sueño—. Si alguno de ustedes tiene una solución quiero oírla.

Divagaron durante horas hasta que uno de los consejeros trajo unas copas de licor. En la del rey echó un fuerte somnífero que lo hizo dormir al instante.

—Pero... ¿qué hiciste, siniestro consejero? —clamaron en coro los hombres.

—Salvarlo —respondió—. Sólo en sueños podrá construir ese castillo.

LA CIERVA Y LA LEONA



Lo ideal sería que la leona antes de atacar y devorar al pequeño ciervo, hablara con la madre del animalito y le dijera los motivos del crimen. Quizá la cierva la invitaría entonces a un trago porque tendría mucho de qué hablar sobre ese tema, pues ya ha perdido cinco ciervitos en las garras de leones, leopardos y otros depredadores. Pensaría la cierva: «Al fin y al cabo las dos somos madres, y hablaríamos de sentimientos y todas esas cosas». Y sucedió que la leona le aceptó el trago y se fueron a la taberna y ustedes saben que una copa de licor siempre trae otra y helas allí bebiendo toda la tarde de ese sábado. La cierva llorando por los hijos perdidos y la leona consolándola, pidiendo servilletas para limpiar las lágrimas de la madre. Y a la cierva se le ocurrió una idea genial: pidió dos ensaladas con bastante pasto, aderezada con hojas tiernas y sazonadas con perejil y cilantro. «Pruebe usted, señora leona», dijo, «es deliciosa». La leona hizo un gesto de desagrado e iba a pedir una porción de carne, pero por consideración decidió comer la ensalada. Y helas allí bebiendo y comiendo, secreteándose sobre amores y riendo y gozando. La leona dijo que la ensalada de verdad estaba buena y que iba a llevar tres platos para que la probaran las otras leonas, los dos leones y los leoncitos que estaban esperándola para comer. Y a la cierva se le hizo un nudo

en la garganta, un nudo de felicidad que tuvo que deshacer con otro vaso de whisky, y las dos entendieron en esa noche de luna llena que era posible, por fin, convivir en paz, y se abrazaron y sellaron un pacto de no agresión, y para celebrar pidieron otro trago y otro, hasta que la cierva, borracha, cayó sobre la mesa.

¿Y era ético para la leona dejar a su nueva amiga allí, con las amenazas y peligros de hoy en día? «No, señor», se dijo y cargó a la cierva para llevarla hasta el pastizal. Y se fueron por ese camino, tambaleándose, cantando *Pueblito viejo* y otras canciones. Y la gente animal (jirafas, cocodrilos, cebras y otros) se maravillaban al ver semejante escena. Se le ocurrió a la leona, en último momento, presentar su nueva amiga a la manada. «¿Por qué no?», se preguntó, «si hasta comadres vamos a ser».

Y cargó a su amiga hasta la casa donde leones, leonas y leoncitos devoraron a la cierva mientras alababan el buen sabor de la carne curtida en alcohol.

Luis Felipe Lengua Mendoza

Cali (Valle), 1995



LA MUERTE DEL DUENDE

Todos le gritábamos: “hijueputa duende, quítate antes de que te atropellen”, mientras le tirábamos latas de cerveza en la cara pero él no reaccionaba. Seguía allí parado con su termo lleno de una bebida alcohólica rara que sólo él podía tomar y el pañuelo que usaba para guiar a los conductores, que le gritaban: “¡quítate estúpido!”, pero él seguía allí ensimismado en su oficio no pagado y mal agradecido por todos. Un día, todos estábamos sentados esperando a que llegara el duende, pero no llegó. Así que lo buscamos y cuando lo encontramos estaba tirado en la calle, muerto al parecer de un infarto.

Lo que nos preocupó fue en donde íbamos a encontrar un ataúd tan pequeño.

Aníbal Lenis Bermúdez

*Apía (Risaralda), 1947.
Vive en Cali hace cuarenta años*



EL VAMPIRO

Madre gritaba a desgañitarse; padre vino a mediar, yo salí de la casa. Los vientos traían la tarde y el aire fresco; caminé sin descanso, sin tino. En la arboleda, los pájaros y las chicharras me donaron la calma. No alcancé a ver lo que proyectaba una sombra que se dirigía hacia mí y que me hizo rodar por el pasto. Tendida en el suelo, de cara al firmamento, le vi borrosamente de pie al frente mío. Con las manos abrió su inmensa capa negra y se abalanzó de inmediato sobre mí; me cubrió toda, cual una sombra hecha materia, haciéndome sentir como una pollita cubierta por las enormes alas de su protectora. Así recibí la oscuridad de su deseo desbordante, hasta que otra sombra más universal nos tapó a los dos. Tres días con sus noches estuvo aferrado a mi cuerpo, clavándome esos colmillos fluidos que con potencia devoradora me sustraían la sangre y la vida. Cuando volví a la

conciencia, lívida, sin alientos, con palidez de amortajada, le busqué con ansias: se me hacía imperativo conocer al verdugo que tanto tiempo me había acariciado. Alcé entonces mi cabeza, miré alrededor, y no estaba; sólo encontré sobre mi vientre desnudo, adormilado y vencido por la violencia del sol, y con las alas abiertas abrazándome, un negro murciélagu con su hocico de ratoncillo jadeante.

DE REGRESO



¡A l fin has llegado! Mirar tus ojos de nuevo reduce la espera a un segundo. No, pero no te detengas ahí: aunque los sentimientos cambian, como tu rostro aún conservan su silueta. ¡Bienvenido! Sigue. Hace un momento los niños pararon de llorar por tu ausencia. Martha ya se casó y te tiene de regalo un robusto nieto. Ernesto, el bebé que dejaste innominado, lo balearon hace un año en la universidad. Y yo, aquí me ves: ni el rojo de mis labios se ha alcanzado a caer. ¡Míralo! Qué vivo se guarda para ti... Pero, se nos hace tarde; a las cuatro pasaremos una vez más, al paso lerdo de las campanas.

Julio César
Londoño

Palmira (Valle), 1953



EL SALMÓN Y LAS ESCRITURAS

En el otoño de 2010 un exclusivo barrio de Tel Aviv se conmocionó cuando un salmón que iba a ser decapitado en la cocina de la mansión del rabino Simón Weistrass empezó a gritar en hebreo unas imprecaciones que parecían maldiciones apocalípticas o preceptos levíticos. La noticia se regó como pólvora y una multitud de curiosos llenó el barrio. El rabino escuchó la perorata del pez con un gesto displicente: “Son solo versiones chapuceras de algunos versículos de Pablo mezclados con recetas kosher”, sentenció. Entonces la multitud se dispersó decepcionada y el cocinero prosiguió su interrumpida labor.

LA FIRMA DE DIOS



Al alba del día 41 del diluvio salió el sol y Dios vio con estupor la tierra anegada. Cadáveres de pájaros, reses, gallinas, perros, hombres, mujeres, ancianos y niños flotaban sobre las aguas. Justos y pecadores flotaban. Algo debió conmoverse y vacilar en la soledad del buen Dios porque ese mismo día prometió no volver a enviar sobre las criaturas un castigo tan severo e indiscriminado. En prueba de su palabra trazó en el cielo su rúbrica, el Arco de la Alianza. Así se creó el primer arco iris. Los que vemos hoy en día se forman por la descomposición de la luz solar en las gotas de lluvia.

Alejandro José López Cáceres

Tuluá (Valle), 1969



EL VETERANO

La ceremonia para condecorar al veterano era fastuosa, y con razón. El Señor Presidente dijo en su alocución que aquel hombre representaba no sólo el honor del país, sino también el orgullo de la República. La segunda intervención corrió por cuenta del Brigadier General a cuyas órdenes sirvió el veterano. En sus palabras, se trataba de un caso nunca antes visto, pues este soldado había sobrevivido en condiciones extremas y había aniquilado a tantos enemigos como ninguna otra máquina de guerra. Los jóvenes de la patria lo observaban con esperanza de imitar cada uno de sus gestos. Y cuando la medalla al mérito le fue impuesta, varias mujeres de la concurrencia dejaron oír un gran suspiro.

El veterano empezó a abrumarse ante su propia celebridad. Ni siquiera durante las horas más feroces del combate había sido consciente de su importancia. Un sentimiento de

gratitud y deuda fue creciendo en su corazón, hasta que lo ganó la necesidad de corresponder a los homenajes. Qui- so mostrarles a los presentes que ninguno era tan aguerrido como él, ninguno tan intrépido. Se abalanzó entonces sobre el Brigadier General y lo despojó de su arma en una impe- cable maniobra militar. Después exhibió, en medio de los gritos, su sangre fría, su rapidez para descargar un proveedor tras otro, su puntería, sus dotes de artillero imbatible.

ZOOM OUT



-**N**o venía a hacerlo —dijo el hombre al entrar—, pero aborrezco tanto los de tu condición que voy a matarte por estar aquí.

El otro guardó silencio; su condición le impedía hablar. Luego percibió que el recién llegado venía hacia él, que esta- ba ya muy cerca. Cuando el miedo estaba a punto de parali- zarlo, logró echarse a volar rápidamente pero fue demasiado tarde. Aquel aplauso final hizo que todo acabara.

Orlando López
Valencia

Cali (Valle), 1956



METAMORFOSIS

Su cuerpo, inesperadamente, se convirtió en una mariposa. Atraída por la luz giró alrededor de la bombilla y luego se posó sobre un pliegue de la cortina. Intenté atraparla y los colores de sus alas tiznaron mis dedos.

—Mátala —dijo mi esposa, todavía consternada por la escena.

—¿Qué daño puede hacernos? —pregunté.

—¡Así nada! —gritó—. ¿Pero si vuelve a ser esa mujer?

SEÑAL



Era una señal. Si lucía su falda estampada con un centenar de pájaros multicolores, significaba que estaba sola y podíamos hacer el amor. Con el tiempo la falda se decoloró y los pájaros migraron. Mi amor también.

Javier Lozano
Velásquez

Cali (Valle), 1986



EL SUEÑO DE UN HOMBRE

Desperté una noche y vi mi cuerpo acostado. Parecía como muerto pero no sentí miedo, entonces vi como los demonios parecían murciélagos escondidos en la oscuridad y los espanté porque estaban agobiando a mi hermano. Creí poder con ellos, pero eran muy fuertes, me lanzaron contra la pared, pero no sentí dolor, me levanté furioso y volví a agredirlos, ellos reaccionaron y salí corriendo para que me siguieran y dejaran a mi hermano en paz. En efecto, ocurrió así, cuando estaban por agarrarme supe que podía volar, di un brinco y salí volando. Sin darme cuenta vi que los demonios también podían volar, entonces volé lo más rápido posible y me incorporé.

Me levanté agitado, vi que pasaba a mí alrededor, todo estaba en absoluto silencio. Sentí miedo y me acosté de nuevo, reflexioné sobre lo ocurrido y supe que Dios exis-

te, que el hombre puede volar, no solo en espíritu sino en cuerpo y mente, que los demonios no son temores sino obstáculos que hay que superar para llegar lejos.

Eduardo Luna Hurtado

Palmira (Valle), 1962



DE VUELOS Y ARMAS

Mi abuela adoraba las aves. Por esa razón abría todas las jaulas que había en la casa grande que recibió en herencia de su hermana mayor. Verlas volar le produjo la sonrisa más bella que le vi.

La tarde que ella murió, aumenté la ración de arroz, maíz y agua que colocaba siempre, por orden de ella, para las aves que llegaban al patio.

Todas vinieron en su despedida.

Helcías Martán Góngora

Guapi (Cauca), 1920 – Cali (Valle), 1984



LA YERBA

El taxidermista, forzado por las circunstancias a ejercer como embalsamador, cumplió devotamente su improvisado oficio. Tanta habilidad puso en la ejecución del lúgubre trabajo que, al extraer las vísceras del cuerpo adolescente, lo hizo con el mismo fervor profesional que lo poseía al disecar un jaguar o una garza.

Cumplida su piadosa misión, entregó el cadáver del muchacho indio a la anciana enigmática, que dejó de plañir y se apresuró a colocarlo en el ataúd. Si la madera crujió complacientemente bajo el peso de la carga mortal, solamente la vieja pudo escuchar el vegetal aviso.

Casi al amanecer, terminada la velación secreta, abordaron la chalupa, que debía conducirlos al puerto de origen. Mar afuera, el duelo se trocó en orgía pagana.

Cuando arribaron a la ensenada natal, sobre el muelle,

frente al féretro, ejecutaron los deudos la más grosera danza. En el frenesí alucinado, no se cuidaron de la policía, que los supuso víctimas de la yerba maldita.

Días después, el taxidermista, asombrado, leyó en algún diario de la tarde que las autoridades aduaneras habían descubierto marihuana oculta dentro del cuerpo que él mismo había embalsamado, en su tienda de campaña, con tanto primor y reverencia.

RELATO EN EL ASERRÍO



En el siniestro perecieron dos personas. Los que se salvaron, quedaron con deformidad física, de por vida. De la avioneta estrellada me traje, como un recuerdo, un cojín verde.

Dormía a pierna suelta, cuando recibí la visita inesperada de una comisión de agrónomos e ingenieros forestales. A falta de cerveza les ofrecí agua de coco biche. Chichimo, el cocinero, se lució con un *pusandao a la barbacuana*, como no he comido dos en toda mi vida.

Lo difícil fue improvisar camas para los diez huéspedes. A la cena opípara siguió una agradable sobremesa. Después, rendidos por la jornada penosa, cayeron fundidos, como si Chichimo les hubiera dado *burundanga*...

Sería la medianoche cuando nos despertaron los gritos de socorro que lanzaba el ingeniero jefe de la comisión, a quien habíamos reservado la mejor pieza, en consideración a su rango. Todos acudimos a auxiliarlo. Lo encontramos desnudo, bañado en sudor. Repuesto del sobresalto agónico, refirió que dos manos frías, levantándolo por las axilas, lo obligaron a sentarse en el catre. A pesar del calor intenso, él creía sentir en sus carnes, todavía, las huellas de esas manos de hielo...

Para evitar el informe en contra de los ingenieros fo-

restales, me cuidé mucho de contarles que el rolo de la pesadilla durmió sobre el cojín verde con una manchita de sangre del aviador muerto, que aún conservo en el aserrío...

Víctor Raúl Martínez

Cali (Valle)



VECINOS MARXISTAS

Chico a Groucho: «En la casa de enseguida hay un tesoro».

Harpo (el mudo): «Corten»... Balbuceos... Al rato: «¡Cámara, acción!».

Groucho va a la ventana: «No tenemos agua».

«No importa, nos quedamos con el tesoro», dice Chico.

Groucho viene seguido en primer plano por la Panavisión. Se detiene, regresa a la ventana. La cámara sale y asciende a una panorámica; al lado izquierdo del encuadre, la casucha. El desierto no tiene límites a excepción de la pantalla.

«¡Sólo hay desierto!», exclama Groucho.

«En la casa de enseguida hay un tesoro», replica Chico.

Groucho: «Ni siquiera hay casa».

Chico: «No importa, la construimos».
 Groucho: «¿Con qué? Es un desierto».
 Chico: «No importa, los materiales los traen del estudio B».
 Groucho: «¿Cómo los trabajamos si no tenemos agua?».
 Chico: «No importa, nos filman».
 Groucho: «¿Y qué tesoro es?».
 Chico: «Si no existe, ¿qué importa?».

THE END

Fabio Martínez

Cali (Valle), 1955



ARTE POÉTICA

Para crear, Dios le dio el hambre a César Vallejo, la pobreza a Arguedas, el asma a Proust, la paciencia a Tolstoi, el genio a Shakespeare, la ira a Unamuno, el sexo a Miller, la belleza a Yeats, el destierro a Benjamín, la cárcel a Hikmet, el delirio a Dostoiewsky, la pena de muerte a Saro-Wiwa, la flor de liz a Pizarnik, el Sena a Paul Celan, el mar a Alfonsina Storni, el doble sexo a Virginia Woolf, la castidad a Borges, el cinismo a Quevedo, la dulzura a Cernuda, el laúdano a Nerval, la absenta a Baudelaire, el whisky a Dylan Thomas, la marihuana a Porfirio Barba Jacob, el arma a Silva, la cojera a Hawthorne, el Nóbel a Soyinka, el caballo a Macedonio Fernández, el vino a Pessoa, la gordura a Neruda, el amor a Goethe, la impotencia a Hemingway, la rosa a Gabriela Mistral, la vulnerabilidad a Verlaine, el olvido a Julius Fucik, la locura a Erasmo, la bebida a Poe y la eternidad en Cervantes.

UNA MUJER POR CÁRCEL



Si él quería unos zapatos de polvo de diamante, ella quería unos de corbatín de murciélago; si él pedía al desayuno huevos revueltos con jamón y queso (porque era un hombre ovíparo), ella pedía carne muerta frita; si él quería una cama giratoria de plumas de ganso, ella quería una cama fija y sencilla de faquir; si él decía que quería conocer Suecia, ella hablaba del África negra; si él decía que quería ir al gimnasio y bajar de peso, ella prefería ir de compras a Unicentro con sus tarjetas de crédito; si él sugería óvulos, ella optaba por diafragmas; si él pedía pavo al vino (porque era un cernícalo), ella pedía lechona tolimense; si él le decía, adiós, currucutaca linda, ella respondía, adiós, monstruo precolombino; si él quería hacer el amor en la noche, ella prefería leer El arte del tao; si él pedía de postre flan de caramelo, ella pedía aceite de jengibre; si él cantaba Rocío Jurado, ella lo hacía con Bola de Nieve; si él quería pasar vacaciones en San Andrés y Providencia, ella quería pasarlos en La cueva de los Guácharos; si a él le gustaba Paul Klee (por la economía del lenguaje), ella daba la vida por Fernando Botero; si él mencionaba hijos, ella optaba por perros y gatos; si él hablaba de llevar una vida sibarita, ella decidía afiliarse a la Sagrada Orden de la Mesa Redonda; si él compraba un reloj en forma de

corazón, de tablero nacarado y agujas doradas, ella compraba un reloj de ferrocarrilero; si él llegaba a mencionar que le derretían las ninfulas de catorce años (era un paidofílico degenerado), ella, sencillamente lo mataba.

Era un hombre a quien le habían dado la mujer por cárcel.

Guillermo José Mejía Barona

Cali (Valle), 1963



EL GRAN EXAMEN

Pee Kil-Sung, sentado en la mesa frente a sus padres, daba vueltas nerviosamente al sobre con el resultado del gran examen. Sus padres no decían nada; con las manos entrelazadas apenas se atrevían a mirar a su hijo; toda su atención está concentrada en el sobre.

El gran examen, la prueba escrita y oral de tres días de duración, que todos los estudiantes del país deben tomar a los quince años como un requisito para el acceso a la universidad, era el objetivo único y fundamental de todos los escolares y sus familias. El examen permitía seleccionarlos y clasificarlos, y determinaba su futuro profesional y personal. Sólo el diez por ciento de los estudiantes con puntaje superior podía acceder a las universidades de élite. El resto estaba destinado al sistema educativo general que, aunque era de los mejores del mundo, representaba

para ellos una vergüenza para el resto de sus vidas.

Por esto, desde los primeros años de vida, todo el esfuerzo y patrimonio de las familias se dedicaba a la educación de su, casi siempre, único hijo o hija, porque aunque no existía control oficial sobre la natalidad, la mayoría de las familias solo engendraban un único descendiente, a fin de garantizar las mejores oportunidades educativas para él.

Kil-Sung, por fin, abrió el sobre. No tuvo que leer el resultado para saber que nunca formaría parte de la élite: el color negro del papel lo indicaba todo. No importaba si su puntaje lo clasificaba por encima de los estudiantes de todos los otros países del planeta: en su país era un fracasado que no estaba dentro del diez por ciento del nivel superior.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no solo por él mismo, sino también por sus padres. Ellos, angustiados, agacharon la cabeza: sentían que después de tantos esfuerzos, habían fracasado.

Sin mirar a nadie Kil-Sung abandonó la mesa. Sabía que sus padres querían estar solos; tenían una decisión que tomar: desde hacía dos años, el gobierno, preocupado por el alto número de estudiantes que optaban por el suicidio ante el fracaso en el gran examen, lo había prohibido. Sin embargo, esta prohibición, no incluía a los padres.

EL NOMBRE DE DIOS



El rabino Samuel, hombre de probada fe y estudioso de la Torá, había tenido durante más de dos meses el mismo sueño: En la puerta de su casa trataba de ayudar a un hombre quien, mortalmente herido de bala, buscaba desesperadamente decirle algo, gesticulando con sus manos extrañas señas, las mismas que se repetían noche tras noche y que él no entendía ni lograba descifrar.

Intrigado por el significado de tan recurrente sueño acudió a los miembros más sabios de su congregación pero nadie le pudo orientar; hasta hace unas semanas cuando su esposa le sugirió que esas extrañas señas podían ser la lengua de los sordos; entusiasmado se dedicó al estudio de ésta y ya dominándola, esperaba ansioso el momento de dormir para finalmente entender el misterioso mensaje.

Se acostó temprano rogando que se repitiera el sueño. En su mesita de noche alistó papel y lápiz para anotar el mensaje.

Muy temprano en la mañana se despertó, feliz, recordando la palabra que el moribundo le había revelado en el sueño. No tuvo tiempo de escribirla por los fuertes e insistentes golpes en su puerta. Preocupado, se apresuró a abrir para encontrarse cara a cara con un desconocido, vestido de negro, quien al tiempo que le disparaba un tiro en la

garganta gritaba: «Nadie debe conocer el nombre de Dios», y huía precipitadamente.

Mientras su angustiada esposa trataba de ayudarlo, el rabino Samuel, moribundo e imposibilitado de hablar, intentaba, desesperadamente, escribir con señas, el nombre que le había sido revelado en el sueño.

Flor Mendieta

*Santa Isabel (Tolima), 1955.
Vive hace 30 años en Cali*



FÁBULA 1

El pececillo, aburrido porque nunca le sucedía nada emocionante, decidió salir a la superficie de la tierra. En aquel instante sobrevino el diluvio universal.

Juan Fernando Merino

Cali (Valle), 1955



CRISIS

-Desde este edificio se están lanzado los mejores cerebros de Wall Street —dice Frederick, el portero matinal.

—¡Fred!

—Lo siento, Mister Ralph, pero Mister Andrew es el sexto inquilino que perdemos por su propia mano desde que empezó la crisis. El cuarto en saltar.

Ralph Evans frena en seco, agobiado por la certeza de que sigue él. Ya no aguanta más; los accionistas arruinados lo persiguen hasta en sueños; la víspera escaparon de Nueva York sus dos socios.

Una vez más se equivoca. No va a ser el quinto inquilino en volar sino el séptimo. Y no por voluntad propia.

Walter Mondragón
López

Tuluá (Valle), 1956



NICIAS, FILÓSOFO

Fui sastre hasta hace una década, mejor dicho hasta cuando, ¡malhaya mis pesadas tijeras!, me cayeron de punta sobre el dedo gordo del pie. Al reaccionar, el asiento se fue hacia atrás y hube de caer de espaldas al suelo, hollando el piso con mi occipucio. Debieron recogerme del suelo, privado, y llevarme al nosocomio de Folleco, un lugar donde me curaron el pie, pero afortunadamente no del golpe en la cabeza, pues desde eso me puse a pensar en lo vano de mi vida: apenas sí sobreviviendo de las costuras que me traían los vecinos, solo, abandonado de mis hijos, muerta mi mujer, pagando los servicios públicos, que puntualmente llegan a este rancho. Ese golpe me hizo recapacitar, me dio luces sobre la miseria de vida que había venido llevando. Bien sé que uno no se muere en la víspera, sino en el día, pero me di cuenta de que tengo los días contados y debo hacer algo

digno de la memoria y creo que esta rebelión solitaria que he emprendido en contra de la rutina y el establecimiento da sus frutos, porque desde aquello salí de mi anonimato. Los primeros en notar mi situación fueron los vecinos que, muy conmovidos, vinieron a ofrecerme su ayuda: que vea don Nicias le dejo esta platica para que pague esto y lo otro... que le traje esta comidita o estas frutas para que disfrute... y yo, nada más acostado, leyendo la revista *Selecciones*, de la colección que jamás toqué, recostado en mi camastro, lo cual me causa mucho placer, aunque no pueda leer sino de día. Adrede he dejado la puerta abierta para que la gente pueda pasar a verme. Preguntan si estoy enfermo y yo respondo con una sonrisa. La verdad, no quiero entregarles un mensaje deformado por las palabras, quiero estar tendido aquí en mi lecho, pensando en las vidas anteriores que viví, dejándome llevar por mis recuerdos, olvidado de mí, haciéndome el muerto para los vivos y el vivo para mis muertos.

MI AVENTURA DE AMOR EN UN BUS



Te regalé una bonita sonrisa de joker, al verte subir pero me agradaste. Salimos de Buga. Me toca el puesto de al lado; nos miramos alegres y nos vamos conversando fruslerías. Al entrar en el primer túnel aprovechamos para besarnos deliciosamente, hasta cuando vuelve la luz. Tomados de la mano entramos en el segundo, allí nos apretujamos en un abrazo intenso que hizo crecer mi atributo, y empitonada ella me embestía. Al entrar en el tercero, con descaro y pasión nos buscamos por debajo hasta estallar. Al llegar, bajó aprisa, sin despedirse. Se fue con la brisa bonaverense. La extraño.

Gustavo Moreno Montalvo

*Bogotá (Cundinamarca), 1953.
Ha vivido en Cali desde 1961*



PREMONICIÓN

Eran tiempos difíciles, aún en la por años anhelada Canaán. La contracción económica azotaba inmisericorde la Media Luna de las Tierras Fértiles. La función de intermediación financiera se había desprestigiado. La moneda era, pues, un bien relativamente escaso, y su poder adquisitivo aún más. Abraham estaba desesperado: sus obligaciones lo agobiaban. Tomó las últimas monedas de su maltrecha arca y llamó a su hijo Isaac.

—Ve —le dijo— a la tienda, compra un kit de alpinismo y un cuchillo, que mañana saldremos temprano a celebrar un doloroso sacrificio, por órdenes del patrón.

Isaac estiró la mano abierta, esperó a que su padre colocara en ella los residuos del patrimonio familiar, la cerró y partió.

Nunca regresó. Arriesgó en un casino de Gaza sus escasos

fondos, con tan buena suerte que acertó la ruleta tres veces consecutivas. Invirtió sabiamente los réditos, se convirtió en un potentado, se radicó en El Cairo y contrajo múltiples nupcias. La historia registra dos hijos en su contabilidad.

Cuando Abraham descubrió la fuga, comprendió que la fortuna lo había abandonado; preparó una horca y colocó la sogá alrededor de su cuello, montó el más brioso rocín de sus cuadras y puso fin a su vida.

Otros descendientes de Abraham han resultado tan hábiles como Isaac, quien murió por viejo, tras una vida feliz.

EL TAUMATURGO



En el principio no se había inventado la sabiduría. Las gentes se desenvolvían con dificultad, no había lugar para la discusión. En alguna ocasión, alguien disintió y se marginó. Vagó solitario por valles y collados, planicies desérticas y nevadas cumbres; se alimentaba de raíces, hierbas y frutos silvestres. Pasaron muchos lustros, tantos que, por falta de costumbre, perdió memoria de la lengua. Algún día hubo de enfrentar a su antigua gente y, no encontrando otro modo de entablar relaciones, hizo acopio de los conocimientos que su vivencia andariega le había significado y convirtió piedras en panes y agua en delicioso vino.

La noticia de la milagrosa transustanciación se propagó; muchedumbres enteras se pusieron en camino desde todos los rincones del orbe, en busca del mutador, que se había confinado en una oscura cueva cerca de su aldea natal, y permanecía sin hablar. Cuando ya la multitud era incontable a la entrada del refugio, el solitario andarín asomó de nuevo a la luz del día y habló:

—Sabed, ¡oh curiosos!, que desde mi retiro a este lugar he estado tratando de recordar cómo se habla, y lo he logrado. Ya no necesito improvisar milagros para comunicarme. Pero esto tiene un precio: he perdido todo poder sobre la naturaleza, en mi esfuerzo por recuperar el lenguaje.

Javier Navarro

Sevilla (Valle), 1947

INDECISIÓN



El viento inmemorial se agitaba con violencia y hacía remolinos aquí y allá. Penetró algunos metros en la gruta arrastrando tras de sí un polvillo de arena con el que, suspendido, formó un montón del tamaño de un puño y, lentamente, fue fabricando un hombrecito ya vestido con ropas exiguas y raídas y que, sin embargo, blandía una lanza azul de una delicada transparencia. No bien estuvo conformado inició el humúnculo una decidida marcha hacia el oscuro interior de la caverna. A los pocos pasos, la alabarda vítrea comenzó a iluminar todo el misterioso camino dentro del inmenso antro, negro e infinito. El hombrecito parecía muy pálido bajo la iluminación de su lanza pero se le veía fuerte e inagotable. Pasó por entre enormes peñas, por aluviones y minas; cruzó montañas y ríos; enfrentó bestias y demonios. Todo con una determinación inquebrantable. Holló, además, la tierra con marcha incontenible y el propósito de ir hasta el final para encontrar el amor. Ninguno de los más feroces obstáculos ni

de las más sutiles ilusiones pudieron separarlo de su designio. Recorrió siete mil veces mil noches y siete mil veces mil días la mayor extensión posible del laberinto, y finalmente, encontró la salida de la espelunca, más allá de la cual estaba el paraíso, el jardín de las delicias.

No obstante, lleva allí diez mil años, en la puerta de la felicidad, sin poder penetrar en ella, con su amor deslizándose entre las manos, un montoncillo de arena que no cobra forma, que se disuelve.

Omar Ortiz

*Bogotá (Cundinamarca), 1950.
Vive hace 40 años en Tuluá (Valle)*



AL AMANECER, LOS GATOS

La madrugada de aquel caluroso verano despertó sudorosa escuchando primero el tropel, seguidamente los maullidos de gozo y más tarde la feroz riña.

Entonces miró al hombre que dormía a su lado y sigilosamente se encaramó en el techo.

Felipe Osorio

Cali (Valle), 1985



Y VIVIERON FELICES
POR SIEMPRE

Después de años de inútiles intentos de príncipes, despertó del encantamiento al ser besada por otra princesa.

COMPLICIDAD



La oscuridad venció la resistencia de la tarde y se regó sobre el parque. Los amantes agradecieron el gesto cómplice de la noche, que obligó al lector a cerrar el libro y preservó su intimidad al otro lado del papel.

William Ospina

*Padua (Tolima), 1954.
Vivió en Cali varios años*



DIÁLOGO DE DOS EXTRANJEROS QUE TOMAN CAFÉ EN UN SALÓN DE BERKELEY

—¿Es verdad, señor Einstein, que ustedes, los científicos, creen en un mundo fuera de la conciencia humana?

—Hay una realidad más allá de nosotros. Toda verdad humana sólo deriva de ella.

—Ah, no diga usted eso. Yo sólo puedo hablar de lo que he percibido.

—Señor Tagore, escúcheme: la suma de los ángulos interiores de un triángulo sería igual a dos rectos aunque no hubiese humanos.

—¿Y quién puede probar semejante supuesto?

—La razón, pues sus leyes imperan para todos. Budistas, musulmanes, pielesrojas, albinos... nadie puede evadir los axiomas del mundo.

—Sólo porque aquí hay hombres son verdad esas cosas.

—¿Afirma usted entonces que si no hubiera humanos, el Apolo de Belvedere dejaría de ser bello?

—Sí, señor, eso digo.

—Pues yo pienso otra cosa. Aunque todos muriéramos, y el sueño de la especie se borrara, fuera de nuestras mentes persistiría el mundo, y el mármol, ya invisible, guardaría su belleza.

—Entonces, señor Einstein, usted es mucho más religioso que yo.

BUDA



Buda le dijo al surtidor: “Yo soy sabio y divino, pero tu generosidad es ilimitada. Hay más agua en tus entrañas que sabiduría en mi alma”. Durante mucho tiempo, el surtidor dejó de fluir porque no quería ser más generoso que Buda. Cuando Buda lo supo, se conmovió y despertó una gran sed entre sus discípulos para que el surtidor pudiera prodigar sus aguas sin pena.

Sandra Patricia
Palacios

Cali (Valle), 1969



LA BÚSQUEDA

Artemisa llevaba doce lunas enviando a su criada y a uno de sus súbditos a recorrer varias leguas según los requerimientos del día. Su padre que dormía al otro lado del castillo no imaginaba que, al entrar la noche, desfilaban los amantes por el cuarto de la princesa.

—¡Hoy quiero uno de tez oscura y bien fornido! —ordenaba el lunes.

—¡Mejor tráiganme uno joven y rollizo! —gritaba colérica el martes.

—¡Busquen uno flaco y muy alto de cabello claro! —decía el miércoles.

Y día a día, iniciaba de nuevo la búsqueda desesperada del príncipe soñado que llenara el vacío que había en su corazón.

Todos ellos caían rendidos a sus pies sin poder resistir a sus encantos y su belleza, haciendo hasta lo imposible por complacerla.

Algunos, eran probados como amantes sin descanso hasta el amanecer, otros debían recitar o cantar. Muchas noches se les vio correr semidesnudos largas distancias alrededor del castillo mientras Artemisa miraba desde el balcón.

La última noche de luna llena, la criada entró al dormitorio a consolar a la princesa que lloraba amargamente su soledad.

Le soltó el moño del cabello, se lo cepilló, la mimó cariñosamente, la ayudó a desvestirse, y al sentir sus labios, por fin, Artemisa conoció el amor.

ÚLTIMO ALIENTO



Ella cabalgó sobre su cuerpo casi hasta el amanecer. Corrió presurosa a vestirse. Lo dejó rendido y sin aliento. Se fue sin remordimientos dándole un beso húmedo sobre sus labios. El tiempo se agotaba. Era muy tarde. Entró silenciosa, se quitó los tacones, caminó en puntillas conteniendo la respiración para no ser descubierta. Se deslizó suavemente entre las sábanas. Fingió estar dormida. Su deseo se había cumplido. A cambio la muerte la esperó allí puntual, según lo acordado.

Andrés Felipe
Paris Sánchez

Guadalajara de Buga (Valle), 1985



PUEBLO INVISIBLE

El viajero divisó Comala muy entrada la noche, justo después de su encuentro con el asesino.

COSA DE NIÑOS



Se sacudió el barro de las ropas. Los otros seguían parados a su alrededor. No le dio más importancia. Había perdido, no era bueno con los puños. Se alejó con la mirada clavada en el suelo. No sentía pena o dolor. Pensaba en su trabajo de química. Llegó a su casa y empezó a realizar la tarea. No quiso bajar a tomar leche caliente con galletas. Estaba tarde. Se lavó los dientes y se fue a la cama. No soñó con nada o no fue capaz de recordarlo. Antes de salir hacía el colegio, se adentró en la sala de su padre.

Llegó a tiempo. Miró al frente durante la formación. Sintió algunos papeles rebotarle en la cabeza. Escuchó los insultos. Al concluir fue al baño. Dejó el trabajo en el archivador del profesor. Esperó a que todos los compañeros entraran. Respiró profundamente. Entró. Cerró la puerta con seguro y desde esa esquina contemplo su destino. Sin mirar a nadie en especial empezó a disparar. Su puntería era excelente.

Rodrigo Parra Sandoval

Trujillo (Valle), 1938



LA MUJER APARENTE

Afanosamente se metieron en la pieza, y aquella mujer comenzó a desnudarse. Primero se quitó los lentes de contacto, y sus ojos perdieron el color. Sacó de su cartera una toalla prehumedecida y se limpió el maquillaje: la cara desapareció. Se sacó la peluca amarilla y el resto de la cabeza se evaporó. Con la blusa de seda se esfumó el cuerpo de la cintura hacia arriba: sólo se veían los senos en el brassier de finos bordados. Se sacó la falda y desaparecieron las piernas: únicamente quedaba el pantaloncito y su contenido. Cayó el brassier y ya no había senos. Cayeron los pantaloncitos y ya no había nada. El hombre quedó perplejo, sentado en la cama. Unos minutos después reflexionó: era la mujer perfecta, solamente le hizo falta un buen coito.

REPRESENTACIÓN



No tenían dinero suficiente para ir todos a cine esa tarde de domingo. Resolvieron, urgidos por la astucia de Juan Santana, reunir el dinero de una boleta entre todos y enviar a Juan a ver la película. Juan se comprometió a contarles la historia con todo detalle y con la más profunda emoción. A la salida de matiné, los amigos lo esperaban impacientes. Se sentaron en rueda a su alrededor, como quien se sienta alrededor de una fogata en una noche de invierno. Juan Santana se demoró tres veces más contando la historia que viendo la película: gesticuló, manoteó, subió la voz, lloró, montó el drama completo. Descubrió algo extraordinario: disfrutaba más contando la película que viéndola. Y descubrió algo todavía más extraordinario: sus amigos disfrutaban aún más escuchando la película contada por el que viéndola. Esa noche quedaron claras dos cosas en el grupo de amigos: que Juan Santana iría todos los días al cine por ellos y que Juan Santana debía dedicarse a contar historias.

Carlos Patiño
Millán

Cali (Valle), 1960



LA POÉTICA DE LA CARRETERA DESOLADA

No fuma, pero sus personajes —hombres y mujeres— se fuman hasta los dedos. No sabe conducir autos, pero los protagonistas de sus historias atraviesan el horizonte a bordo de Cadillacs nuevos. No bebe —su estómago no lo soporta—, pero la boca de sus policías y asesinos siempre apesta a trago. Vive en la ficción lo que no encuentra en la vida real: allá es feliz y tiene una amante que hoy estrena silicona, aquí es un hombre que busca nombres en la guía telefónica, un insomne desdichado que escribe porque ya no puede dormir.

¿DESEA SABER DÓNDE ESTÁ ELVIS?



Escribe las canciones que le quedan por escribir, saca a pasear a su perro al final del día. Sus temas son los de siempre: globalización, vértigo de la vida moderna, violencia, sexo, dominación y lucha de clases. Su método sí ha incorporado los adelantos de la tecnología: construye un loop con las cuerdas sampleadas y sobre esa base erige un texto y una melodía. “Soy afortunado, el público sigue siendo fiel a mi música y sigue comprando mis discos”, dijo recientemente en una de las escasísimas entrevistas que ha concedido desde que falleció en 1977.

Luis Esteban Patiño

Trujillo (Valle), 1945



LA CALLE

Barrios era tan pusilánime que no tendría valor para pararse frente a alguien con un puñal en su mano y decirle el consabido: “quieto o te paso.” Lo máximo que podría hacer, al hallarse solo en la calle, pero libre de las golpizas de su padre, sería rebuscar en los escombros, algo que le permitiera subsistir y algo que le proporcionara la posibilidad de alejarse de la realidad que lo abatía.

En esta Feria de Cali, se dijo, recogeré una tonelada de aluminio, de latas de cerveza y saldré de esta desgracia que me aplasta.

La Feria fue todo un éxito. La gente bebió hasta morirse de embrutecimiento. Barrios, llenó cinco enormes costales con el metal precioso y empezó a transportarlos uno a uno, de manera alternada.

Encontraré una pieza en “Aquí me quedo,” en San Nicolás, pensó.

Luego de muchas horas de trabajo de hormiga, arribó a su destino.

—Solo hay piezas colectivas, y se paga por adelantado —le dijo la morocha que atendía.

—Hasta mañana podré tener efectivo —explicó Barrios, y señaló su equipaje.

—Usted verá qué hace con su porquería, aquí es plata en mano y culo en tierra, ¿y sabe qué?: ábrase que hay mucha clientela.

Amaneció en el andén y alguien con menos cansancio, se llevó su esperanza.

Rosalba Plaza P.

Cali (Valle), 1953



EL VUELO DEL ÁNGEL

Siempre anda detrás de mí desde que tengo memoria y eso es por culpa de mi mamá. Ella fue quien me lo encomendó, quien me lo metió por los ojos. Yo la escuchaba, le decía mi dulce compañía. Ahora no sé si sigue siendo dulce, quiero que desaparezca de mi vida. Pero cómo, si por más tretas que le he jugado no ha servido para nada, me persigue como zorro a su presa, lo malo es que estamos en desventaja, él del cielo y yo una simple mortal. ¿Cómo no iba a ser así, si desde siempre era ese cantico, no me desampares ni de noche ni de día?

Esta tarde lo he engañado de la manera más vil, por fin he podido salir de él. Me he tirado en parapente desde la cima de la montaña y él por dársele de guapo, ha cogido impulso y en vez de irse detrás de mí, como siempre, se ha ido derecho al cielo.

Pilar Quintana

Cali (Valle), 1972



LA EQUIS

Los racimos de plátano estaban tan pesados que no podía cargarlos yo misma. Luego de muchos ruegos y amenazas y de prometerle un porcentaje de las ganancias, logré convencerlo de que fuera a cortarlos. Regresó casi de inmediato, sin los plátanos, y se desplomó en el camino de entrada. Estaba tan mal que no pudo explicarme lo que le pasó, pero yo lo supe enseguida: lo había mordido una equis.

Lo revisé. Tenía la mordedura en el tobillo derecho.

Ahora estoy decidiendo qué hacer. Sé que tendría que llevarlo a Juanchaco y rogarles a los militares que lo saquen en helicóptero al hospital más cercano. Les diría: «Es el voluntario que le construyó la jaula al jaguar» y ellos no podrían rehusarse. Pero Juanchaco está muy lejos, en la reserva no hay nadie que pueda ayudarme a cargarlo y no tengo cómo llamar al Paisa, que nos llevaría en su lancha.

Así que estoy pensando dejarlo tirado ahí mismo. La otra vez un venado murió por aquí cerca, los gallinazos y los gusanos se comieron el cuerpo y al cabo de tres días solo quedaban huesos y pelo.

Janet Marcela Ramírez

Cali (Valle), 1982



MATRIMONIO

Ambos temían por sus vidas. Ella levantó suavemente la taza de café y bebió hasta el final. Lo miró cuando le dijo, con una sonrisa extraña, que se iba a dormir. Al rato fue por el cuchillo, se acercó a la cama y lo apuñaló.

El moría lentamente y aun así en su rostro seguía la sonrisa: sabía que el veneno en el café también la iba a matar.

Carlos Arturo
Ramírez Gómez

Cali (Valle), 1954



CUESTIÓN DE ESPACIO

Ella me dijo que no entraría más a mi departamento porque en mi cama habían dormido muchas mujeres. Entonces compré una cama y boté la otra. Luego, ella argumentó que no toleraba el espejo de la habitación, pues veía en él los rostros de mis ex-amantes. Quebré el espejo y boté sus pedazos para no causarle sinsabores. Al poco tiempo, ella se despertó sobresaltada en un amanecer y me dijo que le era imposible pasar una noche más conmigo mientras esos cuadros siguieran en las paredes, ya que, incluso, algunos de ellos habían sido pintados por una de mis ex-mujeres. Me deshice de los cuadros. Y así cotidianamente ocurrió con todos los objetos que eran mi vida personal, y finalmente con mi departamento, pues nos mudamos de barrio y también de ciudad, puesto que llegó el momento en que ella no aguantó las calles, los parques y los bares que me traían recuerdos. Ahora ella vive

quejándose en su nueva residencia porque nunca me ve, ni me siente ni me oye, y me acusa de que me he vuelto un fantasma con el cual es imposible vivir.

VISITA DEL MÁS ALLÁ



Mi ropa comenzó a perderse de casa. Primero, un pantalón, luego una camisa, después otras prendas. No podía explicarme cómo se extraviaban. Pasados unos días, les tocó el turno a ciertos objetos. Algún día comprendí que tanto la ropa como los objetos habían sido obsequios personales de mi mujer, antes de que muriese. Recordé nuestro amor y la tristeza por su ausencia casi me aniquila. Durante varias noches, en la vigilia, estuve acechando la pérdida de otra cosa, pero nada ocurrió. Hace dos días, hacia la medianoche, desde el vientre de la pequeña lámpara que alumbró nuestra pasión, ella emergió igual que en vida y me dijo: “preparate querido, pronto vendré por ti”.

Esta noche la espero, con algo de ropa y unos cuantos objetos que, estoy seguro, nos harán falta.

Ángela Adriana
Rengifo Correa

Cali (Valle), 1984



PANTEÓN

El viento golpea las mejillas que protege un manto. No se ve a nadie más en el panteón. Las flores están marchitas, a punto de borrarse los letreros sobre las tumbas. Siente nostalgia al ver su propio nombre bajo la cruz.

LA DUDA



Quizá pudo ser mentira, de ello no estoy seguro. Lo cierto es que salía de mi casa y me encontré con una niña que vendía dulces especiales.

—¿Especiales? —pregunté yo y ella me contestó que quien comía esos dulces se volvía invisible.

Después de largo rato me convenció. Accedí a comprarle uno y a probarlo delante de ella. Entonces pasaba un anciano y lo hice caer, pero él no me reclamó nada. Luego cogí una rama y, moviéndola, me paré en la mitad de la avenida: cinco carros se estrellaron. Cuando llegó la policía, querían llevarme a la fuerza por lo que había hecho. Les dije que no era mi culpa. Que una niña me había vendido unos dulces que volvía a la gente invisible, pero que no podía presentársela porque ella también se había comido uno.

Mario Enrique Rey Perico

Cali (Valle), 1955



SER DIFERENTE

Desde que lo recuerdo se propuso ser distinto. Rechazó violentamente el traje que sus padres le indicaban; se opuso ferozmente a que su cabello fuera cortado como el de los otros niños; se negó a participar de los ritos y costumbres familiares; discutió fervientemente, y sin acuerdos, acerca de todo lo establecido. Sus sentimientos, por supuesto, también eran distintos.

Un día, tomándose un café, meditabundo, levantó los ojos y pudo ver horrorizado un amplio conjunto de hombres que se vestían como él, que ostentaban la misma cabellera, que tomaban café, dubitativos, que levantaban los ojos horrorizados.

María Constanza
Riveros

Guadalajara de Buga (Valle), 1958



ADIVINANZA

-Mamá, ¿dónde está Dios?

—En todas partes.

—¿Por qué?

—Porque puede.

—Mamá, ¿dónde está papá?

—No está.

—¿Por qué?

—Porque puede.

Johann Rodríguez-Bravo

*Popayán (Cauca), 1980 – Cali (Valle),
2006. Vivió 10 años en Cali*



EL MUERTO

Un día, dicen, se murió. Pero nadie se lo dijo. Su mujer temió que entrara en pánico y prefirió callar. Su mamá, compasiva, le mintió; le dijo que era algo pasajero, nada de qué preocuparse. Dicen, también, que todavía anda por ahí, un poco blanco, descolorido y que ha perdido la sonrisa.

UNASA EN LA CANDELARIA



Sebastián Pineda me contó que en La Candelaria, en Bogotá, había una casa en la cual, en una de sus paredes, un orificio dejaba ver el pasado. Después de averiguar y preguntar con algunas personas, di con la casa. Me recibió una anciana que arrastraba con ritmo la suela de sus chanclas; sonreía. Le dije directamente lo que me interesaba; ella me invitó a pasar y dijo que lo hacía porque podía adivinar la intención de las personas con sólo mirar a los ojos. Me señaló una habitación oscura al final de un pasillo. “Siga”, dijo. En el cuarto no había nada, salvó un pequeño hilo de luz que se proyectaba desde un hoyuelo en la parte inferior de una pared. Me acerqué con nervios y me arrodillé para poner mi ojo en el hueco. Al principio, la luz me encandiló y sólo pude ver dos hombres caminando, pero al arrugar el entrecejo para enfocar, vi a Sebastián Pineda junto a mí, hablando de que, en La Candelaria, en Bogotá, había una casa en la cual, en una de sus paredes, un orificio dejaba ver el pasado.

María Eugenia Rojas

Cali (Valle), 1945



UNA Y OTRAS MUERTES DE ROSALÍA SANTOQUE

Mi primer trabajo como periodista de “El Ciclón” me llevó por fin hasta el puerto de Bahía Silencio, para conocer la verdad de lo ocurrido acerca de la muerte de Rosalía Santoque.

El marido, don Justo, sus amigos y el cura mantuvieron siempre la versión de su tranquila muerte matinal acontecida en su lecho, horas después de aquella otra propagada y comentada muerte al final de la noche, cuando la luna desapareció en el mar y ocurrieron misterios de los que nadie o, mejor, casi nadie quiso hablar en voz alta, pero que todos transmitieron en murmullos, de boca en boca, hasta que el cuchicheo se hizo insoportable y se escuchó por fin el grito desgarrado, el grito de miedo, el grito de rabia de todo un pueblo que clamaba venganza.

Tantos testigos dignos de crédito que nunca fueron es-

cuchados, como Santiago “el bobo” que la seguía siempre de lejos, cuando ella con la complicidad del pueblo caminaba desnuda y febril por la playa. Playita de arena blanca donde todas las noches a las once descubría su cuerpo en el encuentro con aquel otro cuerpo del bello Esteban, que le enseñó por fin que morir de orgasmo era mejor que morir de muerte. Muerte lenta vivida tantas veces en las tardes de lluvia, cuando sus pies descalzos recorrían los cuartos de la vieja casona de don Justo, y sus manos ardientes se recorrían toda.

Tantos testigos idóneos como la mujer ciega que la llevó después hacia su otra muerte junto al cadáver del bello Esteban, del perdido Esteban, mutilado e inmóvil en el mismo lecho de la playita. Playita de arena blanca donde todas las noches a las once se encontraban sus cuerpos.

A pesar de todo, don Justo, sus amigos y el cura no sólo desmienten el hallazgo del cuerpo mutilado de Esteban, sino también todos los hechos de aquella noche memorable, cuando Santiago “el bobo” presencié cómo Rosalía Santoque, desnuda y con mirada sonámbula, se sumergió en el mar.

Y exhiben victoriosamente el certificado de defunción firmado por el médico. De esta manera tratan de borrar la afrenta, tal vez el crimen de don Justo y la revancha del pueblo por las horas intensas que Rosalía vivió por ellos cada noche en la playa de Bahía Silencio.

Armando Romero

Cali (Valle), 1944



LOS RINOCERONTES

A los rinocerontes los dejaron al final de la cola. Nadie sabía dónde meterlos. Todos fuimos pasando, uno a uno, por la puerta estrecha, pero ellos no pudieron entrar. Bajaron la puerta de sus goznes pero tampoco. Quitaron el marco, imposible. ¿Qué vamos a hacer con los rinocerontes?, preguntó uno. No hubo respuesta. Era obvio que no podíamos seguir adelante si no pasaban los rinocerontes. Hacía calor en el cuarto y algunos empezamos a sentirnos molestos. Los rinocerontes, al sol, estaban quietos y parecían no darse cuenta. Yo dije que por qué no los metíamos por el techo, “al fin y al cabo un tragaluz más no importa”. Y así lo hicieron. Ya adentro, los rinocerontes nos miraban con rostro agradecido. Entonces nos fuimos y los dejamos allí. Todavía no se ha inventado un buen método para sacar de ese lugar a los rinocerontes.

VJ Romero

Bogotá, (Cundinamarca), 1960.

Vive en Cali desde 2008



LA FALACIA DE LA VERDAD

Se dice que un Rey había salido a buscar a un hombre sabio que le ayudara a terminar la guerra en la que, desde hacía varias generaciones, estaba sumido el reino.

Al llegar a un camino, un pastor que lo vio pasar le preguntó a dónde se dirigía. Al escuchar la respuesta y el propósito del Rey, le dijo:

—No lo encontrará, Rey.

—¿Pero cómo es posible que me digas eso? —preguntó asombrado el Rey—, ¿de dónde eres tan listo para saber que no hay un hombre sabio?

—No, Rey —le respondió el pastor—. Hombres sabios sí va a encontrar, pero ninguno puede ayudarle a terminar la guerra, porque la decisión de acabarla no depende de otros, sino de usted, que es el Rey. Y si usted mismo no quiere acabarla, ¿quién podría obligarlo?

—Mientes. Vas a ver que voy a encontrar al sabio y que algún día terminaré la guerra —replicó el Rey, y se alejó, sin percatarse de que ese era el sabio que estaba buscando.

DEL PORQUÉ
NO HAY QUE HABLAR
CON DESCONOCIDOS
EN LA CALLE



—**D**ame un beso —le dijo el sapo a la princesa—. Mi hada madrina me ha dicho que si beso a una princesa me convertiré en príncipe.

—No puedo, sapo —dijo la princesa—, mi hada madrina me ha dicho que si beso a un sapo, podría convertirme en rana. Mejor dejemos las cosas como están —concluyó, y siguió su camino.

Al alejarse, la princesa iba croando.

Harold Ruiz Paz

Cali (Valle), 1969



LA CATADORA

La mujer lo toma en su mano y empieza a buscar indicios que le confirmen sus sospechas, le detalla bien el orificio que corona la cabeza, esa cabeza calva y chata, le recoge la caperuza, examina la coloración de las venas, le toma el pulso y lo zarandea. Seguidamente, lo aprieta con fuerza, lo olisquea varias veces y con su lengua hurga en el orificio que corona la cabeza. Finalmente, se lo introduce a la boca, lo mordisquea tres veces y procede a catarlo. El marido, quien carga un paquete en su mano izquierda, emite un último jadeo y sus caderas se detienen. Luego, un tanto molesto, mira a su mujer.

—Sí. Estoy segura, venís de hacer el amor otra vez con esa perra de María —dice ella mientras se incorpora con dificultad y empuja a su marido con rabia. Él aprovecha para abrocharse la bragueta y la correa. Ella se soba las rodillas y trata de mirarlo a los ojos. Luego dirigiéndose hacia el baño con sus manos prensando el área lumbar, le dice:

—Dejá la caja de lechona encima de la mesa y lárgate pa' donde esa maldita perra... ¡Ah!, y décile que los mellizos que voy a tener no son tuyos sino de su marido.

DESENCUENTRO



Después de agitar diestramente las alas y mantenerse suspendido durante unos segundos en el aire, aterrizó en el sombrío callejón. Ya transfigurado, sus colmillos refulgieron a la luz de la luna llena. La doncella siguió caminando sin inmutarse ante las muecas del extraño que se interponía en su camino. Feroz y babeante, saltó sobre ella y dirigió los colmillos hacia su cuello. Un quejido desgarró el silencio. Se lamió la sangre que brotaba de sus labios y maldijo su suerte. Ella dio varios pasos, se detuvo un instante, miró hacia donde él estaba y luego atravesó la pared de la desmantelada Academia de Ciencias Experimentales e Informáticas. Él, maldiciendo aún, alzó torpemente el vuelo y se perdió en la lejanía.

Leandro Sanclemente Ladino

Cali (Valle), 1980



ESLABÓN

Alfredo Suárez trabajaba en una mina carbonífera. Allí desempeñaba la más vil y menos reconocida labor de su oficio, el eslabón final de la cadena de tareas que abarca la minería: la de buguero. Una mañana, poco después del amanecer, Alfredo pensó que ese día debía concluir su vida de miseria, “Estoy jarto”, se dijo, así que decidió invocar al diablo para hacer un pacto.

—¿Para qué me has llamado, muchacho?

—Quiero pactar contigo.

—¿Sabes en lo que te estás metiendo?

—¡Deseo riqueza y poder! ¡Estoy dispuesto a lo que sea!

El Diablo se ríe y juega sus cartas:

—Te daré lo que pides si tú me ofreces, una vez al año, la vida de una persona que debe morir por tu propia mano. Harás esto durante trece años, ¿estás de acuerdo?

—Riqueza y poder es lo que quiero. Trato hecho.

El Diablo da a Alfredo un cinturón que tiene, a lo largo de sí, trece chambimbos, distribuidos de manera equidistante.

—Toma, para que no te olvides del pacto. Debes usarlo en todo momento, por debajo de la ropa, bien ajustado, hasta que se cumplan los trece años... ah, una cosa más: la primera víctima que deberás ofrecerme será tu patrón. Y recuerda, siempre con tus propias manos.

Así lo hizo Alfredo y al cabo de un mes ya era dueño de la mina por todas las vías de la legalidad y con escrituras auténticas.

Una vez al año, en la mina, algún trabajador sufría un accidente que le arrebatava del mundo de los vivos; cada año, Alfredo se hacía más rico y poderoso. Cuando pasaba en su camioneta se oía decir: “ahí va don Alfredo Suárez, el dueño de doce minas, cuatro haciendas, miles de cabezas de ganado...”

Una mañana del último año del pacto, poco después del amanecer, Alfredo pensó que ese día debía elevar su última ofrenda. Al mediodía arribó a una de las minas e hizo llamar al más vil de los bugueros, el eslabón final. Invitó al muchacho a su improvisado despacho, cerca de un respiradero de la mina. Lo vio acercarse y ya lo daba por muerto. El joven traía el torso desnudo y desde el interior del pantalón se dejaba ver un cinturón unido con chambimbos. En ese momento, Alfredo supo que aquél no era su último sacrificio: comprendió que él, era el primero del muchacho.

Eduardo Serrano

Palmira (Valle), 1946



LO VEROSÍMIL QUE NO SE PODRÍA EVITAR

Si una cosa no puede usarse para mentir, en ese caso tampoco puede usarse para decir la verdad; en realidad, no puede usarse para decir nada.

Umberto Eco

Esa noche, después del trabajo extra que los llevó en el trato más allá de lo que sus respectivos papeles les prescribían, el jefe invitó a la secretaria a comer, y ella aceptó.

Fueron a un restaurante desde el que se veía la mancha luminosa de la ciudad como una llamarada inmóvil, y la conversación y el vino fueron buenos. Entonces el jefe invitó a la secretaria a bailar, y ella aceptó.

Fueron a una discoteca en la que la ilusión de estar solos

era perfecta, y el susurro de las voces y el roce de las pieles y el íntimo fuego del licor produjeron sus efectos. Entonces el jefe invitó a la secretaria a hacer el amor, y ella aceptó.

Fueron a un motel en el que había muebles de cuero blanco y negro que invitaban a insólitas combinaciones y sábanas de siseante seda y espejos tentadoramente perversos, y se amaron muchas veces con inusitados goce y frenesí.

De regreso a su casa, el jefe imaginó una y mil coartadas para justificar su tardanza. Al pasar frente a un billar trasnochador, supo, como en una revelación, que la había encontrado. Entró y manchó de azul tiza sus dedos.

Su mujer, despierta hasta esas horas de la madrugada no sabía por qué pero no había podido dormir, lo interrogó con sutil determinación. Entonces él se sentó a su lado, tomó sus manos entre las suyas y le contó, con una voz en la que había acentos de confidencia, que había invitado a su secretaria a comer, y que después habían ido a bailar, y que después habían hecho el amor.

—¡Ay, tan mentiroso! —replicó ella— ¡Yo sé que estuviste jugando billar!

ACTO DEFINITIVO



Escuché, por fin, el rumor de su paso que se encaminaba hacia el aposento donde la esperaba, agazapado en la penumbra, con temblorosa decisión. Entró. Con gestos lánguidos y distraídos se desnudó. El destello de su piel, más blanca y sedosa a la luz de la última luna que entraba por la ventana, me arrebató. Salté sobre ella. Se defendió con fiereza, pero logré derribarla. Entonces, sin vacilar un segundo, me arrojé sobre su cuerpo y clavé en su pecho, tantas veces amado en noches como ésta, la estaca de aguda madera que nos liberaba del horror de los últimos meses.

Fernando Solarte Lindo

*Popayán (Cauca), 1939.
Vivió en Cali durante treinta años*



EL PRECIO DE LA TRANSACCIÓN

Todos los centinelas, que hoy llámanse guardaespaldas, dieron en permitir el paso por la entrada de la fastuosa villa al caballero que habíase apeado con su perro del lujoso carruaje con motor de ocho cilindros. E yendo ellos así, los recibió en la suntuosa sala el otro caballero también muy rico e dueño de la casa.

—Tengo por bien traer la mercancía —dixo el visitante poniendo en la mesa un pequeño paquete—. No es menester loar que vuesa merced, como hombre entendido, ha de valorar justamente.

Cuando este hobo dicho, el dueño de la casa sacó de su bolsillo tremendo fajo de billetes e la transacción iba a cerrarse con buen suceso, sin non hobiese de por medio

que presto un gato casero saltó sobre la mesilla e unguillóse el atado de la mercancía. Estonce el perro del visitante, un pastor alemán de malas pulgas, cayó sobre el gato e matólo.

El dueño de la casa, dolorido por la muerte de su gato, tomó una pistola e disparó seis tiros contra el perro que dio una voltereta e quedó con gran tiesura. El vendedor de la mercancía asió por una oreja al dueño de la casa e lo apuñaleó porque le matara a su perro. Presto los guardaespaldas fizieron papilla al chofer del visitante e llegaron los del barrio del chofer e mataron a los guardaespaldas, viniendo poco después los familiares destes que acabaron con los parientes e los amigos del chofer e del visitante, mas arribaron por fin los guardaespaldas deste último e se agarraron en lucha de todos contra todos e matáronse unos a otros.

Dixo la polecía que la cusa de tanta mortandad fue la mercancía que era una esmeralda o una onza de cocaína.

Javier Tafur González

Cali (Valle), 1945



UN DÍA DE REGRESO

Esa mañana hubo eclipse de sol. Parecía un día de regreso.

Todos sintieron de repente frío y hubo un viento inesperado. Se diría que era un viento frío y gris. Cuando debía acabar el eclipse, la gente se desesperó de que ello no ocurriera. Entonces dijeron que no era eclipse sino el Apocalipsis y se creyó oír hasta las trompetas que dicen habrá el día del juicio final. Lo cierto es que toda madera reverdeció: sillas, armarios, corredores, balcones, puertas: donde hubiese madera allí reverdecía la vida y hasta aromaba. Pero lo más extraño fue que comenzaron a regresar los padres, abuelos, bisabuelos, todos los antecesores se encontraron y se reunieron con los habitantes presentes del orbe y hubo tal confusión ese día del eclipse.

VELEIDOSA



Él se movía a un lado, y ella (su sombra), se iba para el otro, o desaparecía. La suya era una sombra necia, que al separarse le hacía perder el conocimiento, como si la oscuridad se lo tragase, el olvido. La sombra (ella), volvía como vuelve el alma al cuerpo, y él se llenaba de luz, como las lámparas de arroz, como los globos para seguir así, de trago en luna, jugando con sus pasos...

Lucy Fabiola Tello

Cali (Valle), 1947



SUEÑO Y FIGURA

Alojado en una estrecha fonda, camino de Sevilla, a la luz de las velas preparó papel, tinta y plumero. Despojado de orgullo, teniendo la modestia por la más alta virtud, don Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá de Henares, liberado de infame prisión en Argel y quien nunca llegaría a las Indias como recaudador de impuestos, pasó la pluma a Cide Hamete Benengeli, morisco nacido en Al-jhalam, a quien conociera luego de la derrota de Lepanto. Sin contrariedad, el buen hijo de Alá entendiendo que tenía el destino colgado al cuello, suspiró, hundió la pluma en la tinta y exclamó para sí, «escucho y obedezco».

En la habitación contigua, alguien vela y se lamenta. «Cómo podré dormir con tal ruido. ¿Oyes, Sancho compañero? Como si se tratase del rasgar de una pluma sobre un papel, y... ¿qué es esto que me acosa, me enloquece, no me deja descansar, me da este molimiento, este quebranto? ¿Oyes, Sancho amigo? ¿Es mi cerebro o alguien me sueña, me vive, me discurre, me figura, me depara este sino? ¿Quizá sea yo mesmo? Paréceme ser yo mesmo».

NICTÁLOPE



Se arrastra trabajosamente y con dolor. Su hábito principal es el silencio, pues... ¿qué ruido podría salir de su pesado y viscoso ser? Girar sobre sí le causa terrible dificultad e inverte mucho tiempo —casi una eternidad— en regresar a su querencia, al lugar donde, poco a poco, fue manifestándose. De día, diríase no existe; más, en la noche, retorna con fuerza. ¿Qué busca? Un cuerpo.

Harold Tobar

Cali (Valle), 1979 – Cali, 1994



SIAMÉS

Usted no entiende que en la cama éramos tres, señor.

Nos recibía en la sala, sentada en estas piernas, alborotada. Mi hermano la iba tocando y ella gime que gime hasta el cuarto. Por eso digo que en la cama éramos tres, señor. Aunque yo no mirara y me diera calentura. Pero usted no entiende que el amor es entre dos y por eso tuve que matarlo, señor juez.

Alejandro Ulloa Sanmiguel

Cali (Valle), 1953



SANCOCHO DE PESCADO

El sitio era ideal. Las ramas frondosas de ceibas y samanes ocultaban los rayos del sol que al medio día calcinaban los cuerpos. Los hombres, entre bromas y carcajadas, hablaban en voz baja, comentando sus hazañas de los últimos días, mientras vigilaban los alrededores. Sus armas, visibles a los ojos de todos, resplandecían. Hablaban de algo importante que los demás no sabían, mientras “El gordo” daba instrucciones para que nadie se fuera a descuidar.

Una alfombra de hojas frescas tapizaba el potrero a la orilla del río. Las aguas transparentes invitaban a sumergirse, mientras en el fogón de leña las mujeres preparaban el sancocho. Todos se divertían en torno a la olla, observando el vuelo de las cenizas, el crujir de los leños y los hermosos bocachicos recién comprados a los pescadores nativos: robustos y apetitosos ejemplares.

Nadaron alegremente, jugaron a la pelota con las mujeres y los niños, compitieron por los mejores clavados desde la orilla del barranco, mientras el agua corría llevando los peces que huían del bullicio de los nadadores.

Al almuerzo, disfrutaron del succulento plato. Algunos repitieron. De pronto, uno de los niños observó un extraño movimiento en el agua.

—Papá, ¿qué es eso que viene por el río?

“El gordo” se tragó un bocado, cuidándose de las espinas, mientras miraba con atención el cadáver mutilado de un hombre moviéndose al vaivén de la corriente. Grandes bocachicos, gordos y apetitosos, lo acompañaban en una procesión inesperada, devorando las carnes blandas de sus extremidades, desprendidas del tronco y flotando sobre el agua. Y mientras los peces revoloteaban en su orgía, los restos del cadáver se detuvieron en un pequeño remolino justo frente a los comensales. Unidos, como si respondieran al llamado de una sorda e invisible voz, “El gordo” y sus hombres se miraron entre sí, mientras una espina se atascaba en su garganta.

DESPERTAR



—Ayúdame a buscar los restos —me dijo con su rostro angustiado, mirando mis ojos sorprendidos.

—¿Por qué no acabas de morirte? —le respondí al instante—. Es lo que deberías hacer.

Entonces me miró por última vez y sonrió burlonamente, antes de enterarme de que estaba hablando con la mitad de su cuerpo. Pero no había rastros de sangre ni huellas de violencia en él. Sólo su tórax palpitaba, mientras yo descubría en el sueño que el resto de su cuerpo había sido descuartizado sin que ninguno de los dos supiéramos dónde encontrarlo.

Valentina Urresta
Ocampo

Cali (Valle), 1999



DE PIE AL BORDE
DE LA CORNISA

De pie al borde de la cornisa de un edificio se encuentra el primer hombre del mundo con alas. Fue un verdadero acontecimiento que no se decidiera a abrirlas mientras caía.

ECO



La casa de mi vecina es tan grande que el eco de la risa que compartía con su esposo aun viaja por la casa.

La policía y los periodistas están esperando que llegue el eco de su muerte para esclarecer el caso.

Mónica Úsuga
Castillo

Cali (Valle), 1987



UN LUGAR

A veces necesitamos un poco de compañía, vengo aquí por eso, todos lo saben. La verdad no puedo entender cómo algunas mujeres llevan tantos años solas. Solas de goce, solas de sudor en el vientre, solas de líquidos entre las piernas. Parecen haber perdido el interés por hallar placer. No pudieron ser las mujeres que sus madres pretendían; ni tampoco los hombres que las abandonaron. Ahora son una extraña y nociva mezcla de sometimiento y poder. Son vitales, pero tienen pocos motivos para vivir.

He pedido una cerveza, mañana tendré que trabajar y es lo único que podré tolerar. Mientras tanto he notado el hombre de traje que mira mis nalgas, lo sé porque él no se ha percatado del espejo de la entrada. Se ha acomodado la correa mientras se dirige hacia mí. He podido sentir su perfume cuando besó mi mejilla. Y la tensión, esa que se siente antes de acostarte con alguien que no se conoce.

ENTRE LÍNEAS



Ya antes había pensado en si era real la mujer que salía de su habitación. Cada día se tornaban mayores los momentos en los que sentía que actuaba, como si tuviera un papel en una obra de teatro. Cada vez sentía menos suyas las conversaciones con sus amigas, las idas al mercado con su suegra, los diálogos con sus hermanas, las peleas con su abuela, las discusiones en la calle, los restaurantes o los buses.

Pronto notó que no sólo se trataba de los asuntos trascendentales, propios de la existencia. Las trivialidades de la vida se confundían de repente en su cabeza, mientras veía deslizarse por las ventanas o las puertas finísimas líneas de colores oscuros. Pronto empezó a escuchar voces que susurraban con ella, con todos. Al unísono las mismas preguntas, las mismas ideas. Un día cesó todo. Miró al cielo y vio como una joven mujer cerraba el libro.

Elmo Valencia

Cali (Valle), 1933



EL UNIVERSO HUMANO

Había una mujer tan bella que muy pronto quedó embarazada. Sin embargo, a nadie preocupó lo más mínimo este hecho, muy normal dentro del prodigio de la naturaleza. Pero a Cielo, que así se llamaba la mujer le sucedió algo tan extraño que su embarazo por un momento hizo temblar las leyes biológicas de la perpetuidad de nuestra especie.

Sucedió que fueron pasando los meses y los meses, y a Cielo, como es de suponerse, le crecía el vientre. ¿Por qué no? ¿Acaso no le había crecido a Eva y Brigitte Bardot? ¿Por qué entonces no le podía crecer el vientre a Cielo, también criatura de Dios y tan bella?

Pero pasaron las nueve lunas y el alumbramiento no llegó y vinieron otras lunas y a Cielo le siguió creciendo el vientre. ¿Qué hacer ante este hecho tan alarmante como desconocido? ¿Qué decían al respecto los libros sagrados de las parterías? ¿Castigo de Dios? ¿Obra del diablo? ¿Mal de ojo?

Sin embargo, una noche Cielo se dio cuenta de que, en

lugar de haber dado luz hacia fuera, había dado luz hacia adentro. Su hijo había nacido dentro de su propio cuerpo.

Con gran serenidad de ánimo la madre se fue adaptando al nuevo proceso involutivo, y el hijo, como si se hubiera resignado desde un comienzo a su absurda situación, comenzó a organizar su vida.

Cielo se puso a desarrollar a base de reflejos un desconocido amor maternal por ese cuerpecito que llevaba adentro y que a veces se movía como un gato. Primero lo sintió gatear; las rodillas del nene se hundían en ese blando almohadón que es la capa basal del endometrio. Luego lo sintió caminar: la cabeza le rozaba algunas vísceras, y Cielo, con la leche agriada, caía en otra estación de la vigilia. Ante su sorpresa, los pasos del niño no la lastimaban en lo más mínimo.

Pasaron los años y Cielo, atenta a sus movimientos, trataba de seguirlo, y a cada instante se preguntaba en qué meridiano de su vientre el pequeño estaría parado.

¿Cómo llamarlo? ¡Ícaro! ¿Por qué no? Al fin y al cabo, Ícaro es un nombre hermoso. ¿Acaso Ícaro no quiso alcanzar el cielo? Así que Cielo decidió ponerle por nombre Ícaro.

Un día Cielo oyó ruidos extraños. Eran monosílabos, palabras entrecortadas. El niño quería aprender a hablar. Entonces Cielo le enseñó a decir “mamá”, a decir “Cielo” y a decir “Ícaro”. Desde ese momento el pequeño fue entendiendo el significado de los sonidos y una vez posesionado del esplendor de las palabras, comenzó a desarrollarse entre madre e hijo la aventura de un diálogo que no terminaría sino en la separación definitiva de uno de los dos.

—Ícaro, ¿quieres un caballito?

—Sí, mamá.

Y Cielo se tragó un caballito de madera para que su hijo jugara con él.

Y luego le envió más juguetes, llegando hasta el extremo

de tragarse en diciembre un pino y las bombillitas rojas para que Ícaro tuviera también su árbol de navidad, e Ícaro lo plantó y lo alumbró y de noche el fabuloso vientre rosado de Cielo parecía una lámpara iluminando el mundo. Y aunque parezca mentira, aquel diciembre el Niño Dios le trajo como regalo de navidad un trencito eléctrico. A partir de ese momento, Cielo se acostumbró a quedarse profundamente dormida cuando el juguete comenzaba a hacer taque-taque-taque.

Cuando cumplió siete años, Cielo le envió cuadernos y lápices de colores para que aprendiera a leer y escribir. Y aprendió muy bien. Su primera frase fue: “Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza”; y su primera lectura: “Las aventuras de Tío Conejo”.

Y el niño fue creciendo y comenzó a indagar por todo y hasta llegó a preocuparse por el origen de las cosas: “Mamá, ¿quién hizo el mundo?”. “Mamá, ¿qué fue primero, la gallina o el huevo?”. Y Cielo le contestaba maravillosamente con la bondad en la boca.

Cuando se sintió hombre Ícaro decidió estudiar filosofía para hallar una respuesta a las preguntas: “¿Quién soy?”. “¿Qué hago aquí encerrado?”. Entonces Cielo se tragó desde *La República* de Platón hasta *El Ser y la nada*. Al final, no encontrando en la filosofía la respuesta que buscaba, decidió ser astronauta y así se lo comunicó a su madre. La mujer escuchó su súplica y una noche, sin que nadie la viera, se tragó un vestido espacial y un cohete.

Ícaro empezó a prepararse para la grande aventura. Cuando llegó el momento culminante levantó vuelo y comenzó a sondear el Universo de Cielo. Recorrió su cintura; bajó varias veces por sus muslos hasta el límite de los pies; estudió con detenimiento el corazón, pues le mortificaba saber que ese órgano tan lleno de bondad y sabiduría fuera tan falsamente comprendido; atravesó la vía láctea de sus senos

dejando en su pecho un resplandor de luz anaranjada. Se internó por la garganta y conoció la andrómeda de sus labios, subió hasta los dos astros de sus ojos y allí, por vez primera, Cielo e Ícaro se miraron mutuamente. Le dio varias vueltas al planeta del cerebro, avanzó tal vez buscando el milagro de la vida por entre los brillantes tejidos de la carne, se cercioró de la blancura de los huesos y finalmente, embriagado de tanta belleza, cayó en el torrente circulatorio de Cielo y allí entre la espuma del tiempo y de la sangre quedó girando y girando hasta que Ícaro se agotó como un meteoro.

León Vallejo Osorio

Darién, 1950



CONSEJERO

Cansado, esa noche, el hombre tampoco perdió el sentido del humor. Tal vez por eso, o porque todo valía lo mismo, acudió a la cita más importante de sus últimos años.

—Siéntese, eminencia —dijo el otro, levantando un poco los ojos que, sin embargo, mantuvo fijos en la pantalla del computador.

Allí tenía todos los datos, los más exactos: la fecha y hora precisa de la fiesta patria nacional y, claro, los minuciosos datos de la persona misma de Su Eminencia; uno de sus clientes predilectos, el más devoto y casi, casi, el más prestante.

—Siéntese —insistió, con una gangosa suavidad que hacía el eco de su voz vulgar, profunda y meliflua.

Luego de escuchar a su consejero estrella, ese fiable, sabio y seguro conocedor de la idiosincrasia de su pueblo, el visitante sonrió tranquilo y, por primera vez, en los últimos meses se relajó.

—Usted está hoy de suerte. Los leo —le había explicado el sabio— comienzan, en dos horas, un periodo formidable. Así lo indica la posición de Júpiter. No renuncie su eminencia, las cosas están empezando a cambiar... No podrían ponerse peor.

Mientras tanto, afuera, el país continuaba mordiéndose la cola.

Jorge Vallejo Morillo

*Guayaquil (Ecuador),
1944 – Cali (Valle), 2012*



TÍTULO BÍBLICO: PEDRADA

La escena es a campo abierto. Contra la luz amarilla del cielo se levanta una mole de músculos y nervios, de pelos y de miedo: Goliat

David: baja el brazo y se queda triste.

La piedra: rompe el aire, viaja fugaz, alegre, cortante, cantarina.

Goliat: abre los ojos, suda, empieza a podrirse.

JUICIO



Juez: Se le acusa de vivir de la lengua.

Reo: Soy culpable.

Juez: Se le condena.

Reo: Bueno, y usted, ¿de qué vive?

Juez: Se mira los zapatos, respira mal. Se esfuma lentamente y al final queda en la sala un olor a chamusquina.

Umberto Valverde

Cali (Valle), 1947



DE PELÍCULA

Su vida fue siempre de película. Primero devoraba sus días en los cines. Después, alimentaba en sus sueños una historia imaginaria. Vivía en cine o al revés. Soñaba películas despierto, dormido las actuaba. Parecía un hombre inmortal.

Creía vivir en la época de la selva, cuando Tarzán estaba en peligro. Se paseaba entre los faraones como un judío esclavizado. Sentía el cansancio de largos viajes en caravanas a través del desierto, o entre los cañones del Oeste. Colaboraba con los aliados en las emboscadas que les hacían los alemanes. Presenciaba impasible las guerras sin cuartel entre la mafia italiana en Nueva York y fue testigo de la despiadada paliza que le dieron a Al Capone en la cárcel. Se enfrentaba al infinito hacia la odisea del espacio. El cine fue para él una máquina del tiempo, retrocedía y avanzaba según el teatro que escogiera al azar.

Una noche tuvo el asalto de las escenas finales de su pe-

lícula. La inventaba a pedazos y trabajaba fervorosamente en el montaje. A veces, lloraba incansable o reía. Creía ver la película más completa del mundo.

El día inevitable, sentado al lado izquierdo y bien adelante, miró con sorpresa (¿o terror?) que la película reflejada en la pantalla era la suya. No podía creerlo. Para comprobarlo se cambió de fila. Era tan igual. Adivinaba la siguiente escena. Faltaba poco. Estaba frente a la pantalla. Sintió la necesidad de entrar en escena. La historia terminaba con la muerte de un desconocido, un extra. Quiso evitarlo. Pero no podía detenerse. Era algo más fuerte que él mismo. Avanzó y penetró a través de la pantalla. Para los espectadores, en ese momento, apareció un ser anónimo que recibía un disparo.

Al aparecer el título "fin" y encenderse la luz, el teatro se desocupó. El barrendero pegó el grito en el cielo cuando halló, ensangrentado, a un hombre en la primera fila. Tenía un obsesivo olor a eternidad.

Ismael Velosa

Cali (V), 1955



DISLEXIA

Cuando salió, al ver las cortinas de la cocina quemándose, entendió que era el crimen perfecto. Luego, desde lejos, miró la casa 45 arder sabiendo que en el piso de la cocina se achicharraba el cadáver de la mujer. Un crimen limpio. Vendrían más trabajos, mejor pagados. Caminó tranquilo entre la confusión de gente que corría hacia el incendio. Saco del bolsillo el papel que podría incriminarlo y lo leyó antes de quemarlo: La encontrará sola en la casa 54 a las 8 de la noche, la puerta trasera estará abierta.

EN CADA PUERTO



Amaba el mar y el amor fugaz de los marineros. Esa fue la herencia que le dejó aquel hombre que alguna vez pasó por el puerto. Él le enseñó la magia que traía la brisa marina cargada de la belleza de miles de puestas de sol, de la fuerza de los huracanes con sus olas embravecidas y del brillo de remotas playas color oro, esmeralda y turquesa. También le dejó el corazón en mil pedazos roto para que ella diera un poco de amor a cada hombre que a puerto llegara.

Rodolfo Villa Valencia

Cali (Valle), 1978



JUEGOS

Papá me espera en la entrada del cementerio. Allí nos encontramos y recorremos todo el campo santo. Después de un prolongado rato de caminata, nos sentamos a conversar en una vieja banca de madera que está al pie de la capilla. Desde allí vemos al vigilante venir y decidimos jugar un rato con él: susurramos su nombre, arrebatamos su linterna, tiramos algunas piedras sobre el tejado del templo. El hombre se asusta y se va de nuevo a su caseta. Nosotros nos miramos y reímos, como lo hacíamos en aquellos tiempos en que estábamos vivos.

BELLEZA



// “¿Qué es lo más bonito de una mujer?”, me pregunta una niña, con un lápiz y un papel en sus manos. Pienso que tal vez los ojos, y mejor si son oscuros y tiene las cejas pobladas. Pero a una mujer no solamente la hacen hermosa sus ojos. La niña espera una respuesta.

“¿Qué es lo más bonito de una mujer?”, me repito, mientras recorro un cuerpo que ha aparecido de pronto en mi imaginación. Empiezo a contemplarla y pienso que quizá sean los pies lo más bonito, pero me detiene el imaginar que unos pies bonitos con unas piernas feas no sirven de nada. “Podría utilizar una falda larga”, me dice la niña, y yo asiento con la cabeza para no tener que decirle que la mujer en la cual pienso está desnuda.

De pronto, se me ocurre que lo más bonito es eso: la desnudez, pero no puedo decírselo a la niña, pensará que soy un degenerado. El abdomen, la espalda o los senos tal vez, pero esas tan sólo son partes de un cuerpo y no una mujer completa. “¿Entonces”, pregunta la niña, pero aún no tengo respuesta. Vuelvo a pensar en aquella mujer e imagino el cabello, las manos, los labios, la sonrisa y, de pronto, aparece una mujer como la que hay en mi mente. “¡Eso, eso es lo más bonito de una mujer; que exista!”, y una voz a mi lado me dice: “Gracias, señor, creo que esa

es la respuesta”, y escribe. Después se aleja con una sonrisa en su boca mientras yo busco por todo lado a aquella mujer, que sin darme cuenta está a mi lado y me lleva de la mano, sin saber a dónde.

José Zuleta Ortiz

*Bogotá (Cundinamarca), 1960.
Vive en Cali hace cuarenta años*



EL PRECIO DE LAS LÁGRIMAS

Antes de llegar a la sala de velación pasaron por la plaza de flores para ordenar una corona. Cuando estaban pagando, una mujer negra les dijo: “¿Ya tienen quién lllore al muerto?”. “No entiendo”, dijo uno de los hijos. “Sí: todo ser, aunque no lo merezca, debe ser llorado en su velación y en su entierro, de ese modo lo malo que haya hecho se lava con las lágrimas, así el que se va y los que se quedan pueden estar en paz”.

No comprendieron nada y, en medio de la confusión, le dijeron que fuera con ellos. En el velorio, la mujer se sentó en un extremo de la fila de sillas, cerró los ojos durante unos minutos y luego comenzó a llorar. Era un llanto rítmico, casi musical, se podría decir que era bello; era un lamento que parecía venir del origen mismo de los tiempos. El segundo día, su llanto era silente y monótono como la lluvia en los manglares, un llanto menudo y casi tierno. Como el hermano

menor que venía de Estados Unidos no llegaba para el entierro, acordaron prolongar un día más la velación. El tercer día, ella volvió a llorar pero esta vez de manera convulsa, en sucesivas crisis de llanto que producían un desconsuelo contagioso a todos los presentes.

El hijo mayor que la contrató, en un intermedio entre los sollozos, preguntó: “¿Por qué llora cada día de una manera diferente?”. Ella respondió: “El primer día, pienso en el difunto, en lo que significa morir para una persona, en todo lo que no pudimos hacer, y en eso la muerte es la misma para todos, pienso en mí, en lo que he soñado y no se ha cumplido y no se cumplirá. Entonces me da una tristeza muy grande y lloro. Si me contratan para un segundo día, ese día pienso en lo que significa estar muerto, en esa soledad letárgica, en esa aburrida eternidad. Y si, como hoy, me contratan para un tercer día, pienso en los que nos quedamos aquí en este mundo y ahí sí, me da un dolor muy grande y no puedo contenerme”. Entonces, él preguntó: “¿Y cuánto va a cobrarlos?”. “Yo sé que usted pagará bien, lo dejo a su voluntad, recuerde sí, que he lavado todo lo malo que su padre hizo en vida y esto lo puede incluir a usted, ese es el precio de mis lágrimas”.

VISITA



Entró al salón un colibrí, fue hacia el ventanal. Su minúscula voluntad aleteaba contra el vidrio. Terminó exhausto en el quicio de la ventana, acaso pensó que el aire se había vuelto sólido. Lo tomó. Nunca algo tan iridiscente y leve en mis manos. La invención del Dios de los milagros. Lo llevé al vacío. Allí lanzó un trino, crujido de gratitud, y se marchó veloz a rehacer el aire.

Henry Zuluaga

Cali (Valle), 1953



EL FANTASMA

Un hombre caminaba por la calle solitaria, cuando desde un rincón oscuro otro hombre saltó sobre él; un brillo metálico rasgó veloz la noche y una hoja de cuchillo buscó su corazón.

El hombre no alcanzó a percatarse de lo sucedido, por ello continuó tranquilamente, sin darse cuenta de que, atrás, tendido sobre el andén, dejaba su cuerpo.

SEGUNDO RITUAL



En la comarca más apartada del país existe un enorme castillo; allí un grupo de hombres es educado para que un día, de manera voluntaria, cada uno a su turno se declare culpable de un atroz crimen que no cometió. Así, todos los años, el pueblo entero puede celebrar en el atrio del gran templo de piedra, el sacrificio necesario a los dioses.

Juan Camilo Zúñiga

Cali (Valle), 1978



TORERO

Antes de acostarse tuvo el presentimiento de que la muerte le llegaría en un sueño. Asustado por la premonición no pudo descansar y a los diez días efectivamente murió, cuando cansado por la falta de sueño se durmió en medio de una corrida.

Con la publicación en Cali, en los años ochenta, de Ekuóreo, revista de minicuentos, se formó un grupo de escritores, una especie de cofradía, que empezaron a incursionar en la escritura de este género. En Colombia algunos escritores habían publicado textos brevísimos que ocupaban espacios reducidos en revistas o en libros, y eran observados como fábulas o apuntes para la escritura de textos mayores. El minicuento no era considerado un género y su futuro era incierto en una sociedad cultural que tenía unos parámetros muy rígidos en cuanto a la escritura del cuento.

Pero es en Cali y en el Valle del Cauca donde se inicia este proceso. Desde Ekuóreo se forjó un movimiento literario que, con los años, logró consolidar el minicuento en Colombia.

La presente muestra incluye 104 autores y 180 textos con lo más representativo del minicuento vallecaucano.

Guillermo Bustamante Zamudio

Henry Ficher

Harold Kremer

